

«El acontecimiento será nuestro maestro interior». Emmanuel Mounier (1905-1950)

Revista de pensamiento personalista y comunitario Órgano de expresión del Instituto E. Mounier

AÑO XXVII NÚMERO 99 2011/2 www.mounier.org

EDITORIAL

El malestar en una democracia fragmentada y en crisis

Ya era demasiado el silencio, la apatía y la inercia que reinaban en una sociedad española a la que se ha dirigido al borde del precipicio económico, mientras el conjunto de los dirigentes políticos parecían ir camino de convertirse en una casta, cuyos privilegios han terminado

por provocar el escándalo en una sociedad con 5 millones de desempleados.

El malestar creciente ha terminado por estallar de la forma más inofensiva posible, pese a algunos excesos, si contemplamos el arsenal de motivos que se pueden esgrimir para justificar la protesta. Los miles de manifestan-

tes que han ocupado plazas e improvisado asambleas no se han juntado por puro aburrimiento. Hay causas suficientes no sólo para la protesta, sino también para la rebeldía e, incluso, para una revolución social que, para nosotros, debería desarrollarse siempre por las vías de la no

Continúa en la página siguiente

SECCIONES

01 Editorial

■ POLÍTICA Y ECONOMÍA

03 El drama de Haití,

por Juan Manuel Cabrera

■ EDUCACIÓN

09 Sin cabezas, por F. Manfred Peter

■ PENSAMIENTO

10 La virtud de la prudencia:

clave de bóveda

del personalismo-comunitario, por Manuel Benayas García

11 La función social de la ciencia y la

técnica, por Sergio Barbero

■ RELIGIÓN

13 Bartolomé de Las Casas: padre de

indios y pastor de españoles, por Ramón Valdivia Giménez

15 «¿Cómo hablar hoy de la

resurrección?», por Serafín Béjar Bacas

17 «El ciento por uno con

persecuciones». Cristianos

perseguidos, por Juan Segura Ferrer

■ NOTICIAS DE LOS FOCOS DEL IEM

21 En nuestro 10.º aniversario,

continuar nuestra tarea, por Institut E. Mounier de Catalunya

22 Rincón bibliográfico

ANÁLISIS

Los recursos naturales y el futuro de la humanidad

26 PRESENTACIÓN

27 La crisis de los recursos como motor de la Historia

Luis Narvarte

33 El pico del petróleo. Entenderlo. Asumirlo. Superarlo

Jonathan Leloux

37 África, un continente rico con países empobrecidos

Gerardo González Calvo

42 Vivir y pensar las crisis

Jacques Le Goff

46 Los residuos del sistema

José-Román Flecha Andrés

51 El mito del progreso ilimitado

Luis Ferreiro

56 Actitudes éticas ante la limitación de los recursos de la Tierra

Ángel Galindo García

62 Hacia un cambio de mentalidad. El valor de la educación y su importancia para la sociedad civil

Federico Velázquez de Castro González

CONSEJO DE REDACCIÓN

Director: Luis Ferreiro

Secretario: Fernando Soler

acontecimiento@mounier.org

Luis Capilla

Carlos Díaz

José Antonio Fernández

Teófilo González Vila

Carmen Herrando

José M. Linares Poveda

Julia Pérez Ramírez

Esther Díaz Pérez

Ricardo de Luis Carballada

José Luis Lorient Pardiño

PRÓXIMOS NÚMEROS 2011

- Los retos del personalismo comunitario
- Los límites del hombre

EDITA: Instituto Emmanuel Mounier
c/ Melilla, 10 - 8.º D ■ 28005 Madrid
Tel.: 91 473 16 97

http://www.mounier.es
Periodicidad: trimestral.

ISSN: 1698-5486

Depósito legal: M-3.949-1986.

DISEÑO Y PRODUCCIÓN: La Factoría de Ediciones

Tel.: 91 521 32 20 ■ factoria@factoriaediciones.net

IMPRESIÓN: Egraf, S. A. (Madrid)

violencia activa, sin concesión alguna a los aficionados a la algarada.

Desde estas páginas hemos lanzado, desde siempre, ideas que hemos encontrado en las pancartas y en los gritos de los manifestantes, por tanto, no podemos desentendernos de ellas. Se impone un serio discernimiento, en el que estaremos atentos a las propuestas lanzadas al aire de un debate del que llevamos tiempo respirando, y que, por tanto, con los matices necesarios, tenemos que apoyar:

- una democracia más real, más seria, más directa y más participativa, introduciendo mecanismos que la hagan efectiva, como las listas abiertas, referéndums vinculantes, etc., que existen en otros países cercanos... ¿por qué no aquí?;
- el fin de los escandalosos privilegios de las élites políticas y de su perpetuación en el poder;
- el paso progresivo a una democra-

cía económica, sin la cual la democracia formal es papel mojado;

- el fin del sistema partitocrático;
- la independencia del poder judicial;
- un control político del mundo del dinero que pare los pies a una plutocracia hoy ya demasiado bien asentada...

Esta actitud receptiva hacia el movimiento que acaba de nacer no nos impide ser severamente críticos respecto a actitudes que deben extirparse de raíz, especialmente las de carácter violento, pero también:

- el engreimiento que supone creerse depositarios de una legitimidad de representación de todos por el hecho de haber declarado que otros «no nos representan»;
- algo, tan incomprensible que mueve a sospecha, como el hecho de no hacer temblar al gobierno, de no pedir su dimisión, para empezar, cuando se descalifica al sistema por entero;

- la falta de discernimiento en cuanto a la exigencia de responsabilidades a los políticos y a otros responsables de la crisis, que debe traducirse cuando menos en dimisiones, si es que no en procesos judiciales, etc.

Por último, tanto en el orden práctico como en el de los ideales, hay que advertir que los cambios que se desean deben conseguirse mediante un amplio apoyo popular, lo cual significa lograr una extensión masiva del movimiento, por lo que la habilidad para concitar voluntades es crucial para conseguir una unidad de acción a largo plazo, paciente y sostenida, que será la prueba de fuego de sus posibilidades, y que sólo será posible mediante otro gran esfuerzo de reflexión y de pedagogía política.

.....
Coordinadora
del Instituto E. Mounier

Boletín de suscripción por domiciliación bancaria

FOTOCOPIE Y ENVÍE ESTE FORMULARIO

Para enviar al Instituto E. Mounier (Melilla, 10 - 8° D / 28005 Madrid)

Nombre _____

Apellidos _____

Domicilio _____

Población _____ Provincia _____ C.P. _____

Correo electrónico _____

Banco o Caja _____

Domicilio del Banco o Caja _____ C.P. _____

Código Cuenta Cliente (CCC) (escriba todos los números)

Entidad	Agencia	D.C.	Número de cuenta

Importe: _____ €, que corresponden a (marque lo que corresponda):

☐ Suscripción a la revista *Acontecimiento* (4 números, 16,00 €)

☐ Cuota de socio del Instituto Emmanuel Mounier (desde 35,00 €/año)

(la cuota incluye la suscripción a *Acontecimiento*).

Para enviar a su Banco o Caja

Lugar y fecha _____

Banco o Caja _____

Domicilio del Banco o Caja _____

_____ C.P. _____

Agencia N° _____

N° de cuenta _____

Sr. Director de la Sucursal:

Le ruego que, hasta nuevo aviso, se sirva abonar los recibos presentados por el Instituto Emmanuel Mounier con cargo a mi C/C o Libreta de Ahorros.

Firma: _____

Titular _____

Domicilio _____

Población _____ C. P. _____

El drama de Haití

Juan Manuel Cabrera

Miembro del IEM, Canarias

1. La colonización

La historia que conocemos de Haití comenzó con dos siglos de colonización española (1492-1697) durante los que se explotó hasta su práctica desaparición al pueblo aborigen de los tainos con el único objetivo de apropiarse del oro y la plata que estos extraían de las minas. La población indígena desapareció casi completamente durante la primera mitad del siglo XVI como resultado de epidemias y del avasallamiento.

La historia siguió con la colonización francesa (1697-1804) que repobló la isla con el envío de 450.000 esclavos de África. Tal era la explotación a la que se les sometían con las duras condiciones de trabajo que el esclavo no sobrevivía más de diez años.

2. La esclavitud y la lucha por la libertad

Los esclavos superaban a los blancos en una proporción de más de 20 a 1. El 75% de la producción mundial de azúcar y maderas de la época provenía de la isla (deforestaron el 50% de los bosques del valle).

Haití era la perla de la corona, la colonia más rica de Francia: una gran plantación de azúcar y café, durante el siglo XVIII, se convirtió en la colonia más lucrativa del mundo, al producir más riquezas que las 13 colonias que posteriormente conformarían los Estados Unidos de América.

En *El espíritu de las leyes*, Montesquieu dice que «el azúcar sería demasiado caro si no trabajan los esclavos en su producción. Dichos esclavos son negros desde los pies hasta la cabeza y tienen la nariz tan aplastada que es casi imposible tenerles lástima. Resulta

impensable que Dios, que es un ser muy sabio, haya puesto un alma, y sobre todo un alma buena, en un cuerpo enteramente negro».

En 1791 empezó una rebelión de esclavos encabezada por Toussaint Louverture, en la que decenas de miles de esclavos se sublevan. No solamente matan a todos los blancos sino que destruyen las haciendas, que representaban el instrumento de la opresión.

En 1802 Francia envía a la isla una expedición de 30.000 hombres a bor-



do de 86 navíos para acabar con la sublevación pero después de trece años de luchas sangrientas, mulatos y esclavos derrotaron a las tres mayores potencias bélicas del mundo. Los ejércitos de España, Francia y Estados Unidos fueron expulsados de la pequeña isla caribeña y el primero de enero de 1804 el general Jean Jacques Dessalines declaró la independencia de Haití, convirtiéndose en el primer caso en la historia universal en el que una población sometida al sistema de esclavitud consigue su emancipación a través de la rebelión.

Haití fue la primera nación del mundo que hizo una Constitución en la que se abolía la esclavitud, año 1804,

a pesar de que tal honor se le atribuye a Inglaterra, que lo hizo tres años más tarde, aunque no con mucho éxito porque tuvo que volver a prohibirla en 1832, siendo Brasil en 1888 el último país del mundo en abolirla.

3. La venganza colonialista

En respuesta a la abolición de la esclavitud, Francia y los Estados Unidos decidieron desangrar Haití a muerte en un proceso lento y agonizante. A Haití no se le permitiría convertirse en un éxito ya que podría desbaratar todo el orden racista. No en balde el patricio Thomas Jefferson, dueño de tierras cultivadas por 180 esclavos, de las que nació su poder económico y político, advertía que de Haití provenía el mal ejemplo y que había que «confinar la peste en esa isla».

Años más tarde Etienne Serres, un genio francés de la anatomía, descubría en París que los negros son primitivos porque tienen poca distancia entre el ombligo y el pene.

Haití ha sido el único país del mundo obligado a pagar en oro por su libertad. En 1814 Francia le exigió 150 millones de francos porque con la revolución perdió su colonia más próspera en la que 450.000 esclavos explotados por 40.000 blancos producían casi todo el azúcar y café que consumía Europa. Hubo regateo y la cifra se redondeó en 90 millones.

Esa expiación del pecado de la libertad duró más de un siglo, y cuando en 1938 acabó de pagar su deuda Francia le reconoció como estado soberano. EE. UU. lo reconoció sólo después de que aboliese la esclavitud en su propio país. Para entonces ya Haití pertenecía a los bancos de los Estados Unidos.

Ni siquiera Simón Bolívar, el libertador, tuvo el coraje de firmar el reconocimiento diplomático del país. Bolívar pudo reiniciar su lucha por la in-

dependencia americana, cuando ya España lo había derrotado, gracias al apoyo de Haití. El gobierno haitiano le entregó siete naves, armas y soldados, con la única condición de que Bolívar liberara a los esclavos, una idea que al Libertador no se le había ocurrido hasta entonces.

Haití bien puede ser el primer país que escapó del colonialismo mediante una revolución; pero también se convirtió en el primer país del «tercer mundo» en el sentido tradicional, siendo pobre y abrumado por la deuda. El gobierno haitiano no pudo construir escuelas, hospitales ni carreteras, ya que casi todo el dinero disponible se asignó para pagar a Francia. En 1915 por ejemplo el 80% de los ingresos estatales se destinó para pagar a Francia.

Debido al deseo de las compañías estadounidenses de asegurarse el control de los recursos del país, a lo largo del siglo xx, EE. UU. invadió Haití con su ejército hasta tres veces. En 1915 desembarcaron 20.000 marines. Robert Lansing, secretario de Estado, justificó la larga y feroz ocupación militar explicando que la raza negra es incapaz de gobernarse a sí misma, que tiene «una tendencia inherente a la vida salvaje y una incapacidad física de civilización». Uno de los responsables de la invasión, William Philips, dijo que «este es un pueblo inferior, incapaz de conservar la civilización que habían dejado los franceses».

Lo primero que hicieron fue ocupar la aduana y la oficina de recaudación de impuestos. El ejército de ocupación retuvo el salario del presidente haitiano hasta que se resignó a firmar la liquidación del banco de la nación, que se convirtió en sucursal del City Bank de Nueva York. Inmediatamente las principales compañías norteamericanas desembarcaron en la isla y se posesionaron de las mejores tierras y

espacios para la explotación de la incipiente industria.

Los ocupantes no se atrevieron a restablecer la esclavitud pero impusieron el trabajo forzado para las obras públicas y clavarón en cruz contra una puerta para escarmiento de la población al jefe guerrillero Charlemagne Peralte.



En 1918 reprimieron sangrientamente una revuelta campesina (más de 15.000 muertos) y, después de haber conseguido sus dos grandes objetivos: cobrar las deudas del City Bank y derogar el artículo constitucional que prohibía vender plantaciones a los extranjeros, además de dejar entre 15.000 y 30.000 haitianos muertos y una economía totalmente dirigida a las necesidades del mercado norteamericano, en 1934 los ocupantes se retiraron dejando en su lugar una Guardia Nacional con el objetivo de exterminar cualquier posible asomo de democracia y mantener a la población bajo el signo de la opresión.

4. La lucha por la democracia

En 1945, Dumarsais Estimé llega al poder con un golpe de estado y es derrocado cuatro años después por una

junta militar que gobernó el país hasta 1957 cuando fue elegido presidente Françoise Duvalier, conocido por *Papa Doc*, que comenzó el gobierno como populista y, bajo la tutela yanqui, ejerció una feroz dictadura contra su propio pueblo, para lo cual se apoyaba en un sanguinario grupo llamado por el pueblo *tontons macoutes*, a quienes dio el derecho de asesinar y saquear. Bajo su régimen más de 60.000 haitianos fueron asesinados.

En 1964 se proclamó presidente vitalicio ejecutando a más de 2.000 opositores. En enero de 1971 la asamblea nacional enmendó la constitución para designar a su hijo heredero. En 1971 murió Duvalier y heredó el mandato su hijo Jean Claude Duvalier, con solo 19 años, llamado *Baby Doc*, quien continuó su compromiso con el imperialismo y la opresión sistemática contra su pueblo, impulsando una fuerte represión contra la población.

Bajo la dictadura de Duvalier, el Estado quedó en bancarota, se subastaron importantes bienes públicos a City Bank por montos irrisorios, incluyendo los ferrocarriles, servicios públicos y el banco nacional. En su mandato dejó una deuda en el país de 750 millones de dólares, y su fortuna depositada en bancos occidentales ascendía a más de 900 millones de dólares. En 1988 una Corte del Distrito de Miami dictaminó que Jean Claude Duvalier había malversado más de 504 millones de fondos públicos.

En 1986 es derrocado por los militares, después de que EE. UU. le quitara el respaldo y se lo diera a Henry Namphy, jefe del ejército. El presidente destronado se refugió en el sur de Francia. Pero su huida no trajo la democracia pues, a pesar de que bajo la dictadura de Namphy se organizaron unas elecciones que ganó Leslie Manigat, éste es derrocado inmediatamente por el mismo Namphy, que, a su

vez, fue derrocado por Prosper Avril, otro dictador, que fue sustituido por otro militar fascista: Herard Abraham.

En 1990 Jean-Bertrand Aristide llega a la presidencia de la República, con el respaldo del 67% de los electores, el primero elegido democráticamente en la historia del país más pobre de América, con un programa que incluía una reforma agraria y reforestación de la tierra desertizada por una sobreexplotación de las compañías madereras norteamericanas, la sindicación de los trabajadores de las empresas textiles y el aumento de salarios.

Aristide se propuso, además de impedir las injerencias políticas extranjeras, recuperar la agricultura para producir bienes que pudieran consumirse dentro del país e imponer normas a las industrias extranjeras alojadas en la isla para que no explotaran a los trabajadores locales. Una de sus primeras normas fue duplicar el salario mínimo, que situó en casi tres dólares por día. Sin embargo todas estas medidas fueron rechazadas por EE. UU. y Francia, además del Fondo Monetario Internacional.

Se inicia un proceso de acoso y derribo al Presidente por su política a favor de los más desfavorecidos y el Fondo Nacional para la Democracia del Departamento de Estado de Estados Unidos decide financiar a la oposición, formada por grupos paramilitares, con el objetivo de derribar el régimen democrático. Una vez creado con esta financiación un clima de desestabilización política, Aristide es depuesto en 1991 por un golpe militar.

Las tropas norteamericanas invaden Haití en 1994 y restablecen en sus funciones a Aristide con la condición de cambiar sus políticas públicas, adaptándolas a las políticas neoliberales propuestas por la administración Clinton.

Aristide se compromete a pagar las deudas acumuladas bajo la dictadura de Duvalier, reducir el número de ser-

ciones diplomáticas con Cuba y Venezuela) lo que le granjeó la antipatía de Estados Unidos y Francia.

Se crea un grupo opositor a su mandato llamado «los 184» con el apoyo financiero de Estados Unidos y Francia. Uno de los líderes ideológicos del movimiento fue el francés Dominique de Villepin, que después llegaría a ocupar el cargo de Primer Ministro de Francia. Al frente del grupo se sitúa André Apaid, testaferrero de los dictadores Duvalier.

Aristide comete «el pecado» de reclamar a Francia la devolución de lo pagado para conseguir la independencia del país, gabela que calculó en 21.685 millones de dólares actuales. Jacques Chirac envió a Régis Debray, quien reconoció la legitimidad, tanto del cobro, como de la devolución demandada,

pero en lugar de pagar, Francia se unió a Estados Unidos para derrocarlo.

Según Aristide, el Sr. Régis Debray acompañado por la Sra. Veronique de Villepin fueron al palacio nacional a pedirle que dimitiera amenazándole con «o usted renuncia o puede ser muerto», pero se negó a ello. La Sra. Veronique era hermana del entonces ministro de relaciones exteriores de Francia.

El 29 de febrero a las dos de la madrugada, las fuerzas especiales de EE. UU. invaden el palacio Presidencial y anuncian a Aristide que o dimite y acepta el exilio o será enviado a Miami para ser juzgado por tráfico de drogas, bajo la amenaza de los fusiles M-16 y en presencia de James Boley,



vidores públicos, abrir Haití al «libre comercio» y recortar las tarifas de importación del arroz y del maíz a la mitad. Era un pésimo acuerdo pero Aristide dijo que tenía pocas opciones «Estaba fuera de mi país y mi país era el más pobre del hemisferio occidental, ¿Qué tipo de poder tenía entonces?», cumple su mandato hasta 1995, no pudiéndose presentar a su reelección por prohibirlo la Constitución. Le sucede en la presidencia René Préval, su amigo y colaborador; cuando finaliza su mandato, Aristide se presenta de nuevo y es elegido presidente.

En las elecciones del 2000 Aristide logra un triunfo abrumador en las elecciones presidenciales y realiza un giro hacia una política izquierdista (con el restablecimiento de las rela-

embajador de los EE. UU. y de Thierry Burkard, embajador de Francia, Aristide firma una declaración de dimisión y es enviado a Centro África.

Haciendo ver que Aristide había renunciado a su cargo toma el poder Boniface Alexander, quien solicita a las Naciones Unidas el envío de una Fuerza Multinacional Provisional con el fin de evitar la violencia imperante. Una vez esta fuerza cumple su mandato es sustituida por la Misión de Naciones Unidas para la Estabilización de Haití (MINUSTAH), que aún sigue en el país. El objetivo de esta petición era impedir que el pueblo lo derrocará y repusiera a su presidente legítimo.

Esta mal llamada misión de paz está presente desde el año 2004, con más de 7.000 cascos azules, 2.000 policías y cerca de 1.000 funcionarios civiles que se han instalado bajo la excusa de impedir una guerra civil. Esta fuerza militar ha sido reiteradamente acusada de diversos delitos, incluyendo desvío de dinero en beneficio propio, represión indiscriminada o violaciones de mujeres y niños. Tras la llegada de las fuerzas internacionales, el desempleo y la miseria han crecido en el país.

En el año 2006, se permitieron elecciones de nuevo, no aceptando EE. UU. y Francia que Aristide se presentara de nuevo, manteniéndolo en el exilio. Salió elegido René Preval.

La historia de Haití de los siglos XIX y XX es una historia de revueltas populares reprimidas por las élites dirigentes y apoyadas por el gobierno de EE. UU.

5. El terremoto

El 12 de enero del 2010 tuvo lugar un seísmo de magnitud 7, murieron 316.000 personas, 350.000 más quedaron heridas, y más de 1,5 millones de personas se quedaron sin hogar. Una de las catástrofes humanitarias más graves de la historia, 188.383 casas fueron destruidas o dañadas y más de 1.300 escuelas y 50 hospitales y centros



de salud fueron destruidos o quedaron inoperativos.

Con motivo del terremoto, una de las preocupaciones de EE. UU. era que diera pie a revueltas populares, tal como ocurrió en los años sesenta en Nicaragua, poniendo en peligro los intereses económicos de las compañías norteamericanas en el país y realizan una nueva invasión bajo el argumento de «mantener la seguridad».

6. El *show* de la ayuda

Pocas horas después del terremoto, Obama hacía una declaración de intenciones prometiendo una rápida ayuda al pueblo haitiano. La ayuda la concretó con el envío de la 82 aerotransportada. Esta división de paracaidistas tiene en su historial el «honor» de haber participado en invasiones como la de la República Dominicana o la de Granada, en operaciones militares como la entrada en Honduras como parte de las operaciones de los Contranicaraguenses, o en la toma del aeropuerto de Panamá durante su invasión en el 89. También están presentes en Iraq y Afganistán, como en su día estuvieron en Vietnam.

Las fuerzas desembarcadas para ayudar a Haití ascienden a 13.000 soldados, 20 buques de guerra, además de un portaviones nuclear, más de 60 helicópteros, 200 vehículos militares y 124 aeronaves, si a esto añadimos los 9.065 soldados y policías de la MINUSTAH, todo parece indicar que no estamos ante «un esfuerzo humanitario abrumador», sino ante otra invasión de EE. UU. a Haití.

Mientras esta invasión tiene lugar, los medios de comunicación de medio mundo publican la misma foto-

grafía de un helicóptero tirando ayuda desde el cielo y un mismo titular «la ayuda humanitaria llega a Haití». La realidad contada por periodistas más rigurosos con la verdad es que una semana después del terremoto, nadie había visto en Puerto Príncipe, un solo reparto de ayuda humanitaria por parte de los marines.

La conferencia de donantes de Nueva York del pasado marzo del 2010 comprometió cinco mil millones de



dólares de ayuda para Haití para los próximos dos años. Se calcula que sólo un 10% de las ayudas institucionales para la reconstrucción prometidas para el bienio 2010-11 han sido desembolsadas, pero en lugar de utilizar los recursos para comprar alimentos a los productores locales o de regiones cercanas, éstos prefieren utilizar la tragedia del pueblo haitiano para deshacerse de excedentes agrícolas, enviando toneladas de alimentos que suponen más competencia para los agricultores haitianos y de la región.

De cada 100 dólares que ha gastado el gobierno estadounidense en contratos para la reconstrucción de Haití, las empresas del país caribeño sólo han logrado ganarse 1,60 dólares. De los 1.583 contratos que Estados Unidos ha concedido hasta ahora a Haití sólo 20 de ellos fueron para empresas propiedad de haitianos.

Además, una auditoria efectuada recientemente por el inspector general de USAID encontró que más del 70% de los fondos concedidos a los dos principales contratistas de Estados Unidos para un proyecto de pago en efectivo a cambio de trabajo en Haití fueron gastados en equipos y material comprados en EE.UU. Como resultado de todo ello, solo 8.000 haitianos al día estaban siendo contratados en junio, en lugar de los 25.000 trabajadores diarios que se tenía pensado.

En este ámbito el capítulo más grave lo protagonizó Monsanto el pasado mayo de 2010. El gigante de la agroindustria decidió enviar casi 500 toneladas de semillas transgénicas a los campesinos locales que, en caso de aceptarlas y abandonar las semillas locales tradicionales, pierden capacidad de conservar la semilla para los siguientes años dependiendo de las semillas de Monsanto a futuro así como de los pesticidas y fertilizantes que co-

mercializa la propia transnacional. Los campesinos se manifestaron el 26 de mayo contra esta ayuda envenenada siendo reprimidos duramente por las fuerzas de la MINUSTAH.

En otro orden de cosas empresas mercenarias han invadido el país, aprestándose a repetir el negocio de Irak, donde se alzarán con suculentos contratos millonarios por ofrecer servicios de seguridad. Patrick Elie, un ex ministro de Defensa de Haití, ha dicho que estos contratistas, que siempre llegan después de las tropas invasoras, son como buitres que vienen a comer la carroña dejada por un desastre y su único interés es ganar dinero.

7. Los dramas de Haití

Haití es un país rico

Haití no es, ni ha sido nunca un país pobre, fue siempre un país muy rico. En 1780, por ejemplo, el 60% del café y el 40% del azúcar consumido en Europa eran producidos en Haití. Pero aunque el país era muy rico, su población era muy pobre, el 60% eran esclavos de Francia.

El drama de Haití es la enorme desigualdad social entre una mayoría de población negra criolla empobrecida y una minoría de población mulata de habla francesa, que representa sólo un 1% y que tiene casi la mitad de la riqueza del país.

A pesar de ser una sociedad esencialmente rural, con el 66% de la población viviendo en el campo, las familias campesinas no tienen acceso a la tierra o a créditos, lo que hace que Haití importe el 80% de los alimentos que consume, cuando hace 20 años producía el 95% del consumo nacional. Siendo un país rico en recursos naturales el 78% de la población vive con menos de dos dólares al día.

La mayoría de haitianos son pobres

No fue el terremoto en sí, sino la inexistente protección de la mayoría de la población, lo que creó la gran tragedia. Cada año se producen en el mundo unos 50 movimientos sísmicos de magnitud similar al registrado en Haití y no logran tal grado de destrucción y sufrimiento.

En 1989 hubo un terremoto en Los Ángeles de la misma intensidad. En aquella ocasión hubo sesenta víctimas mortales. Y es que, si bien los terremotos no pueden evitarse, sus consecuencias sí. Así, si bien el origen de la catástrofe es natural, sus efectos no lo son, tienen en su origen decisiones humanas, las que permiten que la población viva en condiciones de empobrecimiento.

Hablar de desastre natural es asignar a la naturaleza o a un poder sobrenatural, la responsabilidad de una situación de la cual se conocen fácilmente los culpables.

Lo que necesita Haití no es tanta ayuda humanitaria (Haití es el país con mayor densidad de ONGs en el mundo, más de 10.000), sino el desarrollo de un sistema político y económico que no esté boicoteado por el imperialismo. La ayuda humanitaria, tan necesaria en estos momentos, no debe servir para ocultar las causas políticas de su pobreza.

Lo que ha hecho que el terremoto de Haití mate 1.000 veces más personas allí que en Japón o en Italia es el saqueo colonial e imperialista y su dependencia económica durante siglos.

Peligro de regreso de la dictadura

A principios del 2011 Jean Claude Duvalier, el mismo que en 1980 anunció la absurda condena de 3 años de cárcel para quienes le criticasen y el que en 1984 prohibió toda la actividad política, excepto las de su partido, desembarca en Haití para según él ayudar a

su país. A pesar de su pasado sangriento ni siquiera tiene orden de captura.

La justicia de Haití esta financiada por agencias de ayuda internacional y organizaciones no gubernamentales de EE. UU. El juzgado de Puerto Príncipe donde fue interrogado por malversación de fondos funciona en el edificio de USAID (una agencia del Departamento de Estado estadounidense), para seguidamente ponerle en libertad y dejarle residir en el hotel más lujoso de Puerto Príncipe. La presencia de este dictador sanguinario no ha sido censurada ni por Estados Unidos ni por Francia y todo hace pensar que estos países lo quieren de nuevo poner en el poder.

Sin embargo tres días después del regreso del dictador sangriento a Haití, Aristide, que sigue exiliado en Sudáfrica, expresó su deseo de regresar a la isla para ayudar a sus compatriotas pero el portavoz del Departamento de Estado del gobierno de EE. UU. recalcó que Haití precisa centrarse en su futuro, no en su pasado. El futuro de Haití, según los EE. UU. está en el regreso de un dictador y no en la llegada a la isla del primer presidente elegido democráticamente.

En Haití no hay Estado

Es muy clarividente lo que dijo al respecto, el 6-2-2010, Ricardo Seitenfus cuando era representante de la OEA en el país caribeño:

Haití es el único país del mundo en el que no existe Estado desde mucho antes del terremoto. Por ponerle un ejemplo no hay ni un solo piloto haitiano, ni siquiera un solo helicóptero haitiano en el país y el 40% de la población no tiene ningún tipo de documento.

En los últimos 20 años ha habido en Haití seis intervenciones extranjeras y no es lógico que el 90% del gasto de los organismos internacionales vaya destinado a seguridad.

Hay una relación causa-efecto entre la infelicidad de los haitianos y la felicidad de las ONGS y el peligro más grande que afrontamos ahora es la «oenegeización» del país. Hay una relación perversa entre la debilidad del Estado haitiano y la fuerza de las ONGS en el país. Aquí el «bien» es privado, gracias a los médicos, hospitales, escuelas, comida que llegan de todo el mundo pero el «mal» es público porque el Estado sólo está presente con la policía.

A raíz de estas declaraciones la OEA lo destituyó como su representante legal en Haití y en sus últimas declaraciones afirmó lo siguiente:

La ONU ha impuesto la presencia de sus tropas en Haití a pesar de que el país no vive una situación de guerra civil.

Haití es objeto de una atención negativa por parte del sistema internacional. Se trata, para la ONU, de congelar el poder y de transformar a los haitianos en prisioneros de su propia isla.

«Los haitianos cometen lo inaceptable en 1804 (año de su independencia): un crimen de lesa majestad para un mundo inquieto. Occidente es entonces un mundo colonialista, esclavista y racista que basa su riqueza en la explotación de tierras conquistadas. Entonces, el modelo revolucionario haitiano da miedo a las grandes potencias», agregó al periódico suizo *Le Temps*.

Seitenfus, a raíz de su destitución, dijo a la Agencia Brasil que sus críticas

son reflexiones generosas hechas con el corazón, pero que retratan la percepción de muchas personas que no tienen voz, y sentenció que él fue «portavoz de aquellos que no tienen voz».

El primer ministro de Haití, Jean-Max Ellerive, lamentó la «falta de control» que tiene el Gobierno del país sobre la labor que realizan las ONG en la reconstrucción del país, puesto que son las que canalizan los fondos internacionales destinados a tal fin. Seamos claros, añadió, no tengo nada contra las ONG, las necesitamos pero lo que necesito es tener control sobre lo que hacen en mi país, dónde lo hacen y con quién lo hacen, y a qué coste. Y ante las críticas que recibe su gobierno sobre la lentitud de la reconstrucción añade: es muy difícil dar explicaciones de un dinero que nosotros no recibimos.

El cólera

Por si fuera poco dramática la historia del pueblo haitiano, en el país no se sufría el cólera desde hace más de un siglo, pero a finales de octubre de 2010 se detectó un brote, afectando a más de 115.000 personas con más de 2.500 muertos y decenas de miles hospitalizadas. Este brote ha añadido tensiones sociales al conocerse la posibilidad, recogida por el epidemiólogo Renaud Piarroux en un informe encargado por las autoridades haitianas, de que el origen de la epidemia estuviera en el campamento nepalí de la MINUSTAH.

La ONU ha considerado insuficiente la ayuda financiera recibida hasta ahora de la comunidad internacional para enfrentar la epidemia. De los 164 millones de dólares solicitados, solamente se han recibido poco más de 19 millones.

Sin cabezas

F. Manfred Peter

Historiador

En la fachada de la catedral de Burgos han sido decapitadas dos figuras medievales de arte gótico. Los autores son desconocidos.

No solamente se trata de un acto antirreligioso; es la viva manifestación de incultura y barbarie que creíamos ya superada. En Europa central la irreligiosidad se mantiene en círculos de élite social, indiferentes y soberbios. La masa tonta que se revuelca aquí contra la religión me parece la amarga herencia de una España del odio y de la intolerancia, expresión de un fanatismo de guerra civil. En lugar de decapitar santos de piedra, la intención real es matar al otro, al vecino, al odiado ser diferente. No existe la noción de que todos necesitamos al ser complementario, al otro, al que no es como yo soy. El amor cristiano culmina en el amor al enemigo y el gesto mínimo es el respeto de su integridad personal. Eso lo desconocen los ideólogos de una izquierda decabezada que crearon este ambiente hostil y el carácter de una revolución cultural cultivada en los medios oficiales, ya que les está vedada la revolución real, utópico sueño del pasado. Mantener un arcaico laicismo en un discurso desfasado de lucha de clases es un servicio fatal que prestan a una sociedad desorientada y embobada por el progresismo cursi. El discurso agresivo siempre se traduce en actos vandálicos. El ignorante, primero escucha y luego actúa. Su motivación siempre es destructiva.

En mi opinión, demasiadas concesiones se han hecho a este ambiente

de falsa modernización. Cada misa me lo confirma de nuevo: las cancioncitas ridículas, las melodías y textos infantiles, la escasa solemnidad, los sermones banales. Dice Heinrich Heine —poeta, reportero, escritor, novelista, alemán, judío y bautizado cristiano— que una iglesia sin órgano no es iglesia. Efectivamente, en Alemania



será difícil encontrar un templo cristiano que no lo tenga. Se dice que la Reforma consiguió imponerse haciendo cantar a la gente, su triunfo ha sido un triunfo musical. Por esa causa la tradición musical fue cortada bruscamente en los países católicos del sur. Por temor a Lutero se prohibieron las voces cantantes. No entiendo por qué no hicieron un esfuerzo después del concilio para recuperar los tesoros de la tradición musical española. Renunciaron a ello para favorecer una falsa

adaptación a la canción popular y por eso a veces suena a campamento de veraneo lo que en misa se oye. Da vergüenza entonar estos textos banales envueltos en una musiquilla elemental. Y es lo mismo en todas partes; ni una sola vez he escuchado una transmisión de misa en Radio Nacional que fuera diferente, ni latín, ni gregoriano, ni solemnidad en las oraciones litúrgicas. Todas las confesiones cristianas —la primera la ortodoxa— han buscado apartarse del tono corriente diario para la celebración litúrgica de lo más sagrado. ¿Por qué no lo hace la Iglesia española? No lo sé.

Será para captar benevolencia de un público que de otra manera se apartaría. ¿Lo ha logrado? ¿No es obvio que la iglesia, principalmente, es considerada un servicio social que no molesta y además sale barato? Era voluntad expresa de su fundador que el evangelio debe molestar y no pasar inadvertido. ¿Dónde está esta «espada» de la misión?

Bien es cierto que toda tradición puede ser usada de mala manera. Así sucedió cuando el no creyente rey de Prusia, Federico II, el Grande, entonó *Nun danket alle Gott* (Damos gracias a Dios) en el campo de batalla de Leuten: logró cambiar la moral de la tropa instantáneamente. ¿Quién no lo sabía cantar desde la infancia en la forma coral de Bach?

¿Cuántas cosas similares han hecho en la época franquista al poner a Franco bajo palio sagrado presumiendo gracia de Dios!

Pero España tiene a su Cabezón y a otros más, pero ¿dónde están?

Bien guardados en la reserva para los festivales de música religiosa.

La virtud de la prudencia: clave de bóveda del personalismo-comunitario

Manuel Benayas García

Profesor

La actitud dilatoria, vacilante respecto a la toma de decisiones, no puede ser considerada como una actitud prudente. No tomar partido, mantener una calculada equidistancia evidencia la falta de convicciones profundas. Sin una meta impulsora estamos abocados a llevar una existencia provisional, empastada emotivamente, atendida a las ganancias inmediatas y presa de ensoñaciones delicuescentes. La falta de ímpetu creativo nos hace vivir superficialmente, lastrados por una actitud medrosa y calculadora, auténtica carcoma de la prudencia. Esta precaria forma de encarar la vida la podemos distinguir con claridad en la espiritualidad del pequeño-burgués, el cual emplea su inteligencia en controlar la realidad de forma objetivista, para satisfacer los propios intereses; o en el otro polo, a buscar la inmediatez fusional, para procurarse experiencias de mero goce sensitivo.

En claro contraste con lo anterior, desde una perspectiva personalista-comunitaria, la prudencia sería la clave de bóveda que permitiría imprimir un hondo sentido a todas nuestras acciones, pues esta virtud se nutre de tomar el ideal de unidad como el principio inspirador de la vida. Este anclaje en los niveles superiores de realidad desarrolla en nosotros el oído interior para escuchar la voz de la conciencia y, así, descubrir la energía inmensa que brota de los grandes valores: la bondad, la verdad, la justicia y la be-

lleza. Ajustar todos los aspectos de nuestra vida (pensamiento, imaginación, voluntad, capacidad creativa...) con esta formidable energía nos revela la verdad de nuestro ser, y nos capacita para acceder al conocimiento de la profunda articulación que se da entre realidad y verdad, ideal y acción justa.

Esta forma de pensar no puede confundirse con la actitud rígida del que trata de alcanzar los principios morales de forma unidireccional, siguiendo el esquematismo práctico de fines y medios. Pretender pasar de lo universal a lo particular aplicando la fría lógica causa-efecto evidencia la tendencia humana a crispar la atención sobre lo objetivo. Esta tendencia se manifiesta muchas veces en el fenómeno de la comunicación humana cuando no se la considera como un acontecimiento creador. La aplicación precipitada del esquema sujeto-objeto lleva fatalmente a reducir el ser comunicante a mero centro emisor de comunicaciones y el ser receptor a mero sujeto pasivo de una comunicación. Por ello, el mero el esclarecimiento doctrinal de un tema no puede ser empleado como herramienta irrefutable para doblegar la voluntad de una persona y, así, conseguir la adhesión inquebrantable a nuestros criterios y a nuestra forma de actuar. La caracterización positiva encierra el peligro de convertir el ser-verdad en mero ser-fáctico, reduciendo la obligatoriedad de la verdad a una necesidad coactiva, extraída de una deducción apodíctica, despreocupándose de la densidad ontológica de las personas, y olvidando

el carácter originario de la experiencia del encuentro interpersonal. Especialmente elocuentes a este respecto son las palabras de Emmanuel Mounier referidas a los doctrinarios: «Cuando la historia viva o la realidad del hombre les oponen resistencia creen ser tanto más fieles a la verdad en cuanto se aferran a su sistema; tanto más puros en cuanto mantienen su utopía en su inmovilidad geométrica».¹

De aquí podemos extraer la siguiente consecuencia: la mera movilización social a favor de causas justas (a favor de la vida, de la familia, de la ayuda al tercer mundo...) no basta. Es preciso actuar plenificados por la energía que proporciona el ideal de unidad, fundamento de la verdadera prudencia. De lo contrario corremos el riesgo de poner el acento en la rentabilidad política, el desgaste del gobierno, la búsqueda de notoriedad... En definitiva sustentados por una clara afección ideológica. En este caso, la actuación es claramente imprudente, ya que las ideologías (en sentido estricto) son formas de pensar que han perdido la adecuación a la realidad y no pueden hacerse valer por su valía interna. El poderoso concepto de «totalidad», explicado por E. Levinas, nos da cuenta de un pernicioso formalismo lógico gestado por las ideologías a partir de los violentos intereses perfectamente objetivados: «El acontecimiento ontológico que se perfila en esta negra claridad es la movilización de los seres, anclados hasta aquí en su identidad, movilización de absolutos, llevada a cabo por un orden objetivo al que no se pueden sustraer».²

1. Mounier, Emmanuel: *Manifiesto al servicio del personalismo* (Obras Completas, T 1), Ed. Sígueme, Salamanca 1992, p. 584.

2. Levinas, Emmanuel: *Totalidad e Infinito: Ensayo sobre la exterioridad*. Sígueme, Salamanca, p. 47.

La función social de la ciencia y la técnica

Sergio Barbero

Investigador CSIC

Las civilizaciones clásicas —griega y romana— tenían, mayoritariamente, una postura favorable hacia la técnica, aun con importantes salvedades, como las de los cínicos o Séneca,¹ para quien los avances tecnológicos podían fomentar la pereza y la auto-complacencia.

Son varios los mitos griegos relacionados con la aparición de la técnica, ligados a dioses como Atenea, Hefesto, Prometeo, o con héroes como Dédalo. De entre ellos, para lo que aquí nos atañe, el más interesante es el mito platónico del origen de la civilización en el diálogo de Protágoras.² Cuando los dioses decidieron crear a los hombres —moldeados con una mezcla de tierra y fuego—, al mismo tiempo que a los animales, encargaron al titán Prometeo y a Epimeteo la distribución de capacidades entre las distintas especies. De ésta labor se ocupó primeramente Epimeteo, concediendo a unas especies velocidad, a otras fortaleza, etc.; pero se olvidó del hombre. Cuando Prometeo se dio cuenta de lo desamparado que quedaba el hombre frente al resto de seres, y animado por su fuerte espíritu filantrópico, robó el fuego (*téchne*) para dárselo al hombre pero no sólo, sino acompañado de la «habilidad técnica» (*étechnos sophía*).

El mito Prometeico de Platón nos enseña, pues, dos aspectos cruciales

del sentido de la técnica. En un primer lugar, la técnica cumple un papel *defensivo*: nos permite sobrevivir en un mundo en el que el ser humano no aparece especialmente dotado, en lo fisiológico, respecto de otros seres vivos. En un segundo lugar, la técnica sólo nos sirve si poseemos la habilidad de usarla, digámoslo en términos modernos, con la ciencia que nos proporciona el conocimiento para manejarla.

La fábula no acaba aquí. Los hombres, en posesión de la técnica, empezaron a organizarse en ciudades, pero en ellas reinaba la injusticia ya que carecían del «sentido moral y la justicia» (*aidós y díke*). Por lo que, para evitar su destrucción, Zeus les mandó, por medio del mensajero Hermes, la «habilidad política» (*politiké téchne*). Si la técnica es una herramienta inútil sin la ciencia, la ciencia y la técnica, sin la ética, son herramientas que conducen a la destrucción. Con todo, interesa aquí, subrayar la primera enseñanza del mito. La técnica y la ciencia cumplen una importante función social, y renunciar a este cometido sería condenar a la humanidad al sufrimiento.

De esta postura defensiva ante la naturaleza, el devenir histórico evolucionaría hacia actitudes abiertamente más *ofensivas*. En los albores de la modernidad, Francis Bacon, escribiría en su *Novum Organum*: «Como nuestro principal objeto es hacer servir la naturaleza para los asuntos y necesidades del hombre, nada más lógico que

observar y contar las conquistas ya por el hombre adquiridas». El hombre ya no tiene únicamente que defenderse de la naturaleza, sino que debe convertirla en su sierva.³ Esta perspectiva es también compartida por Ortega y Gasset, para quien la técnica es «la reforma que el hombre impone a la naturaleza en vista de la satisfacción de sus necesidades».⁴

Injusto sería, sin embargo, continuar la crítica acerada que se ha hecho de Bacon, como fundador ideológico de los abusos tecnológicos de la modernidad. Conviene recordar, en su defensa, que Bacon actuaba en reacción a cierto inmovilismo del pensamiento escolástico, anquilosado en una ciencia demasiado especulativa, y poco motivada a buscar soluciones a las muchas, y legítimamente necesarias, necesidades materiales de los seres humanos.

Herederos de Bacon, sus más fieles discípulos serían los marxistas. Conviene recordar entre ellos a John Desmond Bernal (1901-1971), eminente científico, pionero en los estudios cristalográficos que dieron nacimiento a la biología molecular, Bernal reflexionó en profundidad sobre la actividad científico-técnica. Bernal escribió: «En la teoría marxista, la ciencia siempre tuvo un importante lugar. El ideal de Bacon —el uso de la ciencia para el bienestar de los seres humanos— era de hecho uno de los principios rectores del lado constructivo de la ciencia marxista».⁵

1. «¿Cómo se explica, por favor, que admire a un tiempo, a Diógenes y a Dédalo? ¿de los dos, cuál te parece sabio? ¿El que inventó la sierra, o el otro que, cuando vio a un niño bebiendo agua en el hueco de la mano, al punto quebró la copa sacada del zurrón, mientras se hacía este reproche: «¡Cuánto tiempo, necio de mí, he llevado faros inútiles!», el mismo que se arrollaba en su tonel y en él se dormía?» Séneca, Carta 90, *Epístolas morales a Lucilio*.

2. C. García Gual. *Prometeo: Mito y literatura*. FCE, Madrid, 2009.

3. Bacon se manifiesta más categórico en su *Instauratio Magna*: «Tal es la función de mi historia natural. Ahora, respecto a su cuerpo y composición, mi intención es que sea una historia no sólo de la naturaleza libre (cuando se le da rienda suelta y hace su trabajo a su manera) —como de los cuerpos celestes, los meteoritos, la tierra y el mar, los minerales, las plantas y los animales— sino que mucho más de la naturaleza cohibida e irritada; es decir, cuando mediante la pericia del hombre se le fuerza fuera de su estado natural y se le oprime y se le moldea».

4. J. Ortega y Gasset. *Meditación de la técnica y otros ensayos sobre ciencia y filosofía*. Alianza Editorial, Madrid, 2002.

5. J. D. Bernal. *The social function of science*. George Routledge & Sons Ltd, London, 1940.

Bernal plantea tres fines para la ciencia: 1) la realización intelectual del científico, 2) el avance en el conocimiento del mundo, 3) la aplicación de este conocimiento al bienestar social. Tres ámbitos, pues, de finalidad: el psicológico-personal, el epistemológico y el social. Partiendo de esto, Bernal acentuó, como obligación de su tiempo, promocionar la finalidad social de la ciencia. Es, por tanto, una re-actualización del programa Baconiano llevado hasta sus últimas consecuencias, ya que para Bernal «el entendimiento y control de la naturaleza y del hombre propiamente dicho, es meramente la expresión consciente de la tarea de la sociedad humana. Los métodos por los que esta tarea es emprendida, aun llevados a cabo de manera imperfecta, son los métodos por los que la humanidad probablemente asegure su futuro. En esta empresa la ciencia es comunismo».⁶

La transformación de la naturaleza y la sociedad, bajo el prisma científico, es en consecuencia, para Bernal, una tarea intrínseca de la sociedad humana. Bernal se plantea la sugerente pregunta: «¿Es mejor ser intelectualmente libre pero socialmente ineficiente o formar parte de un sistema donde conocimiento y acción se unen con una finalidad social común?».⁷

Se puede decir que el marxismo, en su materialización histórica, fallida o no, ejecutó de manera eficaz el programa baconiano de dominio de la naturaleza al servicio del hombre.

Los resultados históricos son conocidos. Si bien el sistema soviético alcanzó grados de cultura científico-técnica nunca alcanzados antes en ninguna sociedad, también fue capaz de cometer barbaridades sin parangón.⁸

La economía capitalista, la sociedad de mercado, también ha ejecutado y transformado, a su manera, el proyecto baconiano. El principio utilitarista se ha preservado, pero la finalidad de lo útil ha mutado de las necesidades humanas a los beneficios empresariales. El dogma es el siguiente: una tecnología sólo penetra en la sociedad si es inyectada por el mercado.

Lo que ocurrió, como señala Hans Jonas es que «La profunda paradoja —no sospechada por Bacon— del poder aportado por el saber radica en que, si bien ha conducido a algo simi-

lar a un «dominio» sobre la naturaleza (esto es, a su mayor aprovechamiento), ha llevado, al mismo tiempo, a su completo sometimiento a sí mismo».⁹

La economía capitalista, la sociedad de mercado, también ha ejecutado y transformado, a su manera, el proyecto baconiano. El principio utilitarista se ha preservado, pero la finalidad de lo útil ha mutado de las necesidades humanas a los beneficios empresariales. El dogma es el siguiente: una tecnología sólo penetra en la sociedad si es inyectada por el mercado.

Aunque la función social de la ciencia y de la técnica ha acabado degenerándose en las manifestaciones históricas tanto del comunismo como del capitalismo, ¿podemos ser tan orgullosos como para rechazarla? Sin duda, la solución empieza por evitar los dos extremos del péndulo. Primero, no caer en un utilitarismo ciego de la techno-ciencia,¹⁰ pero después, tampoco limitar el conocimiento científico-técnico a una mera función epistemológica y psicológica, sin dejar de estimular uno de sus fines fundamentales, que es resguardar al hombre de las inclemencias de la naturaleza, la enfermedad y el sufrimiento. Una ciencia y técnica, por tanto, que no se olvide de curar el cáncer y de construir puentes, pero atemperada por el sentido moral y la justicia¹¹ y un profundo respeto a la naturaleza.

6. Andrew Brown. *J. D. Bernal: the sage of science*. Oxford University Press, Oxford, 2007.

7. J. D. Bernal, o.c.

8. Por mencionar uno de ellos, en el plano eco-social. El régimen soviético, en una alocada carrera por incrementar la producción de algodón con nuevos métodos científicos, condujo a la casi desecación del cuarto lago del mundo, el mar de Aral.

9. H. Jonas, *El principio de responsabilidad: ensayo de una ética para la civilización tecnológica*, Herder, Barcelona, 1995.

10. Luis Ferreiro advierte de esto: «Igual que en la Edad Media la filosofía se justificaba por ser la sierva de la teología, la actual ideología justifica el saber que puede demostrar su utilidad, negando tácitamente la autonomía del saber». «La audacia del saber», *Acontecimiento*, n.º 94.

11. Ya Bacon intuía la necesidad de temperar los dominios de la ciencia, aunque quizás de manera ingenua: «En último lugar, si se objeta que las ciencias y las artes dan frecuentemente armas a los malos intentos y a las pasiones perversas, nadie se preocupará gran cosa de ello. Otro tanto puede decirse de los bienes del mundo, el talento, el valor, las fuerzas, la belleza, las riquezas, la misma luz y otras. Que el género humano recobre su imperio sobre la naturaleza, que por don divino le pertenece; la recta razón y una sana religión, sabrán regular su uso».

Bartolomé de Las Casas: padre de indios y pastor de españoles

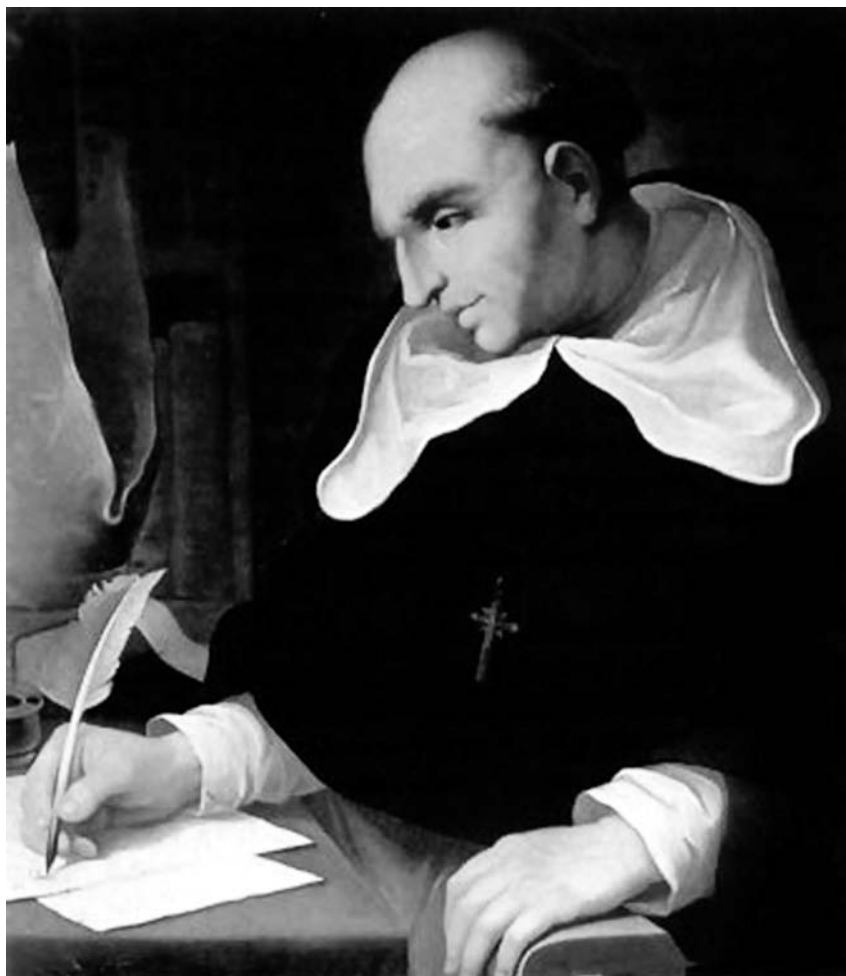
Ramón Valdivia Giménez

Profesor de Filosofía

El encuentro con América supuso un acontecimiento radical en la Europa emergente de principios de siglo XVI. Recién acabada la reconquista, con el proceso de reforma religiosa en la Castilla de Isabel, Colón arriba a las costas del Guadalquivir trayendo una serie de esclavos que proceden de tierras lejanas. Las Indias Occidentales se iban a convertir desde aquel momento en el Edén perdido. Junto con aquellos indios trajo muestras del ansiado oro, frutos extraños, animales exóticos... el Nuevo Mundo estaba por descubrirse, y había prisa por rentabilizar la inversión. Las Bulas de Alejandro VI concediendo la legitimidad de la Conquista a la Corona española impusieron como contrapartida la obligación de la evangelización, cosa que se tomó en serio.

Entre los castellanos que regresaron con Colón de aquel viaje se encontraba Pedro de Las Casas, quien llevó a casa a un esclavo que regaló a su hijo Bartolomé. Esto le produjo tal impresión al joven Las Casas que le incitó a ponerse, él también, en camino hacia el Nuevo Mundo. Su afán, como el de todos, la riqueza y la fama: participar como héroe en esta empresa digna de un cambio de época. Llegó a La Española en 1502, participa en varias guerras, vuelve a la metrópoli, viaja a Roma, vuelve a La Española y le ordenan sacerdote. Ejerció como doctrinero y encomendero. Fue el primer misa-cantano en el Nuevo Mundo.

En 1510 llegan a La Española los primeros dominicos. Ante las graves injusticias que cometen los encomenderos a los taínos, en el Adviento de 1511 tiene lugar el famoso sermón de Antonio Montesinos, quien grita: «¿Estos no son hombres? ¿No tienen



animas racionales? ¿No sois obligados a amallos como a vosotros mismos?» Y conviene dicha comunidad en negarse a confesar españoles si no restituyen lo robado. El escándalo es mayúsculo, pero efectivo. Entre los sacudidos en su conciencia está el sacerdote Bartolomé de Las Casas. El 15 de agosto de 1514, en la Iglesia de *Sancti Spiritus* Las Casas renuncia a su encomienda, desde entonces ejercerá como Defensor de los Indios. Es su «primera conversión».

A raíz de diversos problemas comprende que su vocación requiere no

sólo el compromiso activo político, sino que descubre que la raíz del drama de la violencia es mucho más compleja. Por ello solicita el ingreso en la Orden de Predicadores: el idealista defensor de los indios tiene que pasar por el silencio del claustro: es su «segunda conversión», que le aprovechará para estudiar la raíz de esta violencia que sólo puede salvarse a través de la cultura y de la religión. Es el tiempo de redacción del *De único vocationis modo*; y de comenzar a pergeñar la *Historia de Indias* y la *Apologética Historia Sumaria* (un

ambicioso proyecto histórico-antropológico).

El prestigio del dominico alcanza su cénit cuando evangeliza Tuzulutlán (Guatemala), llamado en un principio «Tierra de Guerras» porque sus habitantes habían rechazado siempre cualquier incursión en su territorio. Consigue de los poderes el compromiso de una ausencia total de españoles en aquellas tierras mientras se desarrolle la evangelización, y aplicando el método pacífico elaborado en el *De unico vocationis modo*, consigue un éxito rotundo: aquella tierra, desde entonces, se conocerá como Vera Paz. Pero, el *auri fames* de los colonizadores, y la sed de venganza de los indios destruyeron su proyecto.

Hundido, vuelve a la metrópoli para entrevistarse con el emperador Carlos V, participa en la elaboración de las Leyes Nuevas de 1542, que recogieron muchos de sus principios. A pesar de sus múltiples renunciaciones, el emperador Carlos le conmina a aceptar el Obispado de Chiapas. De nuevo ilusionado, con las Leyes bajo el brazo, dispuesto a hacerlas cumplir, vuelve para ejercer su ministerio. Es rechazado por todos por ser hombre polémico, y las leyes se convertirán en papel mojado.

La influencia mercantilista en la sociedad europea se estaba fraguando a costa de la colonización americana. Mientras la Corona española mostraba su deseo de cumplir el requisito de la Evangelización, título justo para la colonización, se veía presionada al mismo tiempo por las costosas empresas religiosas en Europa, a causa de la Reforma. Los créditos en los Países Bajos debían satisfacerse y su fuente, inagotable, era el Edén indiano. Por ello, no podía existir argumento algu-

no que impidiera el ejercicio mercantilista, y para ello había intelectuales que lo defendían, como el humanista Juan Ginés de Sepúlveda: la persona debía someterse a la idea de Estado. Frente a esta idea reaccionará Bartolomé de Las Casas en las Controversias de Valladolid.

Es imponente que el mismo emperador Carlos V, influido por el Consejo de Indias, y sobre todo por las impenitentes acusaciones del sector proindígena llegara a plantearse la legitimidad de la Conquista y Colonización de América. Es lo que históricamente se ha denominado la «Cuestión Indiana». Para adquirir criterio, Carlos V y el Consejo de Indias convocan en Valladolid al cronista imperial Sepúlveda y al dominico sevillano Las Casas. La controversia se extendió desde mediados de 1550 hasta la primavera de 1551. Esta controversia es, para la historia, uno de los momentos más dulces en los que la razón personalista limitó el poder sustituyendo, al menos, el carácter combativo por el evangelizador.

Tras las Controversias, Las Casas renuncia al Obispado de Chiapas y se dedica a publicar las obras que durante su silencio, y en su acción política había redactado, con la intención de que se distribuyeran entre los estudiantes dominicos de las Indias. Entre estos escritos aparece uno que, en particular, colaborará en la leyenda negra anti-española: la *Brevissima relación de la destruición de las Indias*. Una de estas copias llega a manos de los ingleses y holandeses quienes ejercieron una publicidad tergiversada de sus datos en contra de la dominación española. A raíz de esta manipulación Las Casas aparecerá como el mejor y más fiable miembro de la leyenda negra,

aprovechado con gran inteligencia, por los más mercantilistas depredadores. Y al mismo tiempo, por ese motivo, entrará en el imaginario colectivo español como uno de los más anti-patriotas.

Ciertamente, una peculiaridad de Las Casas es su carácter excesivo, que puede verse en cualquier biografía. Esto le lleva a defender apasionadamente a la comunidad taína ante la depresión demográfica, por ello escribe en sus tratados, en sus informes y en la Historia de Indias, cómo la conquista, colonización y dominio de España había resultado destructivo para los indios del Caribe. La hipérbole lascasiana tiene sentido desde la filosofía del lenguaje como un ejercicio de denuncia, más que de simple crónica periodística. La intención era captar la atención de los gobernantes de la metrópoli para denunciar una guerra que había sido declarada como «temeraria, injusta y tiránica», no dar fe pública de lo que sucedía.

Un último aspecto que interesa destacar es reclamar la preocupación de Las Casas, no sólo por los indios, en cuyo favor agota su vida, sino también, como pastor de los españoles. ¿En qué sentido? Las Casas trata de evitar que los españoles amen más la mentalidad del nuevo orden del mundo, mercantilista, avaro y codicioso, que la posibilidad de convertirse en verdaderos padres en la fe de quienes han sido hechos, por Cristo, como hermanos. Todo el empeño por reclamar la justicia no encuentra sentido sin este horizonte de reclamar la misericordia divina y humana para aquellos que, por su fe y misión histórica, debían dar ejemplo de un amor como el de Cristo. Muere en el convento dominico de Atocha el 18 de julio de 1566.

«¿Cómo hablar hoy de la resurrección?»¹

J. Serafín Béjar Bacas

Profesor de la Facultad de Teología
de Granada

Imaginemos que el relato de los discípulos de Emaús habla de nosotros. Imaginemos que Jerusalén es una metáfora de los tiempos modernos, de esa época marcada por la exaltación de la razón, ebria de poder, hechizada de ideología. Supongamos que la pequeña aldea de Emaús, distante unas dos leguas de Jerusalén, es una figura de la tan traída y llevada postmodernidad, la época del desencanto ante los grandes relatos, el tiempo del vacío y del sordo sucederse de los días. Si el extraño peregrino de este pasaje bíblico se pusiera a caminar con nosotros, ¿cómo nos hablaría de la resurrección?

El relato del evangelio de san Lucas (24,13-35) se podría convertir así en un mapa de viaje que nos ayude a transitar por nuestro «hoy». También nosotros, al igual que aquellos dos discípulos desencantados, nos encontramos entre tiempos: abandonando la gran Jerusalén ideológica e introduciéndonos en la incierta Emaús del desencanto. ¿Y cuáles son las características de esta situación entre tiempos? Pienso que tanto Jerusalén como Emaús, es decir, tanto modernidad como postmodernidad, ofrecen una visión cerrada de la historia. En efecto, la modernidad concibe el futuro como conquista y la postmodernidad concibe el futuro como derrota.

El hombre moderno quería construir su Torre de Babel, piedra sobre piedra, con el sudor del esfuerzo propio, proyectada hacia el cielo de las esperanzas del hombre. Era un futuro éste de despacho. Proyectado desde las posibilidades de la realidad, con la

confianza puesta en lo que el hombre puede esperar fundamentalmente de sí, este futuro era simplemente dilatación del presente. Era el futuro construido por las grandes ideologías, por la esperanza marxista, el futuro de una confianza ilimitada en las posibilidades del mercado, el futuro de unos jóvenes universitarios en el 68... Han dejado muchos muertos en el camino...

Ahora el mundo ya no confía en ningún futuro programado. A lo sumo, el futuro es un muchacho tumbado en la cama, que sueña despierto con lo bien que se lo pasará el próximo sábado noche, el coche que se puede comprar si aprueba o la ilusión de un trabajo al terminar la universidad. Puede incluso que, para el postmoderno, ni siquiera exista ya el mañana. No, al menos, un mañana universalmente compartido, es decir, un futuro para todos.

Como música de fondo de esta reflexión, venía a nuestra memoria la novela de I. Turguénev *Padres e hijos*; concretamente el diálogo entre un tío, Pável Pietróvich, y su sobrino Arkadi, donde se percibe, de modo dramático, el colapso de siglos pasados y futuros. En un momento, Pável afirma: «Sí. Antes eran los hegelianos y ahora los nihilistas. Ya veremos de qué forma vais a existir en el vacío, en el espacio sin aire».

Pues bien, en este escenario, hoy, al igual que entonces, acontece el insólito personaje del relato de Emaús, también peregrino, intentando romper la claudicación de los dos discípulos desencantados, es decir, nuestra propia claudicación. Primero pregunta de qué conversan por el camino, luego los escucha con humildad y, por último, comienza a hablarles. Y les habla de la historia, de su historia; o mejor,

del futuro. Ahora bien, no del futuro entendido como conquista, porque cuando las leyes de la resolución del tiempo se han hecho claras a la mente del hombre, el futuro deja de ser tal para convertirse en pasado. Tampoco les habla de un futuro convertido en aburrimiento, ajeno a las sorpresas, anclado en el recuerdo de un pasado doloroso e irredento. El desconocido peregrino les pregunta: ¿no habrá ningún futuro absoluto lejos de aquellos que nos inventamos nosotros desde nuestra miopía?, ¿un futuro que no sea el fruto de nuestro caminar hacia una meta, sino lo que nos sale por sí mismo a nuestro encuentro?, ¿algo que no sea el resultado de nuestras deducciones, de nuestros silogismos, de nuestras pretensiones de una razón libre, autónoma, autosuficiente, cerrada en sí misma?

De esta manera, el horizonte del desencanto comienza a resquebrajarse y deja espacio al acaecer de lo nuevo. De hecho, los discípulos del desaliento sienten el corazón arder y ponen todas sus energías en la escucha de aquel desconocido. Hay otra forma de concebir la historia: ¡el futuro como promesa! Una promesa hecha realidad desde el protagonismo de Dios. Les habla de «escatología», es decir, de la posibilidad de que el absoluto de Dios venga a habitar la contingencia de nuestra historia. Ahora es posible que comiencen a reconocer al que tienen delante como al Resucitado. Se ha hecho verdad la posibilidad de que un pedazo de cielo entre en la tierra.

Así, la propuesta fundamental que me hago consiste en comprender la resurrección de Jesús como el hecho «escatológico» por antonomasia. El cristianismo no es el código moral de nuestra propia autoperfección. Ni una ONG destinada a transformar la rea-

1. El siguiente texto es una presentación del libro del mismo autor titulado *¿Cómo hablar hoy de la resurrección?* Ed. Khaf, 2010.

lidad con un mayor o menor grado de heroísmo. Tampoco es una doctrina, llamada a imponerse a la razón recurriendo al reclamo de una fe ciega. El cristianismo es «acontecimiento»: el Dios Padre ha despertado a su Hijo del sueño de la muerte con la fuerza del Espíritu Santo. Por lo tanto, ante nuestras atentas miradas acontece lo que la mente jamás se hubiera atrevido a pensar. Ahora sí hay futuro, porque el futuro sólo es tal cuando viene avalado por la novedad imprevisible del Dios vivo. En el Resucitado descubrimos el universo definitivo de Dios, aconteciendo en la precariedad de nuestra historia.

Ahora bien, este inesperado peregrino de Emaús, ¿cómo les habla de todo esto, si no es posible poner palabras a lo eterno?, ¿cómo les dice, si no es posible nombrar lo innombrable? Si con la resurrección de Jesús, el universo de Dios se hace presente aquí, ¿cómo dar testimonio de ello? Pues bien, una vez rotos sus marcos de referencia, acaso los nuestros, les enseña formas nuevas de reinventar la razón y de provocar al pensamiento. Más allá del concepto, están la narración y el símbolo. De hecho, el desconocido de Emaús no ofrece una tranquilizadora explicación de lo que ha sucedido. El viernes santo sigue en pie con su peso de dramatismo y de silencio sordo. No existen teorías capaces de dar una explicación razonada de la ruptura en acto que suponen el sufrimiento, el dolor y la muerte del inocente. Además, los conceptos tienen

una pretensión de poder, presumen encerrar, definir, capturar... En ellos no cabe toda la novedad de vida que se ha hecho patente en el Resucitado. El misterio se muestra siempre impertinente y no se somete a nuestro do-



minio, a nuestro cálculo interesado.

Sin embargo, la lógica narrativa y simbólica es humilde, respeta el exceso de misterio, evoca, sugiere, invita a la contemplación. Esto es así porque lo simbólico y lo narrativo se muestran como el horizonte de sutura entre la eternidad y el tiempo, entre la trascendencia de Dios y la inmanencia del hombre. En ellos, hay espacio para un reconocimiento del futuro como

promesa. Para hablar de «su» resurrección, el enigmático peregrino estrena este doble instrumento.

De esta manera, y en primer lugar, les narra la historia de vida y salvación contenida en las Escrituras. Somos nuestro propio relato y el cristianismo sólo logra su cometido cuando es capaz de narrar la historia del Resucitado, como si fuera nuestra propia historia. De hecho, el caminante de Emaús logra transferir el sentido del relato, contenido en esas Escrituras, a los interrogantes vitales que inquietan el alma de los dos discípulos desalentados. Por esta razón, ellos mismos dirán después que sintieron su corazón arder cuando les narraba las Escrituras.

En segundo lugar, parte para ellos el pan. Ahora se impone la lógica del símbolo como lógica sacramental. Sólo se puede expresar lo inexpresable acudiendo a una realidad que es capaz de poner juntas identidad y diferencia, respetando al tiempo el universo de Dios y el mundo del hombre. La realidad capaz de obrar este milagro se llama símbolo.

Así, delante de ellos, ¿también de nosotros?, acontece lo que el ojo jamás vio, lo que el oído nunca oyó... lo que la mente jamás se atrevió a pensar (cf. 1Cor 2,9). Pero Él desaparece de su vista. En la lógica de la presencia y de la ausencia, de la manifestación y el ocultamiento, del ofrecimiento que sólo se hace efectivo en un mayor retraimiento... está Él, el Resucitado.

«El ciento por uno con persecuciones».

Cristianos perseguidos

Juan Segura Ferrer

Sacerdote

Todo comenzó unas fechas antes de la pascua judía en Jerusalén el año 33. Las autoridades del templo andaban buscando una ocasión propicia para detener y matar a Jesús de Nazaret. Jesús había recorrido Galilea y Judea con una enseñanza novedosa respecto de Dios y de la religión. Al principio, Jesús comenzó con los discípulos de un «tipo raro» como era Juan, que bautizaba en el Jordán y que vivía y vestía como los antiguos profetas, llamando a la conversión y anunciando «al que tenía que venir». Ya había acabado mal Juan, pues Herodes, que lo tenía en la cárcel, se vio obligado en una fiesta a decapitarlo. Esta herencia había recogido Jesús, pero ahora estaba llenando Jerusalén con sus enseñanzas heréticas, pues se declaraba «Hijo de Dios», violaba a su antojo la ley del sábado, montó un escándalo en el patio del templo y llamaba hipócritas a los principales de la cúpula del judaísmo. Ahora, Jerusalén estaba llena de peregrinos venidos de todas partes a celebrar la pascua, y la enseñanza de Jesús podía tener un eco mayor, temiendo que a los sacerdotes se les escapara el tema de las manos. Así pues, aprovecharon que uno de los suyos le delató para detenerlo. Le hicieron comparecer ante el sanedrín y el sumo sacerdote pronunció sobre él la condena capital: «Es reo de muerte». Se lo entregaron a Pilato y éste a los soldados. La víspera de la pascua, a eso del mediodía, el nazareno era crucificado en la cima del Gólgota y a la hora nona expiró bajo la justicia imperial de Roma.

De entre quienes le seguían a todas partes, hubo un grupo más cercano a él que recibía directamente sus instrucciones y enseñanzas. Había enseñanzas públicas, que todos podían oír, a modo de sermón, y otras en el ám-

bito de lo privado, que eran para sus más allegados. A estos les había advertido en varias ocasiones que, si a él le han perseguido, también a ellos les iban a perseguir. En cierta ocasión les dijo que no es más el discípulo que el maestro. En otro momento, les prometió que en esta vida recibirían cien veces más padres, madres, tierras y casas con persecuciones; y después, la vida eterna. Y es que sobre este grupo iba a recaer una grave responsabilidad: continuar con la tarea emprendida por Jesús, ser los portadores de su enseñanza cuando él ya no estuviera. Antes de su crucifixión les había anunciado su propia muerte y había dicho que, al tercer día, iba a resucitar. Y, en efecto, tres días después le vieron vivo y comió con ellos. Las mujeres del grupo habían visto vacío el sepulcro donde lo habían colocado. De modo que el inicio de su predicación era anunciar la resurrección de su maestro. Claro, que no parecía un contenido fácil de digerir para un comienzo, sobre todo, habida cuenta de que la secta de los saduceos, que copaban los puestos de mayor responsabilidad en la cúpula del sanedrín, no creía en la resurrección de los muertos; y, de hecho, este tema les enfrentaba con frecuencia a otros grupos, como el de los fariseos, pues despertaba sensibilidades y era causa de recurrente discusión.

Un nuevo elemento de riesgo era comenzar esa difícil tarea, precisamente, en la ciudad de Jerusalén. Como era de esperar, se hicieron oír entre gente venida de los lugares más variopintos, pues acababa de celebrarse la que era la más importante de las festividades del calendario judío, lo que hacía que la ciudad estuviera llena de forasteros. De esta manera, el anuncio de la resurrección del crucificado se abrió camino detrás de las fronteras de Judea, pues, a su regreso, quienes lo habían escuchado, dieron

la noticia en sus propios lugares de origen, bien desde una postura creyente o bien desde un rumor que se había corrido por Jerusalén. Esto no fue del agrado de las autoridades religiosas que habían condenado a Jesús, por lo que empezaron a llenarles de prohibiciones para evitar que el contenido de sus prédicas fuera captando la atención y la fe de más judíos. Pero los apóstoles decidieron obedecer antes a Dios que a los hombres, así que fueron encarcelados y azotados en numerosas ocasiones. El libro de los Hechos da buena cuenta de ello en el Nuevo Testamento. Y, puesto que la rabia y la impotencia de los sacerdotes iba en aumento, no tardó en producirse el primer mártir de la era cristiana: Esteban, diácono. En su lapidación participó Saulo, quien, más tarde, convertido en Pablo, llevaría la nueva fe por Oriente y Occidente. El propio Pablo y también todo el grupo de los apóstoles sufrieron una muerte violenta como castigo a su labor de predicación. Sólo Juan parece que se libró de ella, acabando en la isla de Patmos. Así, perseguida y sufriendo una violencia extrema, la fe cristiana comenzó a dar sus primeros pasos. El dolor de la persecución irá acompañándola desde el comienzo hasta nuestros días, pero, lejos de ser un lastre, se convierte siempre en un revulsivo irresistible. La sangre de los mártires fue y sigue siendo semilla de nuevos creyentes, de nuevos cristianos.

Conocidas según el nombre del emperador que las promovió, los cristianos sufrieron hasta diez persecuciones atroces, desde Nerón, el siglo I, hasta la de Juliano en el año 361. La llamada «gran persecución» fue la de Diocleciano, a comienzos del siglo IV. Una mayoría de Papas fueron martirizados en los cuatro primeros siglos del cristianismo. Los conversos eran detenidos, torturados, asesinados mediante apuñalamiento, flagelación, la



espada, el fuego o como diversión de la aristocracia romana como presa de los leones. La vivencia de su fe era clandestina y sus reuniones solían ser en las propias casas. En algunos casos, se llegaron a reunir también en las catacumbas, impresionantes galerías

subterráneas —hoy visitables en Roma— donde enterraban a sus muertos. Un gran número de obispos y de los hoy considerados Santos Padres de la Iglesia sufrieron el martirio durante esos años. Al final del siglo iv, el término «romano» era sinónimo de

«cristiano» después de su oficialización por Teodosio.

La doctrina sobre el papado divide a las iglesias Oriental, con sede en Constantinopla, y Occidental, con sede en Roma, recién iniciado el segundo milenio, produciéndose la recíproca excomunión. Eso crea enemistad entre ambas facciones de la fe universal. Los papas, en la Edad Media, comienzan a vivir como soberanos y su preocupación está más en la guerra, las cruzadas y la defensa de los Estados Pontificios que en el pastoreo del pueblo de Dios. La persecución de herejes juzgados y quemados vivos por la Inquisición (tribunales de teólogos, clérigos y obispos) diezma la credibilidad de la Iglesia Católica y su autenticidad evangélica. La Reforma protestante llevará a la institución eclesial a un nuevo cisma. El Concilio de Trento trata de ser respuesta y elabora el movimiento de Contrarreforma. La Iglesia se encierra en sus filas y en su doctrina tratando de salvaguardar la ortodoxia. Con el descubrimiento del Nuevo Mundo surge la inquietud misionera por extender el Evangelio a todo el mundo conocido. En el siglo xviii, la Ilustración y la Revolución Francesa ponen en jaque la racionalidad de la fe y la enfrentan con la cultura y la razón. La Revolución Industrial, en el siglo xix, provoca que la Iglesia pierda a la clase obrera. Antes, Napoleón desprecia la fe cristiana y, en su expansión, profana, saquea iglesias y catedrales de cada lugar que conquista, haciéndose con un importante botín de elementos de culto sagrados.

El siglo xx va a ser una centuria convulsa y decisiva que llevará a la Iglesia hasta su situación actual de víctima perseguida. La Revolución bolchevique de 1917 y la extensión del comunismo en la Europa Oriental convertirá la fe cristiana en una doctrina clandestina. Cristianos —ortodoxos y católicos— serán perseguidos, tortu-

rados y asesinados con extrema crueldad. Las reuniones de cristianos, incluso las litúrgicas, quedan prohibidas, y los bienes de las Iglesias confiscados por el Estado. En ese ambiente de su Polonia natal crecería la fe del que más tarde iba a ser el papa Juan Pablo II, que tanto ayudaría a la caída del comunismo en Europa. La Segunda Guerra Mundial dejó también como poso un supuesto «antisemitismo» del papa Pío XII, que es acusado de pasividad ante el holocausto judío, basado en acusaciones intencionadamente falsas y manipuladas. En España, entre 1934 y el final de la Guerra Civil en 1939, tiene lugar una persecución sin precedentes, en la que fueron asesinados unos 10.000 católicos, sacerdotes, religiosos y laicos, por motivo de su fe religiosa. Algunos la consideran la mayor persecución de la historia del cristianismo. «No hay un solo precedente, ni siquiera en las persecuciones romanas, del sacrificio sangriento, en poco más de un semestre, de doce obispos, cuatro mil sacerdotes y más de dos mil religiosos». Así escribe el obispo Antonio Montero en su libro *Historia de la persecución religiosa en España*, publicada en la B. A. C. en 1961 y 1999. En 1948, la Organización de Naciones Unidas publica la Declaración Universal de los Derechos Humanos, en la que recoge la libertad de culto como un derecho fundamental de todas las personas. Esto debería ser suficiente para su salvaguarda en los estados democráticos y de derecho, pero no es así; mucho menos en otros países, donde no existen tampoco otras libertades fundamentales.

En la segunda década del siglo XXI, la fe cristiana sigue siendo perseguida

en los reductos comunistas de China, Corea del Norte y Cuba. En el caso de China se da una «iglesia católica» fundada por el régimen al margen del papado, y cuyas directrices las marca el gobierno comunista. Los católicos en comunión con la Santa Sede son perseguidos. Buena parte de las víctimas por su fe católica arranca de fanáticos de otras religiones (hindúes en la India y musulmanes en países árabes). En Indonesia se han incendiado poblaciones enteras de cristianos. En Pakistán se esclaviza a cristianos, se les tortura y se les mata. En fechas recientes, ha habido masacres de cristianos en Egipto, Irak, Afganistán. El asesinato del ministro católico para las minorías religiosas en Pakistán ha causado especial consternación. En la franja de Gaza y Cisjordania, en Palestina, los árabes cristianos son perseguidos por los árabes musulmanes. En España, se intentó quemar una iglesia de Madrid durante el oficio religioso de la pasada Navidad (el segundo intento en pocas semanas). La fe musulmana tiene como mandamiento, entre cinco, la yihad (guerra santa contra los infieles); considera infieles a todos los que no profesan la fe del Islam. La persona no puede redimir sus pecados ni puede verlos perdonados en vida. Se acumulan para el día del juicio final. Pero la entrada en el cielo es directa si se ha matado un solo infiel. Así lo entienden los hijos de Alá, así lo enseñan los padres a los hijos y los líderes religiosos. No es, pues, de extrañar que se comporten de esta manera. Existe, además, otra persecución «de guante blanco», podríamos decir; que no mancha de sangre directamente, pero

que crea un ambiente en contra del cristianismo en nombre de la laicidad —a la que convierte en laicismo—, creando un ambiente irrespirable contra los símbolos cristianos y favoreciendo el odio hacia los que profesan su fe en Cristo. Son ideologías que hacen uso del poder democrático y que ponen a su servicio todos los mecanismos de propaganda para reducir la vivencia de lo religioso al ámbito de lo privado, expulsándola de la vida pública, desde hospitales hasta colegios y universidades. La profanación y los ataques a capillas universitarias son la última manifestación de este estilo de persecución en España. Los ataques sistemáticos al papado son también manifestación de una sutil pero real persecución religiosa en la actual Europa Occidental.

El Parlamento Europeo y el Consejo de Europa han constatado y condenado la creciente violencia contra los cristianos en el mundo. Sin embargo, a la hora de que el Consejo de Ministros de Exteriores se pronunciase al respecto, no se pusieron de acuerdo, porque algunos países, entre ellos España, querían hablar en abstracto de «persecuciones religiosas», sin nombrar explícitamente a los cristianos. Según algunos estudios, en estos momentos muere un cristiano cada tres minutos en el mundo; y 200 millones de cristianos sufren persecución violenta sistemática. El Señor nos lo anunció y así se viene cumpliendo, pero aun así, es la hora de que alguien vele por la garantía del cumplimiento de los Derechos Humanos, sobre todo, en los Estados que se autodefinen como «de derecho».



La Filosofía Primera

Universidad Pontificia de Salamanca

VIII Jornadas de *Diálogo Filosófico*

La Filosofía Primera

Salamanca, 12 al 14 de septiembre de 2011



En nuestras VIII Jornadas centraremos nuestra atención en la FILOSOFÍA PRIMERA. Queremos contribuir a iluminar el planteamiento y la solución de los problemas antropológicos, epistemológicos, religiosos, éticos y políticos que se le presentan al hombre dentro del mundo actual, con toda su radicalidad filosófica, porque consideramos que esta tarea sigue siendo interesante y oportuna.

Núcleos temáticos

Hemos establecido los siguientes núcleos temáticos:

- Reflexión crítica sobre las distintas concepciones de la filosofía primera.
- Filosofía Primera y filosofías segundas.
- Propuestas actuales de una Filosofía Primera.

Organizan

Las VIII Jornadas de *Diálogo Filosófico* son organizadas por la revista *Diálogo Filosófico* y por el Instituto de Pensamiento Iberoamericano, con la colaboración del Ministerio de Educación, la Universidad Nacional Autónoma de México, la Facultad de

Filosofía y la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales de la Universidad Pontificia de Salamanca.

Sede de las Jornadas

Aulas de la Universidad Pontificia de Salamanca (c/ Compañía, 5).

Comunicaciones

Antes del 1 de julio de 2011 deberá enviarse a la Secretaría de las Jornadas un resumen con la extensión máxima de 300 palabras.

Inscripción

La cuota, hasta el 1 de septiembre de 2011, es de 100 euros (50 para los suscriptores de *Acontecimiento* y *Diálogo Filosófico*). A partir del 1 de septiembre de 2011 la cuota será de 140 euros (90 para los suscriptores de *Acontecimiento* y *Diálogo Filosófico*). El abono de la cuota deberá efectuarse en la cuenta 2038-2261-66-6000203415 de Caja Madrid (c/ San Sebastián, 34; 28770 Colmenar Viejo; Madrid). Una vez hecho el ingreso se deberá remitir a la Secretaría de *Diálogo Filosófico* una fotocopia del resguardo correspondiente, junto con los datos de quien desea inscribirse.

12 de septiembre, lunes

09.00 h. Entrega de Documentación

09.30 h. Inauguración

Reflexión crítica sobre las distintas concepciones de la Filosofía Primera

10.00 h. 'La búsqueda de lo cada vez más fundamental y la Filosofía Primera'
Dr. D. Harald Schöndorf. *Facultad Filosofía de Múnich*

'¿Filosofía Práctica como Filosofía Primera?'
Dr. D. Jesús Conill. *Universidad de Valencia*

12.00 h. '¿Cabe una Filosofía Primera basada en el concepto de acontecimiento?'
Dr. D. Miguel García Baró
Universidad Pontificia de Comillas
'El giro gnoseológico-crítico de la Filosofía Primera. Pérdidas y rendimientos'
Dra. Dña. Ana María Andaluz Romanillos
Universidad Pontificia de Salamanca

17.00 h. 'Amor y humildad. La radicalidad de la Filosofía Primera'
Dr. D. Ignacio Verdú
Universidad Pontificia de Comillas
'La ética como Filosofía Primera. Las propuestas de Lévinas y Gadamer'
Dr. D. Agustín Domingo Moratalla
Universidad de Valencia

19.00 h. 'La Metafísica sin fin'
Dr. D. Paul Valadier
Instituto Superior de Filosofía de París
'Filosofía Primera y experiencia previa'
Dr. D. José Luis Caballero Bono
Instituto de Filosofía Edith Stein. Granada

13 de septiembre, martes

09.00 h. 'El sentido de la Metafísica'

Dr. D. Mariano Álvarez
Universidad de Salamanca

'El problema de la fundamentación de la Filosofía Primera'
Dr. D. Eduardo Forment
Universidad de Barcelona

11.00 h. Comunicaciones

Filosofía Primera y filosofías segundas

12.30 h. 'Filosofías segundas y metafísica mínima'
Dr. D. Alejandro Llano
Universidad de Navarra
'La filosofía del límite: la importancia de la metafísica en la vivencia antropológica'
Dra. Dña. Juana Sánchez-Gey Venegas
Universidad Autónoma. Madrid

14.00 h. Fin de la mañana

17.00 h. '¿Es posible una filosofía sobre la violencia?'
Dr. D. José Manuel Orozco
Universidad Nacional Autónoma de México
'La Filosofía de la Religión en cuanto filosofía segunda'
Dr. D. Francisco-Javier Herrero Hernández
Universidad Pontificia de Salamanca

Propuestas actuales de una Filosofía Primera

19.00 h. 'La belleza como esplendor del ser'
Dr. D. Félix García Moriyón
Universidad Autónoma de Madrid
'La estética como Filosofía Primera'
Dr. D. Alfonso López Quintás
Universidad Complutense, Madrid

20.30 h. Fin de la Jornada

14 de septiembre, miércoles

09.00 h. 'Hacia una teoría crítico-experiencial de la verdad'
Dr. D. Juan Antonio Nicolás
Universidad de Granada

'La metafísica onto-trinitaria ante los problemas contemporáneos'
Dr. D. Erwin Schadel
Universidad de Bamberg

10.30 h. Comunicaciones

11.45 h. 'El resurgimiento de la Filosofía Primera después de las críticas de la posmodernidad'
Dr. D. Mauricio Beuchot
Universidad Autónoma de México
'¿Metafísica hoy? Lineamientos para una metafísica renovada'
Dr. D. Modesto Berciano
Universidad de Oviedo

INFORMACIÓN

SECRETARÍA DE *DIÁLOGO FILOSÓFICO* VIII Jornadas de *Diálogo Filosófico*

Apartado 121. 28770 Colmenar Viejo (Madrid)
Teléfono: 610 707 473 - Fax: 91 846 29 73
Correo electrónico: dialfilo@hotmail.com

INSTITUTO DE PENSAMIENTO
IBEROAMERICANO
Compañía, 5. 37002 Salamanca (España)
Teléfono: +34 923 277 108
Fax: +34 923 277 101
Correo electrónico: ipi@upsa.es

En nuestro 10.º aniversario, continuar nuestra tarea

Institut Emmanuel Mounier de Catalunya

Vivimos en una época de crisis generalizada. En la historia de la humanidad, este fenómeno ha estado persistentemente presente y ante él han cuajado dos tipos de actitud: hacerle frente, buscando alternativas de solución con todo lo que conlleva ese compromiso..., a la vez que se denuncian los «pecados» que, por acción u omisión los hombres han cometido; o bien dejarse ir, y procurar acomodarse a la lógica de las conveniencias, al «precio», que decía Mounier. El personalismo ha optado, por exigencia interna de respeto y amor a la «humanidad» de la persona, por la primera. No es ésta la opción de quienes persiguen el éxito y se sienten triunfadores; sino de quienes no se postran ante un mundo injusto y proclive a la desesperanza, y menos lo adulan. Pero, ya lo sabemos, esta actitud no tiene cuota de mercado. Con ellos, precisamente por ello, nos identificamos.

En la humildad de nuestra opción, disponemos del «plus» inspirador y orientador que tiene fecha histórica conjugada con una decisión valiente y sin ambigüedad: la fundación de la revista *Esprit* en el año 1932, al cobijo del *Manifesto de Font Romeu*, elaborado y proclamado por un grupo de personas amigas —Emmanuel Mounier, George Izard, André Delage y Louis-Émile Galey—, que invirtieron en él todo su bagaje intelectual y su espíritu vital con el objetivo de transformar un mundo en crisis, no solo política y económica, sino humana y civilizatoria o, lo que es lo mismo, profundamente espiritual. Fue en el Congreso fundacional de Font Romeu, después de pacientes encuentros, reflexiones y complicidades vividas, donde se pu-

sieron las bases del compromiso y la voluntad de trabajar en la mejora de un mundo que no les gustaba.

¿Qué nos hemos de preguntar? ¿A qué nos hemos de comprometer?

En los principios orientadores del *Manifesto de Font Romeu*, encontramos una triple propuesta que, a partir de aquel momento, formará parte de todo el proyecto personalista. En efecto, el encuentro del mes de agosto de aquel 1932 en aquella bella localidad pirenaica, fijaba tres aspectos esenciales:

- En primer lugar, fijaba las premisas básicas del movimiento personalista: la libertad, la dignidad humana y el amor. Estos tres conceptos conducían hacia lo que era para sus fundadores aquello más primordial: la primacía de lo espiritual, acogiendo la condición encarnada del ser humano. Por ello, era necesario conjurar riesgos que inmediatamente previnieron: que la persona humana no se torne mero individuo, que la familia no se transforme refugio del egoísmo social, y que la amistad no se confunda con la camaradería partidista.
- En segundo lugar, establecía una crítica argumentada y vivencial contra el capitalismo y el totalitarismo, dos lacras lacerantes bastante extendidas ya en la Europa de la época.
- Y en tercer lugar, proponía un plan programático ante el complejo fe-



nómeno civilizatorio: el nacimiento de la revista *Esprit*, como portavoz de las propuestas personalistas ante la crisis económica de Occidente de finales de la década de los años veinte.

Como es sabido, la primera gran obra que poco después escribe y publica Emmanuel Mounier en el año 1935, como fruto de esta reflexión y voluntad de transformación del mundo lleva por título *Revolución Personalista y Comunitaria*, obra compleja en la que se pone de relieve el carácter combativo de Mounier en pro de la dignidad de la persona y del proyecto comunitario que la acompaña.

En la celebración del décimo aniversario del Institut Emmanuel Mounier de Catalunya, aquellos que nos sentimos cercanos y deudores del pensamiento y de la obra de Emmanuel Mounier y en la complicidad de ideas y sentimientos de los otros grupos del Instituto Emmanuel Mounier, hacemos nuestra aquella sentencia prestada de Péguy con la que el pensador de Grenoble inicia el primer capítulo de su *Revolución Personalista y Comunitaria*: «La revolución será moral o no será».



Monseñor Romero. Vida, pasión y muerte en El Salvador

Roberto Morozzo

Salamanca. Sígueme 2010. 462 págs.

La figura de Monseñor Romero puede ser objeto de mistificaciones y estilizaciones que oculten la realidad compleja de su personalidad en lugar de aproximarla. Por eso era necesario un trabajo biográfico como el que se presenta en este libro. Roberto Morozzo, profesor de Historia en la Universidad de Roma Tre nos ofrece un trabajo extenso y bien documentado que no evita adentrarse en las cuestiones más polémicas y difíciles de la vida de monseñor Romero.

La imagen que resulta de este trabajo amplio es la de una personalidad compleja, afectada con contrastes y paradojas. Pero sobre todo la de un pastor convencido del valor que el evangelio representa para el mundo, movido por la fidelidad a la Iglesia, y al que la polarización extrema de un conflicto social otorgó a su mensaje una dimensión política, que probablemente no la hubiera tenido en otras circunstancias.

Creo que es necesario clarificar con rigor y con argumentos como aquí se hace que monseñor Romero no fue ni un revolucionario ni un subversivo. Fue un pastor que velaba por la independencia de la Iglesia, que protegía y defendía a su clero y que se oponía a todo intento de controlar la misión de la Iglesia. Fue una voz que en medio de una sociedad polarizada proponía el camino de la paz, el entendimiento y la comprensión mutua. Fue un defensor de los campesinos y pobres ante la voracidad ilimitada de

una oligarquía cegada por la codicia y que no admitía ninguna posibilidad de cambio social. En este contexto, la figura de Romero alcanzó un significado político a su pesar, pues creía en el cambio social a través del cambio del corazón más que a través de la influencia del poder. Una de las conclusiones a las que se llega tras la lectura de este libro es que la fidelidad y la coherencia evangélica suelen tener unas consecuencias políticas de enormes dimensiones, sobre todo en contextos de polarización y enfrentamiento.

La obra comienza presentando el contexto en el que monseñor Romero ejerció su ministerio. Un pequeño país sometido a un conflicto civil porque una minoría oligárquica impedía la articulación democrática de la sociedad. Esta minoría realizaba continuas intervenciones y modificaciones del marco legal en cuanto sentían que se podía perder alguno de sus privilegios. Esta situación condujo a una polarización que desembocaría en una guerra civil que en una década dejó 80.000 muertos. La situación de bloqueo a cualquier avance de la democracia real por parte de la oligarquía, llevó al surgimiento de grupos guerrilleros, a los que se les enfrentaba con grupos paramilitares.

Sus años en Roma fueron decisivos en la formación de su personalidad pues coincidieron en lo que se denomina «romanización» del clero latinoamericano. Un proyecto iniciado por Pío IX y que pretendía dar a los sacerdotes de Latinoamérica un estilo más universal, espiritual, alejado de las luchas políticas y del provincianismo. En Roma estudiará en la Universi-

dad Gregoriana de los jesuitas y quedó influido por la espiritualidad exigente, austera y fuerte de S. Ignacio. Sentirá gran admiración y respeto hacia la figura del papado, y en concreto hacia Pío XI que supo mantenerse firme frente a Mussolini y Hitler y que decía: «Mientras yo sea Papa, nadie se reír de la Iglesia». De estos años permanecerá en Romero su fidelidad a Roma y el saberse poner en frente de los poderosos cuando hay que salvaguardar el ámbito de acción de la Iglesia.

Las raíces de su pensamiento remiten al conservadurismo católico, a un nacionalismo católico. En esta visión destaca que el papel de la Iglesia no es el de la administración directa de los asuntos públicos pero sí influir en los gobernantes. Creía en una democracia ordenada que dejara sitio a la fe. En la obra se resume de modo sumario su actividad como obispo auxiliar: «En lo relativo a la Iglesia, era magistral e institucional; en política era conservador y reformista moderado; en lo social era sensible y consciente de los problemas» (124).

En 1974 es nombrado obispo de Santiago de María donde tuvo los primeros enfrentamientos con las autoridades. En febrero de 1977 asume el arzobispado de San Salvador, en un ambiente de creciente confrontación entre gobierno y algunos sectores de la Iglesia con expulsión de sacerdotes y la amenaza de expulsión de los jesuitas. En marzo de 1977 era asesinado el padre Rutilio Grande junto con dos campesinos en venganza por la muerte de un propietario agrario. La sucesión de acontecimientos llevó a Romero a convencerse de

que había una persecución contra la Iglesia.

El autor del libro analiza la llamada conversión de Romero tras la muerte de Rutilio Grande. Contra una interpretación extendida deja claro que este acontecimiento no marca un cambio en su fe o en su modo de vivirla sino que es un paso más en una evolución que se había iniciado anteriormente y que tiene como horizonte un nuevo modo de entender la relación de la Iglesia con el poder político.

En el libro se indica que Romero fracasó en la pacificación del país porque era una situación tan tensa que cualquiera hubiera fracasado. La derecha era inmovilista y la izquierda no quería reformas. La paradoja de Romero es que «no era un político, no sabía de política, no quería hacer política, pero terminó siendo un personaje clave en la política de su país» (239).

Padeció la incomprensión y hasta la hostilidad de otros hermanos obispos que le deslegitimaban en Roma. Siempre encontró en Mons. Pironio un confidente y un apoyo. En este sentido es también muy interesante el capítulo dedicado a analizar las relaciones de Romero con Roma y con los papas Pablo VI y Juan Pablo II. Aunque en Roma se llegó a pensar en su destitución, al final Juan Pablo II le dio su apoyo y le expresaba sus recomendaciones, resultado de su experiencia polaca.

Esta obra es en mi opinión la mejor biografía realizada sobre monseñor Romero hasta la fecha.

RICARDO DE LUIS CARBALLADA

Rincón bibliográfico

La derrota de Dios

Helena Saña

PPC, Madrid, 2010, 254 págs.

El escritor, filósofo y teórico social Helena Saña nos presenta en su libro *La derrota de Dios* un repaso crítico sobre los aspectos centrales de la actualidad. El autor reflexiona sobre los grandes males que aquejan a nuestro mundo, con un estilo directo y agudo, que cumple la función que él mismo se propone, citando a Jean-Paul Sartre: «impedir que nadie se sienta inocente».

Con el título, Helena Saña se refiere a la «derrota del propio hombre contemporáneo y del modelo de vida irracional y destructivo creado por él en las últimas décadas» (p. 8). ¿Cuáles son los grandes problemas de este mundo? El autor lo tiene claro: la miseria material de la inmensa mayoría de la población, unida a la miseria humana y espiritual de los satisfechos.

Saña habla de una crisis general que se manifiesta en el hecho de estar asistiendo a una «involución» (p. 21). A pesar de lo que preconizaban las ideologías emancipatorias del pasado, la evolución de la técnica y la ciencia no ha logrado ni el progreso justo ni la felicidad humanas. Sin embargo, parece que nos hemos acostumbrado al *statu quo* y, no hacemos mucho por cambiarlo, ya que no nos sentimos responsables del mismo.

En otro apartado, el autor hace una reflexión acerca de la descristianización del mundo. Saña considera que, aparte de los errores de la propia Iglesia, lo que más ha dañado al cristianismo ha sido la utilización del mismo por la burguesía, que ha llevado al «fariseísmo moral moderno» (p. 37). Hoy en

día se ha llegado a un punto en el que se considera que el único problema es el de creer o no creer en Dios, dejando de lado los problemas de la humanidad, que se deberían combatir desde todos los frentes, tanto religiosos como ateos.

El desarrollo de la ciencia, como expresaba antes, no ha llevado a un mundo más justo, sino más bien a una «robotización» del mismo (p. 49). No se ha progresado en el alma humana como se ha progresado en la técnica, por ello el autor habla de una «desinteriorización del hombre» (p. 53), que lo lleva a ser un «esclavo sublimado» que confunde «la autorrealización y felicidad con el fetichismo técnico, el culto desenfrenado a Mammón y el consumo» (p. 61).

Helena Saña también lamenta la ignorancia que existe en la actualidad hacia los grandes pensadores de la antigüedad, tendiendo nuestra sociedad al culto a lo nuevo, unido al desprecio hacia la búsqueda de la verdad. Ante esto, el autor propone escuchar a los grandes filósofos y guías espirituales, como Platón o Jesucristo, que presentan verdades que nunca pasan de moda: «Por muchas vueltas que el mundo haya dado, lo que no ha cambiado es el concepto de justicia, que es, como la idea platónica del bien, un valor eterno aplicable a toda época histórica» (p. 121).

Entre las ideas de éstos y otros grandes pensadores, como Sócrates, Francisco de Asís, Tolstoi y Gandhi, encontramos el aprecio por la austeridad, algo completamente despreciado hoy en día. En efecto, el hombre busca la acumulación de riquezas y lujos, pero no consigue llenar su vacío interior, de modo que la riqueza sólo de dinero es pobreza.

Helena Saña apuesta también por volver a apreciar el valor del diálogo, del mismo modo que hacía Sócrates, sin caer en los «monólogos aislados» (p. 102) ni en el relativismo moral, sino para emprender una búsqueda conjunta de lo más justo para nuestras sociedades. En esto tiene una especial responsabilidad la clase política, que sin embargo adolece de muchos defectos, como el ansia de poder por encima de todo, o el uso de discursos propagandísticos que recuerdan más a la erística sofista que a la búsqueda del bien de los clásicos. En este punto, el autor también dedica unas páginas a realizar una crítica a la desaparición casi completa del socialismo, que ha perdido su vocación utópica. Asistimos así a una «despotenciación de la izquierda» (p. 123) que lleva a que la ciudadanía no cuente con alternativas reales de cambio a la hora de votar.

Helena Saña nos habla también de una «crisis de la conciencia crítica» (p. 127), que está en la base de muchos de los problemas que nos aquejan. Nos encontramos con una paradoja: «desmedidamente ambicioso e insaciable a la hora de exigir bienes materiales, el individuo medio se contenta, a nivel humano, moral y espiritual, con los pésimos valores que le ofrecen los administradores del poder» (p. 129). Ésta es, pues, una «época conformista» (p. 130), a nivel humano y político; del *animal político* de Aristóteles se ha pasado al *homo consumens* (p. 137), el consumidor acrítico que condena con su conformismo cada día a cientos de millones de personas a vivir en la violencia y la miseria. Cuanto menor es la conciencia crítica

de los individuos, «cuanta más inhibición y pasividad política, más fácil para los poderosos de la tierra organizar, llevar adelante y justificar sus guerras de agresión, su política neocolonialista, su violencia estructural, sus mentiras y demás manifestaciones de su desgobierno» (p. 140). En esta casi desaparición de la denuncia del *statu quo* tienen mucha culpa los intelectuales, que cometen una «traición» (p. 145) al ponerse del lado del poder y dejar de lado a los que más sufren las injusticias. Opina el autor que el intelectual comprometido está a punto de convertirse en «una figura de museo», de modo que asistimos al nacimiento del «intelectual mercenario» (p. 152).

Consecuencia de esta fiebre acrítica, el aparato del Estado va asumiendo cada vez más esferas de poder, por mucho que se predique el liberalismo. El mismo Estado que no interviene en materia económica, controla cada vez más la vida personal de los ciudadanos; «el Estado neoliberal [...] nos presta cada vez menos servicios y nos impone un mayor número de obligaciones» (p. 164). Esto va unido a una crisis democrática, que se manifiesta en la despolitización de la mayoría de la población y en la toma de decisiones por los *lobbies* económicos y políticos y no por los ciudadanos.

La sociedad occidental, que siempre se ha enorgullecido de ser el paradigma de la civilización, muestra ser cada vez más «incivilizada». Para empezar, ante el clásico «conócete a ti mismo», vivimos en un mundo en el que tenemos una concepción tan baja de nosotros mismos que lo único que se promueve es el egoísmo (p. 179). Esto conduce a otras manifes-

taciones de «incivilización»: la destrucción de la familia, la violencia generalizada, o el miedo y la inseguridad, que llevan a más violencia.

Ante este panorama desolador, el autor no se cansa de recordar que existen honrosas excepciones representadas por personas de bien, aunque desgraciadamente son minoría y apenas se conocen. Hace falta una nueva revolución para no vernos degradados al *homo consumens*. No hay que cansarse de escuchar las opciones utópicas, como el cristianismo, que propugnan la esperanza en un mundo mejor. Asistimos hoy a una «crisis de la esperanza» (p. 229) debida a que el hombre ha dejado de creer en sí mismo. Por ello, hemos de volver a confiar en el ser humano, promoviendo una «cultura del alma» (p. 240). Frente a la única esperanza que hay hoy en día, que es la de bienestar y poder, Saña propone un «salto cualitativo» hacia una esperanza en un mundo verdaderamente justo y humano (p. 236). En esta tarea deben tomar un especial partido los cristianos, porque la manera de hacer realidad el Reino y de encontrarse con Dios es tratando de hacer felices a los demás, especialmente a los más necesitados. Esta es la alegría del cristiano, «algo tan simple y sencillo como dar a los demás todo lo que esté a nuestro alcance sin esperar otra recompensa que la de ver sus rostros iluminados por la esperanza y la alegría».

En conclusión, *La derrota de Dios* es un libro que hace despertar al lector; nos hace abrir los ojos ante las múltiples crisis de que la humanidad está aquejada, pero también transmite que es tarea de todos recuperar la esperanza y hacer un cambio hacia un mundo

más humano, donde se pueda «devolver a la vida su verdadero valor» (p. 242).

ANA COLOMER

Conocimiento y razón práctica: un recorrido por la filosofía de Paul Ricœur.

Marcelino Agís Villaverde
Fundación E. Mounier, Colección Persona (Serie Académica), Madrid 2011. 281 páginas.

Marcelino Agís, profesor de Filosofía de la Universidad de Santiago de Compostela, que tuvo la fortuna de conocer al propio Paul Ricœur, de trabajar con él y sobre él, y de gozar de su amistad, presenta en la Serie Académica de la colección *Persona* un libro importante, no sólo para la producción del pensamiento filosófico en España, sino también para los miembros del Instituto Emmanuel Mounier y sus amigos y simpatizantes. Ricœur fue un hombre muy cercano a Mounier, y aunque no fue un personalista del mismo estilo, Carlos Díaz lo sitúa en una de las ramas importantes del árbol del personalismo: la rama hermenéutica, y coloca su nombre entre los treinta nombres propios del personalismo, en su libro homónimo, que es el título número 3 de la colección *Persona*.

Marcelino Agís propone al lector, como reza el subtítulo del libro, un recorrido por la vida y por el pensamiento de Paul Ricœur, quien a lo largo de trayectorias diversas indaga en el problema filosófico del conocimiento humano del mundo, y también en los entresijos del propio sujeto personal. De entre los caminos que sigue Ricœur, la fenomenología y la hermenéutica son dos de los que con más hondura y maestría llegará a explorar. Por el primero de ellos, trata de pe-

netrar en el interior de la conciencia humana, en los adentros mismos del ser. A través del segundo, logrará desentrañar una pluralidad de discursos, en cuya interpretación se aventurará de manera rigurosa, llegando a mostrar la centralidad de la cuestión del sentido. Pero Ricœur también se había adentrado en el Personalismo de Mounier, como hemos visto, no dejando nunca de considerar la centralidad de la realidad de la persona en los distintos aspectos filosóficos que abordó a lo largo de su trayectoria; y tampoco dejaría de lado el mundo de la ética, por más que trate de ser muy modesto en este campo, cuando denomina «Pequeña ética» a su propia filosofía moral, considerada sobre todo en la parte final de su obra.

Como escribe Marcelino Agís, «la filosofía de Paul Ricœur es de principio a fin una filosofía del conocimiento al servicio del hombre concreto» (p. 232). Y el filósofo la lleva a cabo mediante una tarea de ahondamiento en la complejidad misma de la creatividad humana y en el enigma de la conciencia, asuntos tan enormes, que en ellos queda justificado el largo recorrido ricoeuriano a través de tantos autores, y el diálogo intelectual con ellos a lo largo de las distintas etapas de la vida del filósofo francés. Hay que destacar esta riqueza en el libro de Marcelino Agís que aquí presentamos, pues por sus páginas desfilan todas las grandes figuras del pensamiento a las que se aproximó Ricœur en este importante quehacer suyo de preguntarse, indagar y dialogar: Husserl, Jaspers, Marcel, Mounier, Heidegger, Gadamer..., y también santos como Agustín o escritores como Thomas Mann o Marcel Proust. En conversación de Ricoeur con todos ellos, a lo largo de su caminata intelectual

y vital, va desgranando Marcelino Agís el pensamiento de su maestro, a través de una exposición que el lector encontrará rigurosa, al tiempo que amena e interesante.

El libro consta de cuatro partes principales y de una conclusión, divididas en varios capítulos. La primera es un recorrido por la vida de Ricoeur, una vida ligada a su búsqueda filosófica y humana. A ésta siguen las que vienen presididas por las cuatro grandes etapas intelectuales del filósofo francés: el personalismo, la fenomenología, la hermenéutica, y una etapa final mucho más dedicada a la filosofía práctica, a la ética, donde Ricoeur se interesa por lo profundo del hacer humano. El perdón, la culpa, la muerte o el mal, están entre los temas que el filósofo aborda. Su «Pequeña Ética» es la gran contribución ricoeuriana a la Filosofía Moral, y en ella plantea el lugar filosófico de «lo justo», situándolo a medio camino entre un eje horizontal que se refiere a la constitución dialógica del sí mismo, y otro eje vertical que tiene que ver con la constitución jerárquica de los predicados que califican la acción humana en términos de moralidad.

Elaborar una «interpretación creadora» es la tarea a la que toda lectura en profundidad nos mueve; y con palabras de M. Agís, buen discípulo de Ricoeur, no es otro el verdadero fin de la lectura, que consistirá en «el desvelamiento de una identidad narrativa a través del mundo abierto de la obra, a través de la comunicación solidaria con su alteridad» (p. 178). A esta aventura nos invitan los libros importantes, y entre otros muchos tesoros, con él vamos a encontrarnos en este estudio riguroso y atento, imprescindible para comprender la filosofía de Paul Ricoeur.

CARMEN HERRANDO



Los recursos naturales y el futuro de la humanidad

PRESENTACIÓN

Los recursos naturales y el futuro de la humanidad

■ **LUIS FERREIRO**

Director de *Acontecimiento*

A lo largo de su historia, la humanidad ha respetado, temido y amado a la naturaleza hasta hace apenas dos siglos, en los que se ha lanzado a una carrera científica, técnica y económica destinada a dominarla e imponerle la impronta de su huella. Lamentablemente, la acusación de antropocentrismo depredador a este desarrollo encuentra razones que la justifican. Sin embargo, entendemos que no es suficiente para descalificar la inevitable humanización de la naturaleza como destino final y deseable para ella y para nosotros. Lo cual nos lleva a denunciar un desarrollo deshumanizador que hay que corregir urgentemente antes de que sea tarde.

Ese desarrollo es el que nos lleva al agotamiento de las reservas de recursos naturales, a la destrucción de los bosques, a la desertificación, a la desaparición de las especies, al empobrecimiento de la diversidad biológica, a la contaminación de las aguas, del aire y del suelo, al cambio de los parámetros (físicos, químicos, climáticos, etc.) que hacen posible la vida en el planeta. Hay una probabilidad, seguramente más alta de lo que sospechamos, de que el resultado final de este supuesto progreso puede llevar consigo la destrucción de la misma humanidad.

El más mínimo sentido de la responsabilidad nos conmina ya, sin más dilación, a actuar dando mucha más importancia al principio de precaución, atendiendo a las señales que nos avisan de que no podremos continuar avanzando por mucho tiempo por el camino que llevamos, si no queremos dirigirnos hacia nuestra propia perdición.

Desde el final de la II Guerra Mundial, con la puesta en marcha de un sistema de producción y consumo

masivos, la agresión a la naturaleza se ha multiplicado hasta el punto de que en los años setenta comienza una reacción, tanto teórica, con las teorías del crecimiento cero, como prácticas, con el auge de los movimientos ecologistas, que anuncian la necesidad de un cambio de rumbo. Sin embargo, hoy, la toma de conciencia todavía resulta insuficiente y las soluciones están por aplicarse de una forma seria y eficaz, pues la apelación al desarrollo sostenible no pasa de ser un nuevo fariseísmo que, como mucho, modera la agresión, pero no la suprime.

Al llamar la atención sobre nuestra responsabilidad para con la humanidad, preocupándonos por la viabilidad de la humanidad en el futuro, no podemos dejar de denunciar la agresión sobre la mayor parte de la humanidad presente, en la que está basado el actual sistema económico productivista y consumista. La explotación abusiva de los recursos naturales, que seguramente no estarán disponibles para la humanidad en los siglos venideros, es hoy un saqueo sistemático que empobrece a miles de millones de seres humanos que, no dentro de un siglo, sino ahora mismo, están condenados a no disfrutar de ellos. Por tanto, hay que denunciar severamente que la explotación de la naturaleza es, ante todo, una parte del régimen vigente de explotación del hombre por el hombre, de una parte privilegiada e insaciable de la humanidad sobre otra, que, siendo la gran mayoría, sufre un proceso secular que la ha convertido en residual y prescindible, y que puede ser transformada en objeto de políticas de planificación que disminuya su molesta presencia multitudinaria.

La justicia que consigamos realizar en la humanidad presente será la prueba de nuestra capacidad de supervivencia futura. A partir de esta actitud básica, los serios y difíciles problemas que se plantean al conjunto de la humanidad posiblemente se resolverán, si tenemos en cuenta los límites de la naturaleza, asumiendo su cuidado, respetándola y amándola como a nuestra Hermana naturaleza. □

LA CRISIS DE LOS RECURSOS COMO MOTOR DE LA HISTORIA

□ LUIS NARVARTE

Dr. Ingeniero. Prof. Titular U. Politécnica Madrid

1. EL IMPERIO DE LA SEGUNDA LEY DE LA TERMODINÁMICA

El mundo físico vive bajo el imperio de la Segunda Ley de la Termodinámica que, de entre todas sus posibles formulaciones, podría enunciarse de la siguiente manera: «El desorden tiende a crecer». Al nivel de desorden se le denomina entropía por lo que otro enunciado similar podría ser el que «en un sistema, la entropía siempre aumenta». Si en un sistema se quisiera disminuir el nivel de entropía, es decir, aumentar el grado de orden, no quedaría otro remedio que, de alguna manera, extraer orden del sistema más global en el que se encuentra inmerso y así reducir la entropía en su interior. Al elemento de donde se extrae orden se le denomina recurso. El sistema precisamente adopta la organización que le permite extraer ese orden del exterior. Y la parte de recurso que no puede aprovechar el sistema debe expulsarla de nuevo al sistema global circundante porque, de otra manera, el sistema colapsaría. A ese recurso no aprovechable se le denomina residuo. Para mejor comprensión de lo expuesto, pongamos un ejemplo. Todos hemos estado en una cafetería en pleno mes de agosto cuando en el exterior hacía un sol de justicia. En el interior, hacía una temperatura menor y más agradable gracias a un aparato de aire acondicionado. Para enfriar el aire, el aparato de aire acondicionado utiliza la electricidad como recurso del exterior. De dicha electricidad extrae «orden» que emplea en enfriar el aire. Sin embargo, el aparato de electricidad sólo es capaz de aprovechar una parte del orden que tiene la electricidad y el resto, que es residuo para este sistema, debe expulsarlo al exterior y lo hace en forma de un calor aun mayor que el que hay en el



exterior. Todos hemos sufrido, al ir paseando por la calle, el chorro de aire caliente al pasar por la parte exterior de uno de estos equipos de aire acondicionado.

Hemos de aclarar que, como el Segundo Principio de la Termodinámica se cumple inexorablemente, siempre que intentamos extraer orden de un recurso, generamos residuo. De hecho ésta es otra formulación del mencionado principio: en una transformación de recurso, la eficiencia nunca alcanza el 100%, por lo que siempre se produce residuo. Dicho de otras maneras: para crecer, hay que ensuciar; o para trabajar hay que sudar. Pretender aumentar el bienestar sin contaminar no es más que una ilusión, al menos, en el mundo físico.

Por tanto, las condiciones de estabilidad de un sistema son las siguientes:

- a) Que el recurso sea inagotable para que el sistema pueda seguir extrayendo orden de él de manera indefinida.
- b) Que la organización sea estable de tal manera que pueda seguir aprovechando el recurso.
- c) Que el residuo sea reciclable para que su acumulación no colapse el sistema.

Finalmente, aunque no parece que haya ninguna ley que lo sustente, la Historia nos enseña que un sistema que disfruta de estas condiciones de estabilidad tiende a crecer de manera ilimitada.

2. EL AGOTAMIENTO DE LOS RECURSOS COMO MOTOR HISTÓRICO

Dicho lo anterior podemos describir el dinamismo por el que el agotamiento del recurso del que el sistema (ahora sistema social) extrae el orden es el motor de la evolución de dicho sistema.

El crecimiento del sistema social provoca una mayor demanda del recurso que termina por agotarse. Este agotamiento, que nunca es repentino sino que se caracteriza por la escasez del recurso y su carestía, provoca una crisis que introduce al sistema en un período transitorio de inestabilidad. Este transitorio desemboca bien en la destrucción del sistema, bien en una transformación del mismo gracias a la utilización de alguna innovación tecnológica que permite, bien aprovechar más eficientemente el recurso que ya estaba utilizando (lo que en términos prácticos equivale a que vuelva a haber más recurso), bien a aprovechar otro tipo de recurso que antes no era aprovechable, lo que supone una salida a la crisis.

Toda salida a crisis de recursos conlleva, por tanto, un incremento del recurso disponible, pero también un salto a una organización más compleja que es la que permite precisamente el aprovechamiento del nuevo recurso, un aumento de los residuos, un crecimiento del sistema y, por tanto, un incremento en el uso del recurso que desembocará de nuevo en su agotamiento y, así, vuelta a empezar.

3. RELECTURA DE LA HISTORIA DESDE LAS CRISIS DE LOS RECURSOS

Desde esta perspectiva, realicemos ahora una relectura de la Historia de la Humanidad con el agotamiento de los recursos como clave interpretativa.

3.1. *Hasta 350.000 a.C.: recolectores y nómadas limitados por el frío*

Hasta hace 350.000 años a.C. el ser humano utiliza como recurso la caza y la recolección de frutas silvestres. La organización necesaria para el aprovechamiento de este

recurso no va más allá de una organización tribal en la que se colabora puntualmente a la hora de proceder a la caza de grandes mamíferos. El hábitat es aquel que, por temperaturas templadas, permite la supervivencia. El residuo, consistente en aquellas partes de los animales que no son aprovechables, es biodegradable y, por tanto reciclable.

El aumento de la población produce la escasez de la caza en las zonas habitables lo que pone al sistema en crisis. La «innovación tecnológica» que se introduce es la conservación del fuego producido con ocasión de los rayos. Ello permite extender los cazaderos a regiones más frías por lo que el recurso caza se amplía. La organización se

hace más compleja pues exige cierta especialización (los que conservan el fuego) y cierta sedentarización (la que obliga el mantenimiento del fuego).

3.2. *Desde 350.000 a.C. hasta 10.000 a.C.: colonizadores de la Tierra*

El aprovechamiento del fuego espontáneo permite extender la caza a zonas con temperaturas frías. El incremento de los cazaderos permite también el aumento de la población que aumenta, a su vez, la presión sobre el recurso, produciéndose de nuevo la escasez.

A esta crisis se responde ahora con una mejora de la eficiencia de la innovación tecnológica: en vez de conservar el fuego se aprende a generarlo mediante la técnica de frotar palitos y otras. Esta mejora permite aumentar la movilidad y la eficiencia de la caza ya que abre las puertas a cazar no sólo cuando las manadas de animales pasan por los sitios donde se han asentado los

cazadores, sino que permite perseguirlas. El recurso es ahora, además de la caza, la leña. La organización social requiere aún más especialización y el residuo sigue siendo reciclable ya que la leña se regenera gracias al proceso de la fotosíntesis.

Esta nueva situación permite el continuo crecimiento poblacional. Se calcula que la humanidad consta de 10 millones de personas cuando llega al Neolítico. El ser humano coloniza todos los rincones de la Tierra (se calcula que llega a América al final de este período) y hay estudios que muestran la estrecha correlación entre la llegada del ser humano y la desaparición de los grandes mamíferos. Por ejemplo, durante los siglos inmediatamente posteriores a la llegada del ser humano a América del Norte, hace alrededor de 13.000 años, desaparecieron 33 de las 45 especies de mamíferos de gran tamaño. El agotamiento del recurso, por tanto, también llegó y con él, seguramente, el final de la sociedad del ocio: se tardaba, en media, 5 días en la caza de un gran mamífero y ello permitía la supervivencia del clan durante tres meses. Trabajar 5 días y vivir 90. ¿De verdad se puede llamar a la nuestra sociedad del ocio?

3.3. Desde 10.000 a.C. hasta el siglo v: agricultores, ganaderos y comerciantes. Imperios esclavistas

El mencionado agotamiento del recurso caza da lugar a una crisis de la que se sale con el éxito de una innovación tecnológica llamada agricultura. Esta innovación fracasa en todos los lugares salvo en aquellos en que los ríos producen la recarga automática de nutrientes de aluvión: el Tigris, Eúfrates, Nilo, Ganges, etc. Esta innovación produce un cambio dramático en la organización social: obliga a la sedentarización, aparece la especialización y la diferenciación social (agricultor, ganadero, comerciante, militar, ingeniero, sacerdote y esclavo), y se constituyen los imperios esclavistas (Egipto, Mesopotamia, Grecia, Roma, etc.).

El recurso ahora está constituido por el alimento, proveniente fundamentalmente de la agricultura, la madera para leña, pero también para la construcción y por los esclavos para el laboreo que requiere la agricultura y para las grandes infraestructuras (canales de riego y de abastecimiento de agua, calzadas y extracción de metales).

El residuo sigue siendo renovable: los restos de la agricultura y los esclavos muertos son biodegradables

mientras que los nutrientes para fertilizar el suelo son aportados por los ríos.

Este nuevo recurso permite el crecimiento del sistema: se calcula que en el año 6.000 a.C. la población de la Tierra era de 15 millones de personas, en el 4.000 a.C. de 20 millones, y en el siglo v de 200 millones de personas. Este crecimiento paulatino implica una presión mayor sobre los recursos: la proporción en Grecia era de 5 esclavos por cada griego libre y el imperio romano consumía 500.000 esclavos al año (sólo la ciudad de Roma consumía 100.000 esclavos al año). Como quiera que las «minas» de donde se extraían esclavos eran las guerras de conquista, éstas se multiplicaban y las fronteras se ampliaban con este motivo. Se traía leña desde la actual Libia hasta Roma; trigo desde Egipto hasta Roma; y esclavos desde Noruega a Roma (de hecho, la crema protectora solar es un invento romano para proteger a los esclavos que venían desde latitudes tan septentrionales).

Cuando el ejército romano no es capaz de suministrar la tasa de esclavos que requiere el imperio, este colapsa y con él la civilización que representaba. Desde el siglo v hasta bien entrado el siglo x se produce una recesión social, cultural y tecnológica que va acompañado con un descenso dramático de la población y de la riqueza. Luego volveremos sobre este hecho.

3.4. Desde el siglo v hasta el siglo xv: la Primera Revolución Industrial

La crisis y la recesión general que se vive en la Alta Edad Media hacen que se vuelva los ojos sobre innovaciones tecnológicas que ya existían pero que no se habían utilizado de manera masiva por lo barato que resultaban los esclavos. Una de estas innovaciones era el molino hidráulico. A la utilización de esta tecnología conocida se suman dos innovaciones que conforman la Primera Revolución Industrial: el árbol de levas, que permite transformar el molino hidráulico en herrerías, serrerías y batanes, y la herradura y la collera que permite hacer del caballo una máquina de tiro mucho más potente. A esta última innovación se añadiría el estribo y la armadura para dar lugar al uso militar del caballo: la caballería.

Lo que pareciera el inicio del uso de un recurso renovable como es el agua se transformó rápidamente en una mayor presión sobre la madera ya que, para que las herrerías pudieran fundir el hierro, necesitaban

carbón vegetal que se producía a partir de la madera: por cada kilo de hierro se necesitaban 20 kilos de carbón vegetal, y por cada kilo de carbón vegetal se necesitaban 20 kilos de madera. La consecuencia se adivina fácilmente: Europa se deforestó rápidamente. Una muestra de ello: en el norte de Francia en el siglo XIII la madera era tan cara que, para enterrar a sus muertos, los pobres alquilaban un féretro pues no lo podían comprar. A mi modo de ver, esta es una de las primeras experiencias de reciclaje de envases. La deforestación obliga al uso del carbón produciéndose ya fenómenos de contaminación en diversas ciudades y, así, en Londres se promulga un acta contra la contaminación del aire y de las aguas ya en el año 1388.

La organización social que se adoptó para controlar la mano de obra para la agricultura y los puntos estratégicos para las herrerías es el feudalismo.

3.5. Desde el siglo XV hasta el siglo XVIII: la Segunda

Revolución Industrial

La deforestación y las crisis climáticas sumen al sistema de nuevo en una crisis de recurso (de madera y de alimento, respectivamente). La dependencia del clima a la que está sometida la agricultura provoca escasez del recurso asociado. Fueron frecuentes los casos incluso de canibalismo debido a las crisis climáticas. Un ejemplo es lo que les ocurrió a los héroes de la batalla de las Navas de Tolosa: «Con todo el siglo XIII no se vio libre de calamidades... algunas debidas a ocasionales condiciones climáticas adversas... Como ejemplo podemos citar las calamidades por las que pasaron los cruzados de las Navas de Tolosa, después de haber ganado la famosa batalla en julio de 1212, en el invierno que le siguió, cuando a causa de la penuria creada por la sequía, el frío y la guerra que había impedido que se cogieran las cosechas, se vieron obligados a comer perros, gatos 'e los mozos que podían furtar', según



cuenta el arzobispo Don Rodrigo. Casos de canibalismo en situaciones extremas los hubo también en otros países europeos...» (*Historia del clima en España*, Inocencio Font Tullot).

El pico de falta de recurso se da con ocasión de las lluvias entre 1315 y 1317 que provocan la pérdida continua de las cosechas y que da lugar a la peste negra europea por la que Europa pasaría de 80 millones de habitantes en el siglo XIV a tan solo 45 millones en el siglo siguiente.

La salida a esta crisis pasó por intentar captar recursos más allá de las fronteras europeas. Los venecianos llegaron al oriente por tierra, los portugueses por mar bordeando África y los españoles por mar intentando alcanzar el oriente por la vía occidental. Esta captación de recursos ampliando la extensión del sistema sólo fue posible gracias a las innovaciones tecnológicas que constituyeron la Segunda Revolución Industrial: el tándem hierro de fundición y

pólvora que permitieron el cañón y, sobre todo, los avances científicos que permitieron la navegación ultramarina. Esto dio lugar a la nueva organización social que constituyeron las monarquías y los imperios ultramarinos. Y dado que el recurso seguía siendo el mismo (alimento de la agricultura y madera para barcos y para la fundición del hierro), los problemas de deforestación y de contaminación se extendieron, volviendo a aparecer, aunque con menos intensidad, el fenómeno de la esclavitud, esta vez para las nuevas plantaciones de América.

4. EL SISTEMA ENERGÉTICO ACTUAL BASADO EN LOS COMBUSTIBLES FÓSILES

El agotamiento del recurso madera y la innovación tecnológica de la máquina de vapor abre las puertas a

una nueva etapa que es la que estamos viviendo desde el siglo XIX hasta la actualidad: la era de los combustibles fósiles.

Esta etapa está caracterizada porque el 80% del recurso está constituido por combustibles fósiles (carbón, petróleo y gas), porque la organización social se basa en una gran desigualdad (sólo un quinto de la población se beneficia del orden extraído del recurso mientras que los otros cuatro quintos trabajan para extraerlo), y porque los residuos no son reciclables. Los residuos son principalmente óxidos de azufre y de nitrógeno, asociados a la combustión, y que son responsables de la lluvia ácida; anhídrido carbónico responsable, al menos en parte, del efecto invernadero que provoca el calentamiento global de la atmósfera; y los pobres excluidos del sistema que, desde esta perspectiva, pueden ser considerados también como parte del residuo del mismo.

Si analizamos la sostenibilidad de nuestra civilización atendiendo a los criterios que expusimos en el primer apartado, a saber, que el recurso sea inagotable, que la organización sea estable, y que el residuo sea reciclable, encontramos lo siguiente:

- Que los combustibles fósiles se caracterizan por su agotamiento: al petróleo y al gas le quedan tan solo unos decenios mientras que al carbón le queda algo más. Obviamente, el agotamiento no se manifiesta en la falta de recurso de un día para otro, sino en su carestía y en que cada vez son menos los que pueden acceder a él. Hoy, por dar tan solo un ejemplo, los cortes de luz en Dakar son mucho más frecuentes que hace 20 años, y eso es porque Senegal produce electricidad quemando petróleo. Las invasiones de los países que disponen en su subsuelo de las escasas reservas que restan es otro ejemplo significativo.
- La organización social, por ser tan desigual, es muy inestable. Los fenómenos de inmigración que está sufriendo España es un ejemplo de ello.
- Los residuos no son reciclables. Hemos agotado en apenas cien años lo que la Tierra empleó 100.000 años en crear hace 300 millones de años, durante el período carbonífero y, al hacerlo, estamos emitiendo a la atmósfera una cantidad ingente de anhídrido carbónico en muy corto espacio de tiempo. Los cambios bruscos son los problemáticos porque no permite al planeta adaptarse. Por otro lado, los pobres, como residuo, reciben como respuesta el



intento de su eliminación, ya que no se pueden reciclar. Y los pobres «residuales» la única herramienta que tienen para no ser eliminados es reproducirse a una tasa mayor que la de aquellos que intentan eliminarlos.

Por estas razones, nuestro sistema no sólo no es estable sino que se encuentra en crisis y en período transitorio. Aunque somos conscientes de ello, nos auto hipnotizamos con un dogma optimista burgués que viene a decir algo así: «El progreso siempre avanza y encontraremos una solución tecnológica que nos permita seguir creciendo». Esto sólo se sustenta en la fe en este dogma, pero no en la ciencia ni en la Historia. Como hemos visto en el caso de Roma, han existido civilizaciones que han caído por falta de recursos (en aquel caso, los esclavos) y que ello produjo un grave retroceso en todos los ámbitos sociales, y nada asegura que nuestra civilización también recorra el mismo camino. Hoy se habla de la fusión nuclear o de las energías renovables como alternativa que llegará en un futuro cercano. Desconocen los que así hablan que las innovaciones tecnológicas que sirvieron en la historia para salir de las crisis de recursos anteriores ya se

conocían mucho tiempo antes de ser utilizadas y que sólo se adoptaron una vez que se había esquilado el recurso anterior. Somos así: hasta que no acabamos el recurso para el que estamos organizados, no transitamos a otra organización que nos permita explotar otro recurso nuevo. La pregunta, esta vez, es si cuando lo hagamos nos dará tiempo suficiente para transitar a un nuevo modelo o, por el contrario, colapsaremos como civilización.

5. CONCLUSIONES

A modo de conclusión permítaseme recordar lo siguiente:

- No hay sistema sin residuos: estamos bajo el imperio del segundo principio de la termodinámica (a veces creo que los ecologistas lo olvidan) y sólo por existir generamos residuo. Cada vez que respiro, exhalo CO_2 ; cada vez que trabajamos, sudamos; cada vez que generamos bienestar, ensuciamos. Pretender lo contrario es querer vender la rueda del movimiento perpetuo. Otra cosa es que, llegados a cierto nivel de bienestar, intentar aumentar un punto más en el PIB, se traduce e aumentar varios puntos la cantidad de residuo. Esa es la razón por la que, por ejemplo, EE. UU., que nos adelanta en un 30 ó 40% en el PIB per cápita, emite residuos varias veces más que nosotros. Entonces, ¿merecerá la pena?
- No hay sistema sin recursos: hoy todos los medios de comunicación ponen el acento en que el gran problema mundial es el cambio climático y que ello es producido por la emisión de uno de los residuos

mencionados: el anhídrido carbónico o CO_2 . De ser cierto (hay otros que achacan el calentamiento global a otras razones), las consecuencias, si bien desastrosas, llegarán mucho más tarde que las consecuencias también desastrosas del agotamiento de los recursos fósiles. Es mucho más grave y más urgente el problema del agotamiento del recurso fósil que el del cambio climático. De hecho, son muchos los países del planeta que ya lo están sufriendo.

- No es cierto el dogma del progreso indefinido: hay contraejemplos en la Historia que nos muestran que hay civilizaciones (por ejemplo, Roma) que han desaparecido por el agotamiento del recurso sobre el que estaban sustentadas.

No es cierto el dogma del progreso indefinido: hay contraejemplos en la Historia que nos muestran que hay civilizaciones (por ejemplo, Roma) que han desaparecido por el agotamiento del recurso sobre el que estaban sustentadas.

— Hay alternativas: en la parte de los recursos es conocido que el conjunto biocombustibles, energía solar térmica y fotovoltaica, y energía eólica podrían proveernos de la energía que necesita todo el planeta y además de manera autogestionada; en la parte de la estabilidad de la organización del sistema, herramientas como la renta básica ciudadana o el salario máximo podrían limitar el gradiente insostenible de desigualdad; y en la parte de los residuos, llegados a cierto nivel de bienestar, propugnar el decrecimiento económico, para no aumentar más los residuos que el porcentaje de orden que extrae-

mos de los recursos, es una alternativa a considerar. Hay alternativas, pero es tanto el tiempo y la inmovilización de capital que requieren que, como nos enseña la Historia, no lo haremos hasta que no agotemos definitivamente los combustibles fósiles. La pregunta es si, entonces, nos dará tiempo o caeremos antes como civilización. □

EL PICO DEL PETRÓLEO. ENTENDERLO. ASUMIRLO. SUPERARLO

□ JONATHAN LELOUX

Investigador del Instituto de Energía Solar de la Universidad Politécnica de Madrid

El petróleo es una energía fósil, lo que significa que el petróleo presente en los yacimientos de nuestro planeta, ya descubiertos o por descubrir, tardó millones de años en formarse. Por lo cual, en buena aproximación, podemos considerar que la cantidad de crudo presente en la Tierra es la que nos fue ofrecida por la Madre Naturaleza, y que esa cantidad no es negociable.

La historia de la explotación industrial del petróleo comenzó hace unos 150 años en Estados Unidos, cuando el coronel Drake construyó el primer pozo de extracción en Pensilvania. Desde entonces, el petróleo cobró rápidamente un papel cada vez más importante en la economía mundial. Los geólogos fueron enviados por cada rincón del planeta en busca de yacimientos, con importante éxito. Mientras iba aumentando cada año el ritmo de extracción del ansiado oro negro, se iban descubriendo con mayor velocidad nuevos yacimientos. Las reservas probadas, es decir la cantidad de petróleo que se estima extraíble de forma económica con un alto grado de probabilidad, no dejó de crecer durante más de un siglo. Y, así, se incentivó el crecimiento económico, ofreciendo a la humanidad unos servicios que nunca jamás hubiera soñado disponer: energía altamente concentrada y, con la industria petroquímica, muchos de los objetos que hoy en día nos rodean.

Desafortunadamente, como muestra la figura 1, los descubrimientos de yacimientos de petróleo pasaron por un máximo mundial en los años 1960, y desde entonces decrecieron significativamente. Desde la década de los 80, se descubre cada año menos petróleo de lo que se extrae y consume.

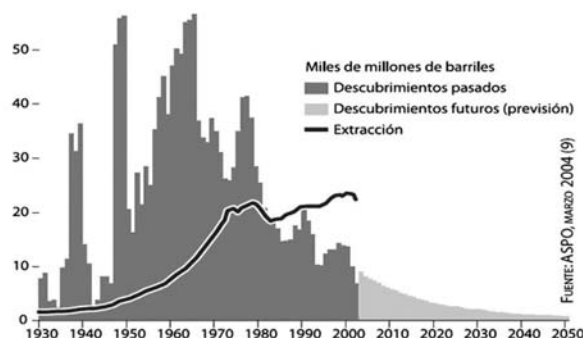


Figura 1. Descubrimiento y extracción mundial de petróleo (registros históricos y estimaciones de futuro).

Por mucho que se mejoren las técnicas de exploración y explotación, cada año nos va quedando menos petróleo por consumir. Pero, ¿no es posible que en el futuro descubramos mucho más petróleo por algún rincón escondido del planeta, y que lo podamos explotar económicamente? Nada es imposible. Pero la ciencia no consiste en discernir lo posible de lo imposible, sino lo probable de lo improbable. Y la ciencia apunta a que sea, más bien, muy improbable que en las próximas décadas el ritmo de descubrimiento de nuevos yacimientos petrolíferos vuelva a superar el ritmo de su extracción. Por otra parte, aunque nos tocara la lotería geológica y tuviéramos mucho más petróleo de lo esperado, nos quedarían otros problemas importantes por resolver, como son el problema del cambio climático (quemar petróleo supone emitir CO₂), y la dependencia energética de los países productores (a todos los países no les tocó la misma cantidad de petróleo).

Pero, ¿cuánto petróleo nos queda exactamente? La respuesta más extendida en los medios de comunicación clásicos es que nos restan apenas unos 40 años. Pero ¿de dónde vienen estos famosos 40 años? Parece ser que en este mundo existen constantes universales inamovibles relativas a esa cifra. Por ejemplo, hace 40 años que a la fusión nuclear le quedan 40 años de investigación y desarrollo para ofrecer electricidad gratuita y limpia a la humanidad. Últimamente, también parece ser que a un joven que empezó a trabajar hace unos años siempre le quedarán unos 40 años antes de la jubilación.

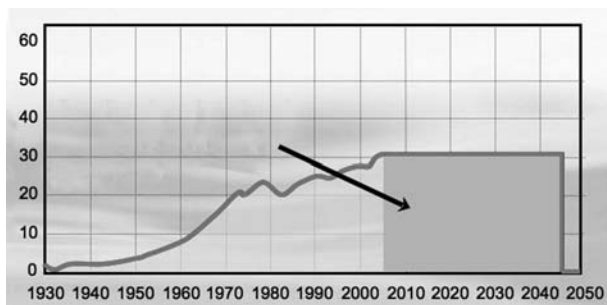


Figura 2. Escenario ficticio de futuro de producción de petróleo durante los 40 próximos años con un ritmo de extracción constante. Producción de petróleo en miles de millones de barriles al año.

Las reservas probadas mundiales de petróleo equivalen, al ritmo de consumo actual, a unos 40 años de extracción. Un razonamiento extendido (erróneamente) consiste en suponer que, si los niveles de consumo permanecen constantes, nos quedan 40 años antes de que la satisfacción de la demanda de petróleo se convierta en un problema preocupante. Este razonamiento consiste en suponer, como muestra la figura 2, que la producción se mantendrá constante durante los próximos 40 años, para luego pasar, de la noche a la mañana, a cero. Que la producción pase de todo a cero en un día es una hipótesis un tanto peculiar.

Pero aunque este escenario fuera posible, no nos

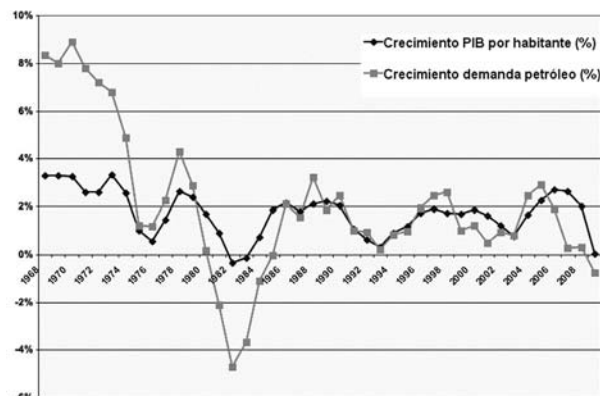


Figura 3. Comparación entre la variación de la producción mundial de petróleo y el PIB por habitante en EE. UU. La correlación aparece evidente.

permitiría mantener nuestro modo de vida actual. Nuestra economía necesita crecimiento para producir empleos y, de paso, para garantizar una cierta tranquilidad y estabilidad social. Sin embargo, la experiencia nos indica que el consumo de petróleo nunca fue constante desde que lo empezamos a consumir hace más de un siglo.

La figura 3 pone de manifiesto la correlación (creciente) que existe entre crecimiento económico y consumo de petróleo.

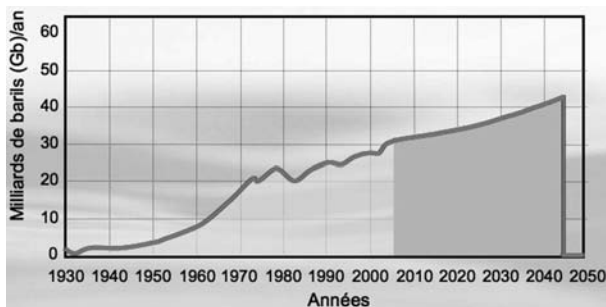


Figura 4. Escenario ficticio de futuro de producción de petróleo en el cual se supone, de forma incoherente, que quedan todavía 40 años de petróleo, mientras su ritmo de extracción va aumentando. Producción de petróleo en miles de millones de barriles al año.

Si, como en la figura 4, suponemos un crecimiento moderado de la economía mundial y, por tanto, de la demanda de petróleo, cometemos una incoherencia si a la vez seguimos manteniendo la hipótesis de que quedan 40 años para que veamos aparecer los problemas.

Pero, independientemente de la evolución de la demanda en el futuro, ¿puede físicamente seguir aumentando la producción de petróleo para satisfacer una demanda creciente o, incluso, constante durante los próximos 40 años? Para contestar a esa pregunta, necesitamos entender que la extracción del petróleo de un yacimiento es un ejercicio complejo. A menudo, los yacimientos se suelen asimilar a bolsas líquidas subterráneas cuyo contenido se extrae de manera simple, desde la primera hasta la última gota, bombeando desde un pozo hasta la superficie. Nada puede estar más lejos de la realidad. Lo dice la mismísima etimología de la palabra petróleo: del latín *petra* («piedra») y

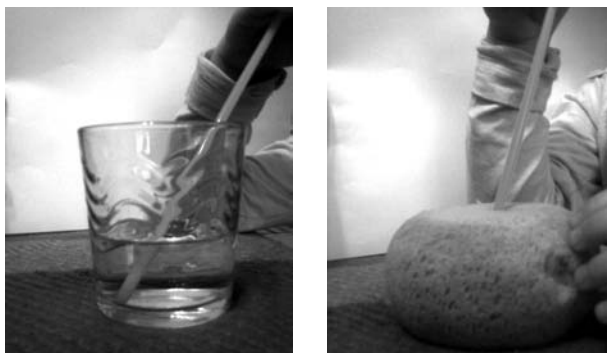


Figura 5. La extracción del petróleo en un pozo consiste en extraer un líquido viscoso de una roca porosa.

oleum («aceite»). Un yacimiento consiste en una roca porosa dentro de la cual se encuentra un líquido viscoso. Esto tiene consecuencias importantes en cuanto al ritmo máximo posible de extracción. Para comprenderlo mejor, comparémoslo con beber agua con una pajita, como en la figura 5. Primero, imaginemos que el petróleo se presente bajo la forma de una bolsa de líquido rodeada de roca, tal como se presenta el agua en un vaso. En primera aproximación, no costará mucho más beber la última gota del vaso que la primera (excepto que habrá que aspirarla con un poco más de fuerza). Ahora imaginemos que el petróleo se encuentre atrapado en los poros de una roca, tal como el agua atrapada en los poros de una esponja. Nuestra experiencia con el manejo de las esponjas nos indica dos cosas. Primero, que las primeras gotas se extraen con más facilidad que las siguientes, y que a medida que va quedando menos agua en la esponja, más difícil se hace extraer las siguientes gotas. Segundo, que por mucho que nos esforcemos, nunca podremos extraer toda el agua contenida en la esponja.

Pues bien, desafortunadamente, un yacimiento de petróleo se asemeja mucho más a una esponja que a un vaso de agua. Y por ello, el ritmo de extracción del petróleo a lo largo de la vida útil del pozo no es constante, sino que pasa por un periodo de extracción creciente hasta alcanzar un cierto régimen máximo de producción, para luego decaer hasta que toda la fracción extraíble viable económicamente se haya bombeado.

La única forma correcta de proyectar en el futuro la producción mundial de petróleo es, por tanto, por medio

de una curva creciente desde unos niveles bajos hasta alcanzar unos niveles máximos, para luego decrecer hasta unos niveles muy bajos. En consecuencia, el petróleo que nos queda, se extraerá en un tiempo mucho más largo que 40 años, y a un ritmo continuamente decreciente. Esta situación más realista se muestra en la figura 6. Pues bien, a este concepto de evolución creciente de la producción hasta alcanzar un valor máximo, para luego decrecer, se le llama precisamente «Pico del petróleo», o «Cénit del petróleo». Vaya pues como recompensa al valioso lector que haya llegado hasta estas líneas el entender (¡por fin!) el título del presente artículo.

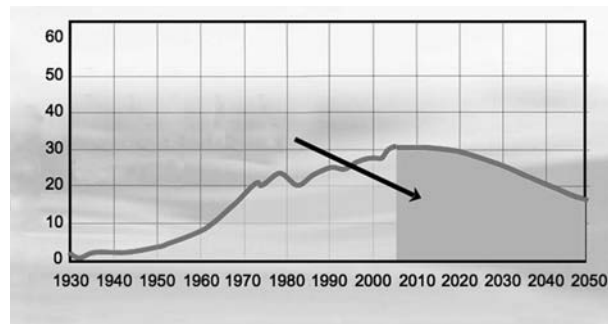


Figura 6. Escenario probable de la evolución del ritmo de producción de petróleo en el futuro. El ritmo de extracción del petróleo pasa por un máximo (o pico del petróleo). Producción de petróleo en miles de millones de barriles al año.

Este pico de producción ya ha acontecido en la gran mayoría de los países productores. En particular, a nosotros, europeos, nos afecta directamente desde el punto de vista de nuestro balance económico, ya que nuestro pico de producción (principalmente en el Mar del Norte) ocurrió hace ya alrededor de una década, como lo muestra la figura 7, obligándonos a satisfacer nuestra demanda con unas importaciones crecientes.

Entonces, ¿falta mucho antes de que el mundo pase a su vez por su pico de producción global? Resulta que, justamente, la Agencia Internacional de la Energía, institución que goza de gran prestigio mundial en cuanto a proyecciones energéticas se refiere, acaba de publicar en su último informe anual (World Energy Outlook 2010) que, según sus estimaciones, el pico del petróleo convencional ya se alcanzó en el año 2006. Esta noticia

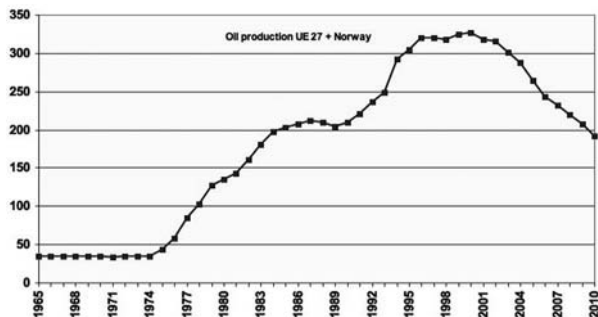


Figura 7. Producción de petróleo en Europa. El pico del petróleo ya se alcanzó alrededor del año 2000. Producción de petróleo en millones de barriles al año.

causó mucho revuelo dentro del sector de la energía, y tiene unas repercusiones directas muy importantes. A partir de ahora, la satisfacción de la demanda mundial, sea creciente o incluso constante, ya no podrá hacerse sin contar con otros tipos complementarios de hidrocarburos, llamados «no convencionales». El análisis de estos tipos de hidrocarburos cae fuera del alcance de este artículo. Aquí simplemente diremos que, por el momento, se desconoce si podrán contribuir o no de forma significativa a la satisfacción de la demanda y, por otra parte, si su coste de extracción será significativamente mayor. También hay que destacar que su contenido en CO₂ sería también más importante. Contar con ellos parece, por tanto, mala idea de entrada. Un

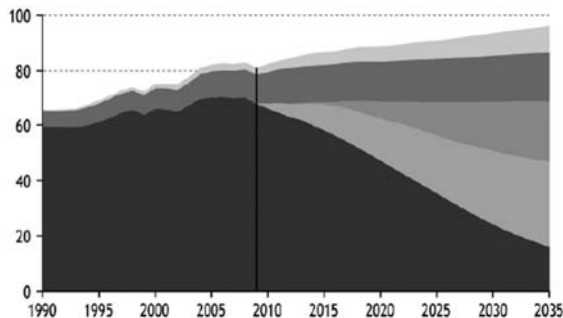


Figura 8. En su último informe anual (2010), la Agencia Internacional de la Energía estimó por primera vez que ya se superó (en 2006) el pico del petróleo convencional. Producción en millones de barriles al día. El petróleo convencional aparece en color oscuro. Los otros colores son los sustitutos por descubrir o fuentes de petróleo no convencionales que serían necesarios para reemplazar la producción decreciente de petróleo convencional.

resumen de la proyección que hace la Agencia Internacional de la Energía de la producción de petróleo y demás hidrocarburos se muestra en la figura 8.

Nos hacemos una idea más completa del pico del petróleo cuando consideramos que a cada habitante del planeta le interesa saber cuánto petróleo le toca a él. El número de habitantes del planeta Tierra ha ido aumentando desde el Neolítico. La tasa de crecimiento de la población desde el principio del Neolítico (10.000 años antes de Cristo) hasta hace unos 300 años fue más bien moderada. Sin embargo, en apenas 3 siglos, la humanidad pasó de unos cientos de millones de habitantes a aproximadamente 7.000 millones hoy en día. El comienzo de este periodo de crecimiento tan elevado se corresponde justamente con el dominio de la energía fósil, empezando por el carbón, seguido del petróleo y luego del gas. Pues bien, la cantidad de petróleo disponible por habitante del planeta lleva años disminuyendo, y todo apunta a que lo siga haciendo.

En marzo de 2008, el petróleo superó el umbral psicológico de los 100 \$ por barril, y llegó hasta los 147 \$ en mayo, antes de que la crisis (provocada en parte justamente por esa subida del barril) volviera a provocar una caída de los precios del crudo. Desde entonces, aunque la economía se haya recuperado muy lentamente, los precios del petróleo han vuelto a superar el umbral de los 100 \$ en 2011. Varios especialistas del sector hablan de la posibilidad de conocer en la próxima década unos precios que alcancen los 200 \$ e, incluso, hasta los 300 \$. ¿Para cuándo la próxima crisis económica?

Una reacción adecuada de nuestra sociedad frente al pico del petróleo pasa, primero, por entender el problema. Segundo, por asumir su importancia. Y finalmente, y sobre todo, por la superación de esta etapa de la historia de la humanidad proponiendo vías de salida y aplicándolas con metodología y disciplina, aunque supongan importantes esfuerzos. Al autor de este artículo le parece oportuno despedirse del lector asegurándole que este artículo no fue escrito para causarle problemas de sueño. Al revés. Es cierto que el pico del petróleo supone un reto sin precedente para nuestra humanidad pero, también, supone una ocasión irrepetible para cuestionar nuestra forma de vivir, desarrollar alternativas y encontrar nuevas formas de vivir una vida feliz y plena. Pero hablar sobre todo esto queda para otra ocasión. □

ÁFRICA, UN CONTINENTE RICO CON PAÍSES EMPOBRECIDOS

■ GERARDO GONZÁLEZ-CALVO
Periodista y escritor

África es una inmensa finca que posee recursos sobre todo para beneficio del mundo industrializado. Esta paradoja tiene su origen en el tipo de economía impuesto al continente por las antiguas metrópolis: la extracción de materias primas, el monocultivo y la monoproducción. Sin embargo, apenas tiene peso económico en el mundo, ya que participa en el 2% de los intercambios comerciales y el PIB de toda África es inferior al de España. Esta realidad frustrante choca, naturalmente, con el potencial económico de África. La extensa región centroafricana tiene un subsuelo rebosante de hidrocarburos y minerales. Esta riqueza ha desatado siempre la codicia de los países occidentales.

GUERRAS DE USURA

El potencial minero ha sido el principal desencadenante de los conflictos que han asolado el continente africano en las últimas décadas. Desde que se produjo el *boom* de las independencias africanas, en 1960, el continente se ha convertido en un permanente campo de batalla. Los tristes acontecimientos sucedidos en Costa de Marfil, en noviembre de 2002, pusieron de manifiesto el neocolonialismo francés; continuó incluso durante el largo proceso de inestabilidad que acabó con la derrota del presidente Laurent Gbagbo, tras negarse éste a reconocer el triunfo de Alassane Ouattara en las elecciones presidenciales del 28 de noviembre de 2010. Así lo percibieron entonces los mismos obispos costamarfileños, que escribieron en una declaración el 8 de noviembre de 2002: «A la vista de estos hechos, ¿debemos



pensar hoy que la intención no confesada [de Francia] no era más que desestabilizar Costa de Marfil y reducir de nuevo este país a una colonia francesa? Es preciso afirmar que este camino nunca permitirá a nuestro país llegar a la paz y a la reunificación tan deseadas».

Muchas de estas guerras han tenido —y tienen— un denominador común: el expolio de los recursos naturales. Nadie mínimamente informado dudaba ya, a esas alturas, de que la guerra que padecía la República Democrática de Congo, desde el 2 de agosto de 1998, era una «guerra de usura», que no se explicaría sin el cobalto, el oro, los diamantes, el uranio y, más recientemente, el coltán.

No es ninguna casualidad que en los medios de comunicación que mejor conocían lo que sucedía en la región de los Grandes Lagos —en Francia, *Le Monde* y *Jeune Afrique*; en España, *Mundo Negro*— se publicaran mapas de la República Democrática de Congo indicando las zonas ocupadas y los recursos que allí se producen y explotan. Lo que sucedió en la República Democrática de Congo fue, pura y llanamente, un robo. Se convirtió así en el paradigma de una estrategia global de ambiciones transnacionales, en la que África —insistimos una vez más— queda reducida a suministradora de materias primas.

Y LLEGÓ EL «COLTÁN»

Hasta 1998 la palabra coltán era desconocida. Es el acrónimo de columbio-tántalo. El tántalo —así denominado porque se disuelve difícilmente en los ácidos, lo cual recuerda el suplicio de Tántalo, el dios griego que no podía alcanzar nunca agua que beber ni fruto que comer— es un metal refractario que presenta cualidades muy valoradas hoy día: es tan resistente a la corrosión como el vidrio; extremadamente dúctil y maleable, permite ser doblado, enrollado, soldado; además se utiliza en aleaciones, con objeto de obtener materiales resistentes a muy altas temperaturas. A todas esas cualidades se añade su densidad, que lo hace muy deseable para fines militares. Entra también en la composición de piezas electrónicas y de equipamiento de la industria química; en la tecnología de los misiles y de los reactores nucleares, y es utilizado en cirugía. El Pentágono lo había clasificado hace tiempo como «materia prima estratégica».

El coltán es, además, imprescindible para la fabricación de la nueva generación de teléfonos móviles, lo que hizo subir mucho su precio en el año 2000 —cuando se estaban diseñando los móviles de la llamada tercera generación—, de 90 a 450 dólares el kilo. La mayor parte de la producción mundial de tántalo se obtenía a partir de los restos de fundición de la casiterita, un mineral de estaño explotado en Tailandia, Australia, Brasil y —desde hace poco— en África central. Las últimas estimaciones señalan que el 88% de los yacimientos de minerales de tántalo se encuentran en África, y que los dos Congos suman el 80% de los yacimientos africanos. El coltán de Kivu es extremadamente rico y los yacimientos, casi a flor de tierra, permiten una extracción relativamente fácil.

PETRÓLEO: RIQUEZA PARA UNOS POCOS

Desde hace décadas, antes incluso de la gran crisis de Irak, las grandes compañías petroleras se lanzaron a perforar suelos y mares africanos para extraer petróleo. En mayo de 2001, un informe para la configuración de la política de energía de los expertos de la Administración de Estados Unidos, indicaba el África Occidental como la mejor baza a la hora de buscar fuentes alternativas de aprovisionamiento.

A este afán de proveerse de petróleo africano por parte de Estados Unidos, se han unido en los últimos años países emergentes como China, Brasil y la India. El gigante asiático, con 1.300 millones de habitantes y una economía que crece al ritmo del 9% al año, necesita un inmenso consumo de energía para sostener su crecimiento. Actualmente, el mayor importador de petróleo del mundo es Estados Unidos, seguido de China y de Japón. Ningún dirigente del mundo ha visitado tantas veces tantos países africanos como el presidente chino Hu Jintao. Y no va precisamente a difundir aquella idea que lanzó Chu en Lai, en los años sesenta, de que

«África ya está madura para la revolución». Va a firmar contratos económicos para garantizar el suministro de petróleo a China. Y, si para ello, hay que expulsar a los habitantes de las zonas donde mana el petróleo, se hace sin contemplaciones, como ha sucedido con los nuer en el sur de Sudán.

El problema es que el petróleo africano no está repercutiendo en el bienestar de los ciudadanos. Angola sigue siendo un país empobrecido, y lo mismo se puede decir de Sudán y Guinea Ecuatorial, uno de los países africanos que más ha crecido económicamente en los últimos años, gracias al petróleo. En este país las rentas

del oro negro van a parar a las cuentas corrientes de Teodoro Obiang Nguema y su entorno familiar.



AGRICULTURA DEPRIDADORA

Hay una relación estrecha entre la baja productividad agrícola y el éxodo rural. Miles de jóvenes africanos emigran cada año del campo a la ciudad en busca de una vida mejor. La realidad es casi siempre el hacinamiento en la periferia, la multipli-

cación del chabolismo más degradante y una agresión a la tierra donde se asientan. Los alrededores de Nairobi o de Dakar, por citar dos capitales que conozco, son un paradigma de este éxodo rural. En 1997 estuve en Pikine, una ciudad champiñón a 12 kilómetros de Dakar rodeada de arena por todas partes; tenía unos 270.000 habitantes (en 1955 no pasaba de 8.000). Volví a visitar Pikine en octubre de 2003 y contaba con más de un millón; seguía inmerso en la arena y rodeado por ella, pero con mucha más extensión. No es de extrañar que todos los jóvenes que saludé en Pikine —y en Dakar— quisieran venir conmigo a España. A lo mejor alguno ha llegado ya en algún cayuco; otros habrán muerto en el intento.

No sé si África está hoy a tiempo de enmendar la plana a la mala gestión agrícola, heredada en buena

parte de la colonización. Pero es la única manera de salvaguardar el medio ambiente en las zonas agrícolas y conseguir un crecimiento sostenible. He visto en Togo algunos ejemplos magníficos de jóvenes agricultores que empiezan a cultivar la tierra con racionalidad y, al mismo tiempo, a explotar granjas avícolas y pequeñas producciones de porcino. Ninguno de estos jóvenes me pidió acompañarme a España. Estaban muy integrados en el campo y respetaban la naturaleza.

Existe, además, otro factor de consecuencias que pueden ser nefastas para el medio ambiente: la producción intensiva de productos agrícolas, al socaire de los Alimentos Genéticamente Modificados o transgénicos, que conlleva la adquisición de tierras por las multinacionales del sector y la dependencia agroalimentaria. A esto hay que añadir la presión para la producción de los llamados biocombustibles, derivados del azúcar, trigo, maíz y semillas oleaginosas. Se detrae así gran cantidad de tierra, dedicada a producir energía que sería necesaria para la producción de alimentos.

LA AMENAZA EN EL ÁFRICA CENTRAL

Una vez consumada la deforestación en el África Occidental (desde Liberia hasta Costa de Marfil), el peligro acecha a los seis países que conforman el África Central. Hace algunos años, Amigos de la Tierra y la ONG Forests Monitor presentaron a la prensa varios estudios sobre los impactos sociales, ambientales y económicos de las empresas forestales europeas que realizan actividades en esta región. La ONG Forest Monitor se dedicó a estudiar el caso de la Cuenca del Congo. El estudio revela que más de 11 millones de hectáreas están explotadas por empresas de capital europeo, la mayoría francesas.

Se estima que la cobertura boscosa de África Central es de 1.863.000 kilómetros cuadrados, de los cuales el 60% se encuentra en grandes bloques compactos no interrumpidos por carreteras. Pero es importante destacar que la situación está empeorando, ya que el 41% de esas áreas primitivas han sido asignadas a empresas madereras en la República Democrática de Congo y en Guinea Ecuatorial.

Actualmente, la Unión Europea es el principal importador de madera tropical proveniente de la Cuenca del Congo, con más del 60% de las importaciones, seguida



muy de cerca por Asia. «Los países europeos consumidores —ha declarado Samuel Nguiffo, de Amigos de la Tierra-Camerún— deben reconocer su responsabilidad y adoptar medidas concretas para erradicar la producción y el comercio ilegal de madera, entre otras cosas prohibiendo la importación de esa madera e imponiendo sanciones pecuniarias gravosas a aquellas empresas europeas involucradas en ese tipo de comercio».

La tala de madera conlleva operaciones a gran escala y es una de las causas primarias de la deforestación mundial, principalmente porque implica la construcción de carreteras para acceder a los bosques y transportar los troncos cortados.

Con frecuencia, un gran consorcio de compañías madereras está detrás de las talas ilegales porque en Europa existe una gran demanda de madera exótica. En 1999, Greenpeace de Bélgica interceptó un convoy de afromorsia o asamela de Camerún, una especie de madera rara y protegida por la CITES (siglas inglesas de la Convención sobre el Comercio Internacional de Especies Amenazadas de Fauna y Flora Silvestres). Compañías como Rougier, Thanry o Bollere de Francia, Danzer de Alemania, Wyma de Holanda y Fritz Jaeggi de Suiza han participado en la importación de madera protegida que se había talado de forma ilegal.

CAUSAS DE LA HECATOMBE AFRICANA

Está más que demostrado —el ensayista Jean Ziegler lo subraya en su libro *Los amos del mundo*— que «por

primera vez en su historia la humanidad goza de cierta abundancia de bienes. El planeta se halla a punto de venirse abajo por las riquezas que acumula. Los bienes disponibles superan en varios miles de veces las irreducibles necesidades de los seres humanos». Pero, a renglón seguido, advierte también el gran analista suizo: «Las bolsas de seres desahuciados aumentan su extensión». Esto mismo sucede en África.

No me sumo por eso a quienes achacan a la explosión demográfica la pobreza que padecen África y el Sur en general. Creo más bien que es la pobreza la que desencadena la natalidad. La planificación familiar sin más correctores, entendida como freno a la natalidad, es una burla a la sociedad y a los valores culturales africanos. Más todavía: es una coartada diseñada por los países industrializados para sacudirse la parte de responsabilidad que les corresponde en el hecho de que el 20% de la población consume el 80% de los recursos de la Tierra. Si damos por sentado que hay hambre en el mundo, y en África en particular, porque sus países tienen un elevado índice de natalidad, la culpa del hambre será siempre de ellos y no es verdad.

¿Cuáles son entonces las causas de esta hecatombe que condena a decenas de miles de africanos a malvivir por debajo de los umbrales de la pobreza? Y hay que preguntarse inmediatamente: ¿Qué hay que hacer para romper ese infernal círculo de la pobreza? He aquí algunas consideraciones, a modo de principios generales:

1. Los países africanos tienen que tomar las riendas de sus propios recursos, para explotarlos, aunque sea con la cooperación de compañías internacionales, en beneficio de la población. De no ser así, cada vez serán más dependientes y más pobres.
2. Los gobiernos tienen que impedir la sangría de sus recursos forestales, cuya explotación salvaje está provocando lo que Lloyd Timberlake ha llamado la «banarrota ambiental». La tala indiscriminada de árboles sin una adecuada repoblación forestal produce un daño irreversible al medio ambiente y favorece la progresiva desertización de amplias zonas del continente. Perjudica también a la abundante farmacopea natural, que permite a muy bajos costes la curación de algunas enfermedades.
3. Hay que conseguir una progresiva e intensa potabilización del agua. El agua se debe considerar como un derecho y no sólo como una necesidad sujeta a comercialización. Muchas enfermedades endémicas

en África están relacionadas directamente con el agua no potable.

4. Es preciso poner fin, cuanto antes, a las guerras y a los conflictos más o menos virulentos que asolan a varios países africanos.

Sobre este particular, he aquí algunas consideraciones. Los muertos en la guerra de la República Democrática de Congo empiezan a pesar sobre nuestra conciencia, pero tuvieron que llegar o rebasar el número de cuatro millones para hacerse «visibles». Cuando vi en un periódico, en mayo de 2003, la lista y las fotografías de los 62 soldados españoles muertos en accidente de aviación en Turquía, me sacudió un golpe de emoción. Sus fotografías a tamaño carné y una breve semblanza de cada uno (unas 16 líneas de una columna) ocuparon casi tres páginas. En seguida me hice la pregunta: ¿cuántas páginas se necesitarían para colocar los rostros de los 3.300.000 congoleños muertos en la guerra? (Fue la cifra que se dio en ese mismo momento, aunque hoy se sabe que son al menos cuatro millones). Exactamente, 159.677 páginas. En un periódico de 64 páginas, se necesitarían 2.494 días para cubrir esta información dedicándole todas las páginas del periódico, es decir, más de seis años y medio. Y si sumamos los más de dos millones de muertos en la guerra de Sudán, habría que añadir algunos años más.

5. Es preciso frenar la venta de armas, cuyo comercio, a cambio muchas veces de diamantes o de petróleo, está fomentando conflictos e impidiendo que se aceleren los procesos de paz. Las armas se fabrican en el Norte y matan en el Sur. En el caso de África, es incuestionable.
6. Hay que apoyar con decisión los procesos democráticos en África. Las dictaduras y los partidos únicos empobrecieron a los pueblos africanos, fomentaron el nepotismo y la corrupción y violaron sistemáticamente los derechos humanos. La nueva Unión Africana tiene que jugar un papel más determinante en estos procesos democráticos, para que no se queden en meros planteamientos formales. Uno de los objetivos del NEPAP (Nuevo Partenariado para el Desarrollo de África), nacido al amparo de la Unión Africana, es precisamente el buen gobierno.
7. Tiene que haber una mayor participación de la sociedad civil a la hora de marcar los objetivos políti-



cos y económicos. Existe hoy una distancia abismal entre la clase dirigente africana y los ciudadanos. Las distintas organizaciones civiles, las ONGs para el desarrollo y agrupaciones defensoras e impulsoras de los derechos humanos tienen una gran tarea que desempeñar.

8. Hay que cambiar las reglas del comercio internacional. Las políticas de ajuste estructural, impulsadas por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, han resultado un rotundo fracaso en casi todos los países obligados a adoptar su aplicación. No se trata sólo de eliminar la pobreza —que hay que hacerlo—, sino de establecer unas leyes equitativas de comercio internacional. De no hacerse así, el desarrollo del Norte se seguirá basando en el subdesarrollo del Sur, algo aberrante e insostenible a largo plazo, por mucho que se extienda la globalización.
9. Es preciso cambiar la política de las ayudas bilaterales o multilaterales, que han beneficiado hasta ahora sobre todo a los países donantes, sumiendo a los países africanos en una mayor pobreza.
10. Hay que condonar totalmente la deuda externa africana, el continente más endeudado del mundo. Más del 50% del PIB de toda África se destina cada año al pago de la deuda. Esta sangría de divisas impide atender sectores básicos necesitados de grandes inversiones, como la sanidad, la agricultura y la enseñanza.
11. La mujer africana debe desempeñar un papel más activo en la toma de decisiones de las políticas

económicas, al menos proporcional al peso que tiene en la economía, formal o informal, en la mayoría de los países africanos.

12. Hay que recuperar cuanto antes a los más de 300.000 intelectuales y científicos africanos que viven fuera de África. Esta fuga de cerebros está beneficiando a Occidente, pero está causando un daño irreparable a sus países de procedencia.
13. Es preciso eliminar el azote de enfermedades endémicas, como la malaria y otras pandemias como el sida. La esperanza de vida de los africanos está descendiendo a niveles preocupantes, debido en parte a esta enfermedad. Esto tiene una incidencia nefasta sobre el desarrollo, porque afecta a grupos de población entre los 20 y los 35 años. Existe una responsabilidad clara de los grandes laboratorios, que se resistieron a permitir el uso de genéricos para el tratamiento del sida. Pero hay otra gran responsabilidad: según Jean Ziegler, entre 1975 y 1996 los laboratorios farmacéuticos desarrollaron 1.233 moléculas nuevas; sólo 11 tenían que ver con el tratamiento de enfermedades tropicales.

Los países africanos tienen muchos retos por delante en el ámbito del desarrollo. Cuentan con una población joven, que es una ventaja considerable, si no se ven obligados a emigrar, al precio que sea, a los países industrializados, para satisfacer al menos la aspiración más elemental de todo ser humano: el derecho a vivir. □

VIVIR Y PENSAR LAS CRISIS.

Sobre la conversión espiritual después de 1929 y de 1973¹

■ JACQUES LE GOFF²

Presidente de la Asociación de Amigos
de Emmanuel Mounier

Ha habido que rendirse por fin a la evidencia: económica en sus manifestaciones, la debacle actual se relaciona no menos con otros niveles de explicación, política, cultural y espiritual a la vez. Considerar sólo la aceleración de la maquinaria económico-financiera, vendría a ser como tomar por origen del mal a uno de sus síntomas, como confundir la física del acontecimiento y la metafísica de sus causas. No es posible entender el presente, sin un trabajo de identificación de los resortes profundos, hurtados a una visión apresurada.

Es lo que acaba de recordar la ex ministra de ecología Corinne Lepage en un pequeño y vigoroso libro: «La crisis económica y financiera es sólo una cara de la *global puesta en cuestión*, y como tal debe ser tratada»³. El socio-economista Bernard Perret, por su parte, propone «la invención de un nuevo estilo de vida» al precio de una «conversión»⁴ espiritual, mientras que el periodista Hervé Kempf vaticina: «¡No es el fin de la historia, es el comienzo de una nueva historia! (...) Vuestra vida no será sencilla, pero será densa»⁵. A través de las líneas de fractura que recorren el mundo, se revela la urgencia de un cuestionamiento global.

Ha hecho falta el choque traumático de lo acontecido, para enrolar a nuestras sociedades en un amplio examen de conciencia, colectivo e individual, que nos

recuerda los grandes debates inaugurados a causa de la crisis de 1929 y del *shock* petrolero de 1973. En ambos casos, la reflexión no tardó en llegar a los fundamentos éticos de la conmoción.

EL SOBRESALTO DE EMMANUEL MOUNIER DESPUÉS DE 1929

En diciembre de 1930, en las *Conversaciones de Meudon* animadas por el filósofo Jacques Maritain, se plantea como tema la crisis económica que acaba de estallar del otro lado del Atlántico. De este debate surge la convicción de que se está frente a una crisis cuyas raíces, ciertamente económicas, lo son también morales y sociales. *Económicas*, en cuanto a la inexorable catástrofe a la que está llevando la vertiginosa dinámica del sistema capitalista, abandonada a sí misma. «Su esencia reside en que sólo puede mantenerse acelerando su velocidad», observa Maritain. *Morales*, porque se trata de la expansión de una economía financiera basada tanto en la «auto fecundidad del dinero» como en la proliferación de «falsas necesidades» en la emergente sociedad de consumo. *Sociales*, debido a la suerte injusta que han corrido el trabajo y los trabajadores, frente al capital, en el funcionamiento de las empresas. Maritain abre el debate de manera visionaria haciendo votos por «un modelo de empresa en que el obrero participase en la gestión del capital, incluidos los instrumentos de trabajo», en el seno de «un consejo obrero y patronal en el que ambas fuerzas fuesen iguales». Una perspectiva que no es otra cosa que la gestión compartida.

La conversación, referida por Emmanuel Mounier⁶, es muy reveladora del enfoque dominante entre los que más tarde serán llamados «no-conformistas de los años 30», jóvenes intelectuales que, más allá de las evidentes divergencias, comparten un abordaje de la crisis desde un ángulo más amplio, el de la civilización.

1. Publicado en la revista *Christus*, n.º 224, París, octubre de 2009. Traducido del francés para *Acontecimiento*.

2. Profesor de la Facultad de Derecho de Brest. Especialista del derecho laboral. Colaborador de *Esprit* y de *Ouest-France*. Ha publicado *Face à l'événement* (Ediciones Apogée 2002) y *Du silence à la parole. Une histoire du droit du travail des années 1830 à nos jours*. (Presses Universitaires de Rennes, 2004).

3. *Vivre autrement*, Grasset. 2009, p. 10. (El subrayado es nuestro).

4. *Le capitalisme est-il durable?* Carnets Nord, 2009, p. 208.

5. *Pour sauver la planète, sortez du capitalisme*. Seuil, 2009, p. 9.

6. *Entretiens (1926-1947)*, por aparecer en Fayard/Le Seuil.



«Estamos, no hay que dudarlo, en un momento basculante de la historia: una civilización cae, otra se yergue»⁷. Y no sólo se pone en tela de juicio lo económico como racionalidad técnica, sino, más profundamente, la base de los valores y las elecciones de la sociedad que determinan la ubicación y la fisonomía de dichos valores. El problema está precisamente en saber si, con el pretexto de la libertad, se ha de dejar a los mercados expandir su ley a toda una sociedad ubicada bajo el imperio de la utilidad y de la fuerza; o bien si se los mantiene en su función instrumental, subordinada, de intercambio y asignación de recursos, bajo el control de políticas encargadas de arbitrajes y de síntesis, ligadas a otros órdenes de la realidad, comenzando por el espiritual.

Porque, como sigue diciendo Mounier, «lo espiritual es también una infraestructura», donde el «también» es casi superfluo⁸, ya que le parece clarísimo que constituye la infraestructura de las infraestructuras, la matriz ética de donde «procede todo orden y todo desorden».

En sus numerosos textos críticos consagrados al capitalismo, Mounier no deja de insistir en «la total subversión de los valores humanos», que está en la raíz del «desorden establecido». «Sea el que sea el ángulo desde el que se observe el universo del capitalismo moderno, fuera de algunas soluciones técnicas dispersas, no se ve sino error y corrupción»⁹. De ahí, un mundo humano y una civilización puestos patas arriba porque están entregados a lógicas dementes que exaltan las propensiones más bajas: *poder, dinero, yo*, con total indiferencia hacia aquello que «no produce placer».

En el fondo, liberando a la economía de sus trabas, el capitalismo puro lleva hasta su paroxismo, como su gemelo comunista, al hedonismo de los «jefes». «Primacía de la producción», «primacía del dinero», «primacía de la ganancia»; y todo ello, regulado por cálculos de fuerza y no de derecho, de un derecho que debería estar fundado sobre el único primado capaz de orientar el conjunto de la vida social hacia un horizonte afín a la vocación del hombre, el de la persona, de donde, para Mounier, derivan:

- 1) La libertad por obligación institucional («el realismo consiste en encuadrar esa libertad por medio de

instituciones que prevengan las tentaciones» según un proyecto social-demócrata).

- 2) «La economía al servicio del hombre», mediante la subordinación a una «ética de las necesidades», donde las necesidades de consumo estén limitadas por un «ideal de sencillez de vida» en una distribución que garantice a todos un «mínimo acceso al bienestar y a la seguridad».
- 3) La «primacía del trabajo sobre el capital», de manera que éste no tenga legitimidad sino en la medida en que haya sido generado por un trabajo.

Lo que está en el punto de partida, tan actual, de esta reflexión es «la importancia exorbitante que ha adquirido el problema económico». Y lo que se halla en el punto de llegada es la convicción de que «lo económico no se puede resolver aparte de lo político y de lo espiritual, a los que está intrínsecamente subordinado»¹⁰. En consecuencia, hay que poner las cosas en su sitio, sirviéndose, en primer lugar, de medios políticos — y aquí Mounier, siguiendo a Maritain, se muestra cada vez más realista contra la tentación de muchos católicos «de saltar inmediatamente al plano sobrenatural de una ciudad angelical»¹¹.

Queda por decir que, a comienzos de la década de los años treinta, el tono dominante del enfoque crítico tenía como estructura y modelo lo religioso. De ahí la frecuencia con que se usaba el lenguaje de la «falta» y del «pecado»; la crisis, dirá Mounier, no es más que «la física de nuestra falta».

DESPUÉS DE 1973, UN NUEVO EQUILIBRIO GLOBAL

Encargado por el Club de Roma¹² y presentado en 1971, el informe Meadows sobre «Los límites del crecimiento»¹³ muestra el espectacular comienzo de un debate amplificado por el «shock petrolero» de 1973. Sicco Mansholt, entonces comisario europeo para la agricultura, dirá que la emoción que le provocó su lectura le llevó a escribir una Carta (febrero de 1972) al presidente de la Comisión; esta carta se hizo célebre, y en ella

7. Mounier, «Éloge de la force», *Esprit*, marzo de 1933, p. 886, retomado en *Revolución personalita y comunitaria*, III, 2.

8. Este «también» constituye una forma de cortesía en relación al marxismo de entonces, muy criticado por Mounier.

9. *Oeuvres complètes*, t. I, Seuil, 1961, p. 271 (*Revolución personalita y comunitaria*, II, 6).

10. *Manifiesto al servicio del personalismo*, III, 4.

11. Maritain citado por E. Mounier en *Entretiens*, op. cit.

12. Asociación internacional no política creada en 1968 por A. Peccei y A. King reuniendo a 53 países preocupados por pensar el porvenir del planeta.

13. Publicado en francés bajo el título «Halte à la croissance?» (Fayard, 1972).

subrayaba la «misión» profética de Europa en la búsqueda de un «nuevo equilibrio global».

El olvido de los límites físicos y ecológicos

La constatación del *Massachusetts Institute of Technology* es clínica: el «final de la era de oro» ha sonado, en el horizonte de un «drama en perspectiva», y «si se sigue manteniendo obstinadamente el ritmo de este crecimiento exponencial, se producirá una catástrofe»¹⁴ generada por el olvido prometeico de los límites físicos y ecológicos.

- Desde el punto de vista demográfico: «Si continuamos bajando la tasa de mortalidad, sin reducir mejor que en el pasado la tasa de natalidad, podemos afirmar que dentro de 60 años la cifra de población ¡se multiplicará por cuatro!»¹⁵, con la siguiente consecuencia: que «si se utiliza íntegramente la superficie de las tierras arables disponibles, en las mejores condiciones, la falta de tierra cultivable se dejará sentir desesperadamente antes incluso del año 2000». Lo que ha sucedido no ha desmentido la certeza de esta previsión, especialmente en los países en vías de desarrollo.
- Desde el punto de vista del agotamiento de los recursos fósiles «Dada la actual tasa de consumo de los recursos naturales y su probable aumento, la gran mayoría de los principales recursos no renovables alcanzará precios prohibitivos antes de que haya transcurrido un siglo»¹⁶.
- En cuanto a la contaminación, «se puede suponer que si los 7 mil millones de hombres del año 2000 tienen un PNB *per capita* tan alto como el de los Americanos de 1970, las obligaciones impuestas al ambiente por la contaminación serán diez veces mayores que los actuales»¹⁷.

No es casualidad que a principios de los años setenta la revista *Esprit* se implicase en hacer descubrir la reflexión de Iván Illich, centrada en la cuestión de los límites. El sacerdote de Cuernavaca quiere alertar sobre la propensión que tiene todo gran «instrumento» tecnológico, institucional o de otro tipo, para volverse ineluc-

tablemente contra el fin que pretende alcanzar. Y no sorprende ver cómo Mansholt reconoce haber encontrado ahí «una mirada totalmente original sobre el papel de la tecnología» y «una forma aguda y extremadamente enriquecedora de escudriñar nuestra época»¹⁸. Porque tanto para él como para Meadows e Illich, la pregunta sobre la sociedad de crecimiento no puede ahorrarse el cuestionamiento ético.

Pero a diferencia del de los años 30, el enfoque de los 70 no se apresta para entrar en niveles explicativos, y corre el riesgo de ser precipitado y producir un cortocircuito. Se toma el tiempo de dibujar un cuadro preciso, riguroso y exhaustivo de la situación. Los Meadows hacen un amplio uso del modelo de Forrester, un modelo cibernético de ecosistema global que permite marcar y medir las interconexiones entre los diferentes niveles de realidad. El propósito no es tanto de denuncia como de entender globalmente la perversa dinámica del sistema.

El olvido del hombre

La crítica moral aparece en segundo término, lo que no significa menor rango cuando la explicación científica deja paso a la pregunta del *porqué*, remitiendo a los resortes antropológicos del desvío, que Aurelio Peccei ha condensado en una fórmula-*shock*: «El olvido de todo un aspecto de nuestra naturaleza humana, el mejor»¹⁹. Un olvido que sería la consecuencia de un triple error:

- La reducción unidimensional del hombre a su estatuto material de productor-consumidor, de *homo economicus*. De ahí, los primeros interrogantes serios sobre la medida del «progreso», prisionero de una dimensión cuantitativa doblemente absurda: primero, porque lo encorseta por la economía, como si fuera de ella perdiera todo sentido; y después, porque los «estratos del progreso» se convierten en fuentes de riqueza. Para Mansholt, las cosas están claras: «El crecimiento es una noción que hay que enterrar (...) Lo que quiero es crear una sociedad que proporcione al pueblo el senti-

14. Ibid., p. 282.

15. Ibid., p. 157.

16. Ibid., p. 182.

17. Ibid., p. 196.

18. *La crise. Conversation avec Janine Delaunay*. Stock, 1973, p. 160.

19. «Halte à la croissance?», p. 53.

miento de que hay algo distinto al crecimiento económico»²⁰. Un punto de vista que en Francia comparte Jacques Delors, quien junto a Mounier deplora «el desorden establecido» por una «reducción demasiado grande de las aspiraciones sociales del hombre, al campo de la economía; de ahí cierta miseria de la política y de la filosofía»²¹. De ahí, también, la urgencia de «volver a poner a la economía en su lugar» y de elaborar instrumentos mejor adaptados a la medida de un progreso que incluya todas las dimensiones de la existencia colectiva sobre un fondo de reimplantación de lo social y de lo económico. La idea de los «indicadores sociales», lanzada por Delors en 1971, responde a esta inquietud. Y treinta años más tarde ha de llevar, a través de la idea de *«felicidad nacional en estado bruto»*, a la puesta a punto de «indicadores de desarrollo humano» sobre el fondo de la clásica problemática del «desarrollo integral».

- El segundo error resulta del olvido de la comunidad y de las exigencias de solidaridad. Se trata, en adelante, y cada vez más, de la comunidad internacional, caracterizada por la «inexorable ampliación del abismo absoluto que separa a los países ricos de los países pobres», con la consecuencia de que «el agravamiento de los desequilibrios ha de volver inevitables las crisis explosivas»²². Lo que fundamenta la convicción de que el desarrollo no tiene sentido si no es solidario.
- Tercer error: el olvido del largo plazo, de toda idea de responsabilidad frente a la «tierra-patria», es decir, de un «bien común» que hay que compartir y preservar juntos, tanto en el presente como en el futuro, pues el tiempo futuro es consumido por un presente, devorador como un Baal. La noción de «desarrollo duradero», introducida por el Club de Roma, responde a esta preocupación.

Cambiar el modelo de crecimiento

Hay que aprender a pensar, por lo tanto, en todas las armonías de la vida colectiva, en una búsqueda de sabiduría que pase por la desaceleración de esta embriagadora farándula. Mansholt defiende una «políti-

ca de no-crecimiento», lo que le valdrá las pullas de la izquierda comunista, que le denunciará como «tecnócrata» vendido al capitalismo. En realidad, él nunca propició el crecimiento cero, la sociedad «austera» querida por Illich, sino el control y la desaceleración de la máquina endiablada, comenzando «por los países privilegiados». Meadows y Delors están en la misma longitud de onda: «cambiar el modelo de crecimiento».

Pero esto tiene un precio: la revisión del sistema de valores, un profundo cambio de mentalidad, una «revolución cultural» que convoque no ya solamente a la intervención de los políticos de todos los niveles, sino también a la iniciativa y a la responsabilidad individuales. No se trata, insiste Delors, de «jugar a ser moralizadores», sino de avanzar con pragmatismo hacia una conversión de la mirada y de los espíritus, para persuadir de que, como diría más tarde Edgar Morin, si la parte está en el todo, el todo también está en cada parte a cargo del destino colectivo.

Ninguno de ellos se ilusiona con la posibilidad de una reorientación, sin la amonestación provocada por una grave crisis. «No veo que las poblaciones de los países ricos vayan a cambiar de actitud, mientras no ocurra una verdadera catástrofe», porque «solo una catástrofe que genere una especie de electroshock podría sacudir suficientemente a la gente para despertarla»²³. R. Lattès del Club de Roma comparte el realismo pragmático de Mansholt: «La única esperanza es ver modificarse los comportamientos profundos frente a cataclismos graves».

Lúcido y de actualidad.

* * *

Como la reflexión crítica de los años 30, la de los años 70 rechaza ceder ante cualquier desaliento. Por el contrario, afrontando el acontecimiento en su radicalidad, no deja de trazar nuevas líneas hacia el futuro, sobre bases renovadas más adecuadas a la verdadera vocación del hombre. Una manera de poner en marcha la lección universal de un proverbio peul²⁴: «Si quieres saber a dónde vas comienza por saber de dónde vienes». □

20. Op. cit., p. 187.

21. *Changer*. Stock, 1975, pp. 308 y 325.

22. «Halte à la croissance?», pp. 162 y 138.

23. *La crise*, pp. 181 y 178.

24. N. de R. El pueblo Peul, llamado también Fula, es una tribu del África Occidental.

LOS RESIDUOS DEL SISTEMA

▣ **JOSÉ-ROMÁN FLECHA ANDRÉS**
Universidad Pontificia de Salamanca

La ecología es hoy un signo de los tiempos y una gran preocupación social, política y económica¹. Por eso mismo no puede ser considerada como una realidad neutra que no hubiera que mantener bajo estricta vigilancia. Al contrario, el estudio de las relaciones del ser humano con la comunidad biótica ha de suscitar necesariamente una reflexión sobre las responsabilidades éticas que en esa relación corresponden al ser humano. En esta reflexión se evocan algunos de los desafíos que una visión y utilización pragmática del ambiente plantea a una concepción personalista del hombre y de la sociedad.

1. LA ECOLOGÍA COMO MOTIVO

La preocupación por el medio ambiente ha llegado a invadir todos los espacios de la sociedad. Lo ecológico se ha convertido en un motivo inevitable en las campañas de los líderes políticos y ha llevado a los gobiernos y a las diversas administraciones públicas a crear ministerios y organismos para la gestión del ambiente, con los consiguientes directivos, funcionarios, gerentes y empleados.

Con motivo de las grandes catástrofes, de incendios de los bosques o vertidos de petróleo, la tutela o el deterioro de la naturaleza se ha convertido en un argumento favorito para tertulias radiofónicas y programas de televisión.



La oferta de productos no contaminados y no contaminantes, reciclados y reciclables se ha convertido en un gigantesco negocio y mueve hoy enormes cantidades de dinero.

En un tiempo relativamente corto la opinión pública ha llegado a asimilar la necesidad de separar los residuos domésticos para facilitar el reciclaje de los mismos.

Así pues, la revolución ecológica ha ido instalándose en los más diversos ambientes: político, industrial y comercial, comunicacional y educativo. Lentamente se va creando un cuerpo que tal vez podrá etiquetarse como «ecoderecho». Y cada vez con más frecuencia se habla y se escribe sobre la necesidad de articular una verdadera «ecoética».

2. HIPOCRESÍA Y REDUCCIONISMO

Es cierto que, junto a estos logros se descubren no pocos malogros. Si un informe del Club de Roma pretendía señalar los límites del crecimiento, otro informe señalaba veinte años más tarde que la voracidad y la imprevisión nos habían hecho sobrepasar esos límites².

Los países más industrializados se niegan a aceptar una regulación mundial que ponga límite a la contami-

1. J. R. Flecha, *El respeto a la creación*, Madrid 2001, 3.

2. Cf. D. H. Meadows y otros, *Más allá de los límites*, Madrid 1992.

nación de tierra, mar y aire. Los más ricos compran a los más pobres sus cuotas de contaminación, al tiempo que buscan y alquilan espacios donde depositar sus residuos más dañinos para la vida y la salud o los menos deseables en el marco de un paisaje armonioso.

Al mismo tiempo, se van descubriendo las numerosas vergüenzas de un ecologismo hipócrita y reduccionista.

En un paraje boscoso se prohíbe la llegada de los vehículos a motor en las épocas en las que las aves están nidificando, pero se permite el estruendo nocturno en las ciudades, incluso en las cercanías de los hospitales.

Se penaliza la caza o la pesca de determinadas especies animales, aunque al mismo tiempo se facilita y se convierte en derecho el aborto y asesinato de los seres humanos.

Se declara parque nacional un amplio espacio de selva, para expulsar de esas tierras a los habitantes nativos que las han cuidado durante milenios viviendo en perfecta sintonía con el ambiente natural.

Estas posturas no han nacido espontáneamente. La llamada «ecología profunda» ha llegado a colocar la casa por encima de sus habitantes humanos³. Parece existir un cierto sentido de culpa por el predominio del hombre sobre el ambiente y se apoya una especie de alternancia valórica. Así se ha llegado a escribir que «no es correcto decir que siempre debe privilegiarse a los humanos ni tampoco decir que preservar un ecosistema siempre es más importante que proteger cualquier conjunto de intereses humanos»⁴. Aun suponiendo una buena voluntad en quien esto escribe, es fácil descubrir el peligro que encierran afirmaciones como éstas.

3. PRÓFUGOS AMBIENTALES

No es extraño que hoy se hable ya de los numerosos «prófugos ambientales» que nuestra cultura ha ido creando en diversas partes del mundo.

La crisis ecológica responde a una crisis antropológica. En 1990, Juan Pablo II afirmaba que la crisis ecoló-

gica tiene un carácter predominantemente ético y subrayaba «la urgente necesidad moral de una nueva solidaridad». Veinte años más tarde, Benedicto XVI escribe que sería irresponsable no tomar en seria consideración las crecientes manifestaciones de esa crisis.

¿Cómo permanecer indiferentes ante los problemas que se derivan de fenómenos como el cambio climático, la desertificación, el deterioro y la pérdida de productividad de amplias zonas agrícolas, la contaminación de los ríos y de las capas acuíferas, la pérdida de la biodiversidad, el aumento de sucesos naturales extremos, la deforestación de las áreas ecuatoriales y tropicales? ¿Cómo descuidar el creciente fenómeno de los llamados «prófugos ambientales», personas que deben abandonar el ambiente en que viven —y con frecuencia también sus bienes— a causa de su deterioro, para afrontar los peligros y las incógnitas de un desplazamiento forzado? ¿Cómo no reaccionar ante los conflictos actuales, y ante otros potenciales, relacionados con el acceso a los recursos naturales? Todas éstas son cuestiones que tienen una repercusión profunda en el ejercicio de los derechos humanos como, por ejemplo, el derecho a la vida, a la alimentación, a la salud y al desarrollo⁵.

Es importante esa referencia a los «prófugos ambientales». Con ella se llama la atención sobre los nuevos pobres creados por la explotación inmoderada del ambiente. Sin embargo, esa alusión habría de funcionar como una luz de alarma que nos lleva examinar otros peligros que habitualmente pasan desapercibidos.

4. RESIDUOS HUMANOS

En un mundo en el que se trata de reciclar los residuos producidos por la industrialización y el comercio, salta a la vista la necesidad de reciclar «residuos humanos».

Se cuentan por millones las personas que no tienen cabida en el sistema socioeconómico y sociopolítico en el que se toman las grandes decisiones sobre la natura-

3. Cf. A. Naess, «Il movimento ecologico: ecologia superficiale ed ecologia profonda. Una sintesi», en M. Tallacchini (ed.), *Etiche della terra. Antologia di filosofia dell'ambiente*, Milano 1998, 143-149.

4. Eliot, R., «La Ética ambiental», en Singer, P. (ed.), *Compendio de Ética*, Madrid 1995, 402.

5. Benedicto XVI, *Si quieres la paz, protege la creación*. Mensaje para la Jornada mundial de la paz (1.1.2010) 4, en *L'Osservatore Romano* (ed. esp.) 41/51 (18.12.2009) 8.

leza, sobre el medio ambiente y sobre el hombre, su vida y su destino.

En los países que se encuentran «en vías de desarrollo» millones de personas son excluidos de la distribución de la riqueza y de las más elementales atenciones alimentarias, sanitarias, educativas y culturales.

También en los países desarrollados se encuentran enormes bolsas de pobreza, en las que viven personas marginadas. La falta de recursos ha impedido a muchas de ellas el acceso a la cultura, pero, en un círculo realmente vicioso, la falta de cultura ha negado a otras muchas la posibilidad de adquirir los recursos necesarios para una vida digna.

Es bien conocida la diversidad de criterios existentes entre los países donantes y los países beneficiarios de los proyectos de asistencia al desarrollo. Los países subdesarrollados invierten los fondos obtenidos en proyectos que pueden mejorar la vida de sus habitantes, como el tratamiento de las aguas residuales o la recogida de las basuras. Los donantes, en cambio, querían que los fondos se invirtieran en proyectos que reflejan sus preocupaciones ambientales, como las medidas para retrasar el calentamiento global o detener la extinción de las especies amenazadas⁶.

5. CONTAMINACIÓN Y POBREZA

Es fácilmente perceptible el otro círculo vicioso que une la contaminación del ambiente con la pobreza.

En muchos lugares, la desertización provocada, la destrucción y explotación masiva del medio ambiente o los vertidos industriales, así como la caza y la pesca abusivas han sumergido a los habitantes de la zona en una pobreza endémica de la que nadie se siente responsable.

Por otra parte, la pobreza extrema lleva a muchas personas a vivir en un ambiente contaminado, a no poder contar con agua limpia o a recorrer grandes distancias para poder conseguirla y a veces a tener que buscar y rebuscar en los grandes basureros algunos desperdicios para poder sobrevivir.

En una sociedad industrializada y urbanizada se tiende a pensar que este espectáculo sólo puede encontrarse en zonas inhóspitas y muy alejadas. Con demasiada frecuencia se ignoran los enclaves de pobreza que rodean a las grandes ciudades y también los que se esconden en su mismo corazón.

Es cada vez más claro que la ecología requiere una eco-economía basada en la justicia social y en la atención a los más pobres y marginados⁷.

6. LA MÁQUINA COMO METÁFORA

Nuestra sociedad parece haber adoptado tranquilamente los postulados y planteamientos de un escandaloso darwinismo social. Se considera que sólo los más fuertes tienen derecho a la existencia. Y los más fuertes son los que pueden afirmarse sobre las tres grandes apetencias del tener, el poder y el placer, a las que hay que añadir la del saber como medio imprescindible para conseguir las otras tres.

Emmanuel Mounier afirmaba que «la máquina no es sino máquina: admirable, pero banal»⁸. Pero la máquina se ha convertido en la metáfora de un sistema que desprecia a los que no saben o no pueden manejarlo. Las máquinas expendedoras de dulces y bebidas, de tabaco o tarjetas telefónicas son la imagen de la sociedad de consumo. Quienes no tienen la clave y los medios para hacer funcionar la máquina se quedan sin los regalos que sus luces ofrecen. Los pobres de medios y de cultura no pueden moverse en una megápolis atravesada por largas autovías. Pero si no pueden moverse están condenados a muerte.

Pero este destino poco importa a los poderes que manejan este mundo, puesto que los pobres son considerados al máximo como los residuos que la gran máquina genera en el proceso de producción de la satisfacción indolora para una sociedad soñolienta.

6. G. Scimemi, «Sviluppo sostenibile e politiche ambientali», en A. Bruzzo — C. Poli (eds.) *Economia e politiche ambientali*, 1996, 23.

7. Cf. F. Occhetto, «Dall' economia all'eco-economia», en *La Civiltà Cattolica* 3707 (2004/IV) 471-480.

8. E. Mounier, «Juicio a la máquina», en *Obras completas*, III, Salamanca 1990, 411.

7. EL CONTROL DEMOGRÁFICO

El crecimiento demográfico suele vincularse hoy con la situación de pobreza y subdesarrollo en el que se encuentran numerosos países. El temor ante un aumento excesivo de la población mundial se relaciona con la preocupación por el crecimiento sostenible y la conservación medioambiental. Ahora bien, tales preocupaciones no deben utilizarse como pretexto para tomar decisiones políticas y económicas poco conformes con la dignidad de la persona humana⁹.

Una mentalidad marcada por el logro de los beneficios económicos a corto plazo, corre el riesgo de subordinar a las personas a la prioridad de los fines. Al considerar como invariables los objetivos económicos, se pretende la adaptación demográfica al sistema, en lugar de adaptar el sistema a las necesidades de la humanidad.

Los planes demográficos mundiales, apadrinados por las Naciones Unidas y aprobados en grandes asambleas internacionales, han decidido que los pobres contribuyen a la contaminación y deterioro del ambiente. Por tanto una ecología y economía sostenibles tiene que controlar la población del planeta. Para ello se dice que hay que comenzar evitando a toda costa la reproducción de los más pobres.

A este respecto, es oportuno recordar lo que Juan Pablo II decía en 1994 con motivo de la Conferencia Internacional sobre Población y Desarrollo que se había de celebrar en El Cairo:

Todos están de acuerdo en que la política demográfica representa sólo una parte de una estrategia global de desarrollo. Así pues, es importante que cualquier discurso sobre políticas demográficas tenga en cuenta el desarrollo actual y futuro de las naciones y las zonas. Al

mismo tiempo, es imposible no considerar la verdadera naturaleza de lo que significa el término «desarrollo». Todo desarrollo digno de este nombre ha de ser integral, es decir, ha de buscar el verdadero bien de toda persona y de toda la persona¹⁰.

8. UNA DOBLE SOLIDARIDAD

A la vista de los abusos que ha generado la crisis ecológica, urge lograr una doble solidaridad intergeneracional e intrageneracional. En el citado mensaje para la Jornada mundial de la paz del 2010, Benedicto XVI afirma que «los costes que se derivan de la utilización de los recursos ambientales comunes no pueden dejarse a cargo de las generaciones futuras». Se impone redescubrir la solidaridad:

Los costos que se derivan de la utilización de los recursos ambientales comunes no pueden dejarse a cargo de las generaciones futuras (...) Además de la leal solidaridad intergeneracional, se ha de reiterar la urgente necesidad moral de una renovada solidaridad intrageneracional, espe-

cialmente en las relaciones entre países en vías de desarrollo y aquellos altamente industrializados¹¹.

El texto incluye tres advertencias: 1) que en el uso de los recursos naturales las ventajas inmediatas no tengan consecuencias negativas para los seres vivos, humanos o no, del presente y del futuro; 2) que la tutela de la propiedad privada no entorpezca el destino universal de los bienes; 3) que la intervención del hombre no comprometa la fecundidad de la tierra, para ahora y para el mañana.

Ahora bien, además de la leal solidaridad intergeneracional, se ha de reiterar la urgente necesidad moral de una renovada solidaridad intrageneracional, especial-

9. J. R. Flecha, *Moral social. La vida en comunidad*, Salamanca 2007, 226.

10. Juan Pablo II, Mensaje a la señora Nafis Sadik, Secretaria General de la Conferencia Internacional sobre Población y Desarrollo (18.3.1994), 3: AAS 87 (1995) 191; puede verse en *Ecclesia* 2.684 (14.5.1994) 736-739. Véase también el *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, Madrid 2005, 483.

11. Benedicto XVI, *Si quieres promover la paz, protege la creación*, 9.



9. CONCLUSIÓN

Cada día es más evidente que la ecología ha de ir acompañada de una ecoética. No todo lo que técnicamente se puede hacer es bueno realizarlo. Pero la ecoética nos interpela en un sentido no siempre bien subrayado. Nos hemos dirigido al planeta con la codicia avariciosa del que trata de arrebatarse sus tesoros. Nos preocupamos de su destrucción con el gesto preocupado de los ricos que temen perder la fuente de sus riquezas. Pero es preciso comenzar a *mirar el mundo con ojos de pobre*. Los pobres esperan desde la gratuidad y reciben con gratitud los bienes de la tierra. Y por otra parte, los pobres son los primeros que sufren el expolio de la tierra y la contaminación del aire y de las aguas. Ellos son los primeros en pagar los desastres ecológicos. La conversión a la ecoética implica, por tanto, una conversión hacia el mundo de los pobres, su cosmovisión, su autocomprensión, su actitud ante la tierra de todos¹².

En realidad, no somos tan sólo responsables de algo ante alguien. Lo queramos o no, somos siempre responsables de «alguien» ante «alguien». El objeto de nuestra responsabilidad nunca es reducible al mundo inanimado de las cosas. A fin de cuentas, el amor es la fuente y razón de nuestra responsabilidad ante la vida humana y ante el hogar cósmico en el que se aloja. □

mente en las relaciones entre países en vías de desarrollo y aquellos altamente industrializados.

El abuso de los bienes de la creación puede afectar a los futuros habitantes del planeta, pero afecta ya hoy a muchos de los habitantes actuales. Precisamente por eso, «la crisis ecológica muestra la urgencia de una solidaridad que se proyecte en el espacio y el tiempo».

A esa solidaridad están llamados tanto los países industrializados como los países menos industrializados, puesto que a todos incumbe el deber de adoptar gradualmente medidas y políticas ambientales eficaces.

12. Cf. Boff, L., *Ecología: grito de la tierra, grito de los pobres*, Madrid 1997 (2.ª ed.); Id., *El cuidado esencial. Ética de lo humano, compasión por la tierra*, Madrid 2002.

EL MITO DEL PROGRESO ILIMITADO Y LA RESPONSABILIDAD FRENTE AL FUTURO

▣ **LUIS FERREIRO**

Director de *Acontecimiento*

1. CITIUS, ALTIUS, FORTIUS

«Más rápido, más alto, más fuerte» fue el lema con el que se abrieron los juegos olímpicos de la era moderna en 1896. Se quería ensalzar el espíritu de superación personal que llevaba a conseguir metas cada vez más ambiciosas. Por otro lado, ese espíritu era el que había venido en los vientos de la historia moderna, especialmente en el campo de la ciencia y sus aplicaciones tecnológicas, así como en el de la organización de los nuevos imperios.

Aunque el movimiento olímpico templaba sus exigencias competitivas declarando que lo importante no era ganar, sino participar, estaba claro que la competición pacífica establecía diferencias entre vencedores y vencidos. Otro tanto ocurría en la competición, mucho más agguerrida, por ganar posiciones de preeminencia en el «concierto internacional». Unos años antes, en 1884, en la Conferencia de Berlín, las potencias europeas se repartieron el continente africano para disponer de todas sus riquezas e impulsar un progreso industrial estable, perenne e ilimitado, cuyos fundamentos se habían desplegado desde el inicio del siglo XIX. Naturalmente, aquí no participaron los pueblos africanos, que más tarde se vieron obligados a una «participación» forzada, del mismo modo que habían «participado» durante cuatro siglos en la institución esclavista que se desarrolló entre Europa y América.

La avidez de las potencias occidentales por las materias primas dio lugar a un sistema de explotación que combinaba la extracción desaforada de la plusvalía del trabajo humano con la esquilmación de una ingente cantidad de tierras, bosques y yacimientos. Un continente entero se venía a sumar, cuatro siglos después, a aquel otro desconocido en el siglo XV, que los europeos habían «descubierto», despoblado y repoblado, colonizado y sometido, e introducido en la cadena mercantil que por aquel entonces se ponía en marcha.

La organización del sistema mundial, desde el siglo XVI, ha estado basada crecientemente en la desigualdad y la injusticia, que han sido constantes que se han mantenido a través de sus múltiples metamorfosis. De ahí que al considerar el futuro posible de la humanidad, no podemos contemplarla ingenuamente como una unidad de destino. Una fractura profunda la rompe en fragmentos insolidarios: explotados y explotadores, oprimidos y opresores, perjudicados y beneficiarios de los bienes de la ciencia, la técnica y la economía.

2. TODO SE MUEVE Y TODO DEBE MOVERSE

Frente al carácter estático de la antigüedad, una de las claves fundamentales de la historia moderna es el movimiento, omnipresente en todos los entresijos de la vida. Nada permanece por mucho tiempo, todo fluye como en la visión del mundo de Heráclito. Y, como en ese mundo, también *la guerra es el padre de todas las cosas*, el movimiento, en conflicto con todo reposo, todo lo altera, el desequilibrio genera nuevos equilibrios, que vuelven a ser revolucionados, para así llegar a otro equilibrio. Sólo que en la versión moderna se supone que se ha de llegar a un estado de equilibrio más alto, más perfecto. He aquí que el crecimiento continuo exige el desequilibrio constante y que, en esa trayectoria, deberá ser la humanidad la que se adapte al ritmo del cambio.

Si bien Heráclito había imaginado que el trasfondo de su mundo era un logos móvil, inestable e inquieto, el mundo en su superficie permanecía estático. En el siglo XIX, en cambio, se llega a la convicción de que el movimiento es imparable y esencial a la realidad, incluso en los aspectos que parecían más imperturbables al paso de los siglos. Darwin y Wallace introducen el movimiento en el orden fijo de las especies vivas. Charles Lyell describe el incesante cambio de una geología inmutable hasta entonces. Más allá del orden natural, se impone en todas partes la idea de que toda la realidad está en evolución continua. La filosofía de Hegel contribuye notablemente a ello, y los cambios históricos bruscos desde la Revolución Francesa demuestran que la sociedad humana es inestable y mutable.



A partir de entonces, una creencia comienza a instalarse en la cultura occidental: todo lo relacionado con el movimiento tiene una connotación positiva, en cambio todo lo que es inmóvil o tiene un aspecto estático es sospechoso de ser negativo. Como por una especie de mecanismo mental, que recuerda la crítica de David Hume a lo que él llamó la falacia naturalista, lo dinámico se convirtió en sinónimo de bueno. Una vez descrito el movimiento como la esencia de la naturaleza y de la historia, también deberá ser prescrito como el fundamento de la norma ética. De este modo, la burguesía ascendente y triunfante en el siglo XIX pudo ver en su propio dinamismo la justificación moral de sus acciones, al tiempo que transformaba en programa histórico esta visión.

Todo movimiento, ya sea de traslación, de giro, de cambio, de mutación o transmutación, etc., será entendido como un bien. Igualmente, las propiedades relacionadas con el movimiento sufrirán una transformación semántica para pasar a interpretarse en el campo bipolar de las virtudes y los vicios. La rapidez es virtuosa, la lentitud es viciosa, la aceleración hasta el vértigo es exaltada, la desaceleración es temida. El cambio permanente es señal de salud, la inamovilidad lo es de decadencia, la flexibilidad es buena, la rigidez mala...

A partir de esta mentalidad todos los aspectos de la vida son redefinidos. Si es el movimiento y sus características lo que importa, los instrumentos que miden los parámetros que las definen cobran protagonismo y se convierten en árbitros de las relaciones humanas. No basta moverse, hay que cronometrar el movimiento; no basta llegar a tiempo, hay que ser puntual, hay que dejar de amoldarse a la altura del sol sobre el cielo y de las sombras sobre la tierra, para someterse a la mecánica sombría del reloj. Por tanto, el tiempo y el espacio dejan de ser lo que eran, pasan de ser el ámbito flexible del encuentro personal a ser el ámbito exacto de la simultaneidad impersonal.

Es verdad que estos cambios han traído beneficios ciertos, pero hoy el mayor riesgo es no ver los aspectos negativos de esta mentalidad en la que estamos instalados. El peligro llega hasta el punto de que nuestros juicios se conforman según estos valores: desde las cosas, que apreciamos por su valor de cambio, es decir, como mercancías, a las personas, pues si alguien cambia constantemente de lugar vale más que si acostumbra a estar quieto, quien viaja continuamente tiene un prestigio mayor que si es sedentario.

Una vez asentado el valor supremo del dinamismo, un razonamiento circular justifica cualquier movimiento y

condena toda quietud. Así, el dinamismo a todo trance del sistema financiero se convirtió en un imperativo incuestionable. La santa movilidad produce liquidez, pero la liquidez es necesaria para que haya movilidad en los activos financieros, por tanto la Bolsa de valores es buena si es activa, es decir si los títulos cambian constantemente de manos, ¿pero cuál es la necesidad de que un paquete de acciones cambie de manos 10 o 15 veces al año?, ¿para que tienen que viajar las mismas divisas docenas de veces cada año de un país a otro? Al final de este viaje nos encontramos lo de siempre: a río revuelto, ganancia de pescadores. Se trata de agitarlo todo para progreso de unos pocos. Tanto movimiento, en último extremo resulta estar al servicio de una propiedad que nunca cambia de manos, eternamente controlada por unos estáticos poseedores, que todo lo mueven sin moverse ellos, cual divino primer motor inmóvil.

3. LA FE EN EL PROGRESO

Pero tanta agitación ¿por qué habría de ser buena?, ¿no podría dar lugar a males mayores? El atrevimiento del mundo moderno al lanzarse a aventuras de resultados inciertos, las consecuencias imprevisibles de las acciones que interfieren el orden de la naturaleza, la incertidumbre creada por las innovaciones alumbradas por la ciencia y la tecnología, todo esto genera inquietud, miedo, incluso pánico. Ante esto viene muy bien la idea de un progreso benéfico, que es el reverso optimista de hado, esa fuerza cósmica que imponía un destino fatal a hombres y dioses, pero ahora el contenido de su fatalismo se ha vuelto positivo, es la extensión universal de la felicidad.

Los privilegiados beneficiarios de los cambios sociales, políticos, científicos o económicos han tenido un fuerte incentivo para desarrollar una fe nueva, la fe en el progreso, que, bajo una modalidad mítica, comenzó a propagarse en la Ilustración, a partir de ideas ya existentes en la tradición judeocristiana.

La idea del progreso como un movimiento ordenado de lo inferior a lo superior viene del mundo antiguo, pero es en el cristianismo donde se funde con la idea de una finalidad última de la historia: la salvación de la humanidad, aunque aquí la meta del progreso trasciende la historia y es el resultado de la intervención escatológica de Dios. La Providencia divina lleva a la historia a la consumación final, pero no por ello nos asegura contra toda catástrofe, por el contrario, podría ser que el mal particular cumpla una función en el designio divino de salvación.

La secularización de la idea cristiana de la Providencia mantuvo su forma trágica en el sistema de Hegel, pero no así en otros filósofos de la Ilustración que propagaron un optimismo gratuito e ingenuo. Aunque la Ilustración insistió en que la idea de progreso sólo fue posible a partir de la superación de la superstición cristiana, este juicio no es más que una impostura intelectual insostenible. Como dice Nisbet: *gran parte de la historia ulterior de la idea de progreso equivale a poco más que al desplazamiento de Dios, aunque dejando intacta la estructura del pensamiento*¹. En efecto, a pesar de haber eliminado a Dios, se mantiene la idea providencial, haciendo ahora immanente a la historia la meta del progreso, que es el progreso mismo. Si, según Nietzsche, los ateos de su tiempo mantenían viva la moral de un Dios muerto, por su parte la Ilustración mantenía viva la fe en la providencia de un dios al que ignoraba.

Así la razón introdujo un mito cuyo contenido iba de la mano de los avances en las ciencias de la naturaleza. Con el avance de las ciencias se hacía creíble la promesa de una liberación progresiva respecto a las limitaciones impuestas por la naturaleza. Posteriormente la creencia se va ampliando hacia la idea de una progresiva liberación del ser humano de otras servidumbres de tipo económico, político, religioso y moral, en un camino cuya meta sería una humanidad que toma en sus manos las riendas de su historia, sin otra guía que la razón, para disfrutar de una felicidad sin trabas.

Comte intentó racionalizar la idea de progreso y, aportando realismo, introdujo la estabilidad en la dinámica del progreso, desactivando la deseada espiral de progreso: *Ningún orden verdadero puede establecerse, y menos aun perdurar, si no es plenamente compatible con el progreso, y ningún progreso valedero puede realizarse si no tiende a la consolidación del orden [...]. El infortunio de nuestro actual estado de cosas reside en que las dos ideas [progreso y orden social] aparecen oponiéndose radicalmente una a la otra*². No obstante, su creencia más firme fue la de una humanidad destinada a progresar a través de los sucesivos estadios religioso, metafísico y, finalmente positivo.

En conclusión, podemos decir que la fe en el progreso tiene como función neutralizar los terrores del futuro. Por tanto, paradójicamente, hemos vuelto a refugiarnos

a la sombra de un mito de rancia raigambre en el pasado más antiguo, pese a mirar siempre adelante, cara al sol del futuro como hacía Condorcet en la siguiente profesión de fe: *Llegará así el momento en que en la tierra el sol ya no alumbrará más que sobre hombres libres que no reconocerán otro guía que no sea su razón; donde los tiranos y los esclavos, los curas y sus instrumentos estúpidos o hipócritas, ya no existirán más que en la historia y los teatros; donde (...) se mantendrá una útil vigilancia para descubrir y aplastar, bajo el peso de la razón, los primeros gérmenes de la superstición y la tiranía, si es que alguna vez osarán reaparecer*³. Dicho sea de paso, por ironías del progreso, Condorcet sería víctima del régimen del Terror que, en nombre de la razón y el progreso, cortaría tantas cabezas iluminadas.

4. PERO, ¿DE VERDAD LA HUMANIDAD PROGRESA?

Después de dos siglos y medio de predicación del progreso, parece que todos deberíamos estar predispuestos a aceptar esa fe, sin embargo, no pocas mentes se han mantenido escépticas, otras que la han profesado han abjurado de ella y otras la toman por un cuento tranquilizador. Rousseau fue el primero que desafió la ingenua fe en que el progreso científico y cultural iría ligado indisolublemente al progreso moral y a la felicidad de la humanidad. Tras él muchos otros han cuestionado esa fe por distintos motivos. De entre ellos, por su preocupación por el futuro de la naturaleza y de la humanidad, vamos a tener en cuenta aquí las tesis de Hans Jonas, distinguiendo tres ámbitos del progreso.

En primer lugar, **el progreso de la ciencia y la técnica** es un hecho incontrovertible y probablemente ilimitado, además el saber es acumulativo y sus combinaciones pueden ser infinitas, por lo que sus aplicaciones podrán superar todo lo imaginable. Esto es así y no hay razón para detenerse, incluso, como apunta Jonas, es un deber moral desarrollar al máximo el conocimiento. Surge aquí el problema de que la extensión del saber lo hace inabarcable, sólo puede ser poseído por la especie humana en su conjunto, pero la división social del trabajo cognoscitivo plantea una desigualdad en la apropiación de la ciencia y en el desarrollo de sus aplicaciones, que requieren inver-

1. Robert Nisbet, «La idea de progreso», Revista *Libertas*, 5, octubre de 1986, p. 7, www.esade.edu.ar.

2. Citado por Nisbet, o.c., p. 28.

3. *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*. Madrid, 1980, p. 230.

siones cuya financiación da una oportunidad a los intereses de los más poderosos. Con esto se genera una ambigüedad en la utilidad social, por la que el presunto servicio que la ciencia y la técnica prestan a la humanidad es desigual y creador de desigualdades crecientes.

Por otro lado está el problema de la ambigüedad del progreso técnico. El conocimiento de los secretos del átomo fue un progreso, la aplicación de la teoría atómica a la creación de inventos nucleares también lo es, sin embargo, puede ser un progreso real que lleve a la catástrofe, como advierte Jonas: *puede lamentarse la invención de una bomba atómica de capacidad destructiva aún mayor y considerar negativo su valor, pero la queja es precisamente que esa bomba es técnicamente «mejor» y, en este sentido, su invención, desgraciadamente un progreso*⁴.

Tanta ambigüedad es una gran amenaza para el futuro de la humanidad, pensemos, por ejemplo, en el interés de las multinacionales de la agricultura y la alimentación por introducir semillas de variedades genéticas patentadas por ellas. La generación de ganancias extraordinarias fomentaría la degeneración de las variedades naturales, amenazando con agotar en pocos años la riqueza de los recursos genéticos acumulados en millones de años por los mecanismos de la evolución natural. La pérdida de variedades traería consigo la posibilidad de que una plaga acabe con la resistencia de las escasas variedades de una especie que se hayan conservado y, en consecuencia, se pierda esa especie para siempre.

En segundo lugar, estos problemas apelan a la conciencia moral de las personas. Entonces se plantea si la humanidad, como especie, progresa moralmente. Aquí nuestra posición es rotunda: **el progreso moral** no afecta a la humanidad como tal, el progreso moral es exclusivamente personal. Cada persona que viene al mundo tiene ante sí una tarea moral que parte de cero, dicho esto en el mismo sentido en que el hecho de que un millón de atletas consiguieran correr los 100 metros lisos en menos de 10 segundos no facilitaría en nada que las generaciones futuras lo consigan con más facilidad. Del mismo modo, que en una generación haya un millón de santos no asegura que la siguiente no se pervierta completamente. Es verdad que los testimonios de moralidad, los esfuerzos educativos que haga esa generación sobre la siguiente representa un punto de partida más favorable, pero la libertad de las personas no permite predecir el resultado,

como ya advirtió Kant: *Si se pudiera atribuir al hombre una voluntad innata e invariablemente buena, aunque limitada, entonces podríamos predecir con total seguridad ese progreso de la especie hacia lo mejor... Pero como en la disposición se da una mezcla del mal con el bien, cuya proporción se desconoce, no se sabe qué resultado cabe esperar de ello*⁵. Por tanto, el progreso de la humanidad en todos los sentidos está pendiente del hilo de la libertad humana, lo que significa que es absolutamente inseguro.

En tercer lugar, se plantea la posibilidad del **progreso de las instituciones** de la vida colectiva. En las instituciones humanas se entrelaza la moralidad de las personas, con el saber, la capacidad de organización y los recursos materiales disponibles en cada circunstancia histórica. El progreso de las instituciones es posible, pero no inexorable, hay progresos y retrocesos, dependiendo todos ellos de la fuerza moral y de la sabiduría de las personas que las crean, las gestionan y las adaptan al medio social y natural de cada época. Por tanto, el progreso de las instituciones es, al mismo tiempo, el resultado y la condición de las virtudes humanas de una sociedad. La voluntad de las personas y la formación de una voluntad colectiva mayoritaria proporcionan el impulso al progreso institucional, pero también, a veces, se dan progresos institucionales como consecuencia del desarrollo de ciertas condiciones sociales o técnicas que son difíciles de separar de la aparición y vigencia de nuevos valores morales. Así, la desaparición de una institución como la esclavitud tuvo que ver, no sólo con un aumento de la sensibilidad hacia la libertad, sino también con la aparición de máquinas que reemplazaban con ventaja a la fuerza física del esclavo.

5. EN FAVOR DE NUEVAS INSTITUCIONES PARA LA ESTABILIDAD EN OTRO SISTEMA

Un sistema político y económico como el actual es una institución de instituciones. Es aquí donde hay que aplicar la unión de las voluntades humanas coordinadas para lograr un verdadero progreso que haga posible la supervivencia de la humanidad. El actual sistema tiene una tendencia a la inestabilidad que proviene de dos grupos de tensiones:

- a) Las que se originan en la fricción con el entorno, es decir, con la naturaleza, a la que está sometiendo a

4. Hans Jonas, *El principio de responsabilidad. Ensayo de una ética para la civilización tecnológica*. Barcelona, 1995, p. 271.

5. *Replanteamiento de la cuestión sobre si el género humano se halla en continuo progreso hacia lo mejor*, 4.



una brutal e insostenible depredación que, a la larga, puede dar lugar a una hecatombe de consecuencias trágicas, ya sea por agotamiento de los recursos de la naturaleza o por su intoxicación a base de introducir en ella contaminantes que la envenenan.

- b) Las que vienen de las fricciones internas, debidas a la generación de desigualdades entre las personas, las clases sociales y las naciones incluidas en el sistema, y que generan una violencia contenida o desbordada, que puede agravarse hasta el paroxismo.

Además el sistema, tal como está diseñado, no puede superar la inestabilidad, sólo puede conjurarla ganando tiempo mediante un crecimiento que agrava la desigualdad humana y la depredación ambiental. El fracaso constante de las cumbres mundiales para detener las sucesivas crisis ambientales, alimentarias, demográficas, financieras, etc., revela un déficit institucional en el gobierno de los problemas humanos que impide su progreso hacia lo mejor para todos.

De ahí que sea necesaria una voluntad firme de cambiar radicalmente de sistema, estableciendo instituciones capaces de solucionar esos problemas crónicos. Un verdadero progreso debería llevar de un orden como el actual, que es un auténtico desorden, a otro orden superior, con más igualdad entre las personas y menos presión sobre la naturaleza. Esos cambios seguramente requieran la instauración de autoridades mundiales capaces de imponer soluciones que hagan posible una vida digna para todas las personas que habitan el orbe. En este sentido, nos atrevemos a reclamar la creación de instituciones soberanas, por encima de los Estados, que velen por la satisfacción de las necesidades básicas de todos los seres humanos, autoridades tales como:

- Una institución que asegure la suficiencia alimentaria mundial, controlando y gestionando los recursos existentes, y con capacidad policial para intervenir en los mercados de alimentos por encima de multinacionales y especuladores.
- Un organismo que asegure el acceso de la salud para todos, poniendo a disposición de los más pobres los recursos sanitarios que hoy sólo están al alcance de quienes tienen la solvencia suficiente para curarse. Además, tendría capacidad para evitar monopolios, abusos con las patentes y negocios con la enfermedad y la salud, como ocurre con las empresas sanitarias mercantilistas.

- Una agencia medioambiental que impida la agresión a la naturaleza, en tantas formas como hoy se produce: deforestación, contaminación, explotación abusiva de recursos finitos, generación excesiva de residuos, etc. Tendría competencia para asegurar el derecho al agua, pues habiendo más de 3 millones de litros de agua por habitante, es una vergüenza que el acceso a ella, en cantidad suficiente, esté vedado a millones de personas.

A modo de ejemplo, planteamos estos esbozos de instituciones como una dirección de verdadero progreso, entendiendo por tal una creación de orden, allí donde lo que espontáneamente ocurriría es una tendencia natural al desorden, esa tendencia entrópica que anida en la naturaleza, y que sólo el hombre puede paliar, pues, en palabras de Mounier, *la naturaleza del hombre es el artificio*, y es el uso de los artificios lo que puede salvar a la naturaleza en lugar de destruirla.

No estamos contra el dinamismo que hemos señalado como característica de nuestra civilización y que nos parece una aportación irrenunciable de la modernidad, pero sí contra la ebriedad de ese dinamismo que puede ser el germen de su autodestrucción. Por eso abogamos por una actitud responsable para que en el lugar del peligro, allí mismo aparezca la salvación. Para lo cual se requiere una conciencia mucho más fina y profunda, puesto que jugamos con un fuego mucho más incendiario que el que robó Prometeo.

Esa conciencia es la que quería despertar Mounier, cuando sin ceder al miedo al progreso técnico, y pese al terror atómico que se acababa de inaugurar, sin renunciar a él, apelaba a una moral más madura: *Hasta ahora no se podía decir de la humanidad que fuera dueña de su futuro, pues estaba aún condenada a un porvenir, mientras que cada hombre individualmente, puede, llevado al límite negativo de su libertad, practicar la autooccisión. Ahora la humanidad como tal va a tener que autoelegirse y será necesario, con toda evidencia, un esfuerzo heroico para no elegir la mala facilidad, el suicidio. Podemos decir que su madurez comienza en esta hora*⁶. Ese suicidio no tiene por qué ser atómico, puede ser un suicidio lento, insensible pero seguro. La elección de nuestro futuro depende de una decisión colectiva, que es responsabilidad de todos y de cada uno. □

6. E. Mounier, *El pequeño miedo del siglo xx*, en O. C., III, p. 377.

ACTITUDES ÉTICAS ANTE LA LIMITACIÓN DE LOS RECURSOS DE LA TIERRA

■ **ÁNGEL GALINDO GARCÍA**

Catedrático de Teología Moral de la UPSA

La cuestión ecológica es sin duda alguna una cuestión antropológica y teológica y como consecuencia una respuesta ética. Por una parte, el hombre no puede entenderse sin su relación con la naturaleza creada, y por otra, la teología de la creación está en el horizonte de la consideración social-cristiana del cuidado de la naturaleza.

Asimismo, no se ha de olvidar que la cuestión ecológica es una cuestión social. La crisis ecológica y las preocupaciones sociales y políticas ante el cambio climático son signos de esta socialidad. Pero será preciso distinguir la preocupación humana por la naturaleza, la lucha por parte de los movimientos en contra del cambio climático y los intereses de los grupos políticos y económicos.

Los gobiernos acordaron en 1997 el Protocolo de Kioto del Convenio Marco sobre cambio climático de la ONU (UNFCCC). El acuerdo ha entrado en vigor el pasado 16 de febrero de 2005, sólo después de que 55 naciones lo hayan ratificado. En la actualidad 166 países lo han ratificado cuando se ha alcanzado el 55% de las emisiones de gases de efecto invernadero como indica el barómetro de la UNFCCC.

El objetivo del Protocolo de Kioto es conseguir reducir un 5,2% las emisiones de gases de efecto invernadero globales sobre los niveles de 1990 para el periodo 2008-2012. Este es el único mecanismo internacional para empezar a hacer frente al cambio climático y minimizar sus impactos. Por ello, contiene objetivos legalmente obligatorios para que los países industrializados reduzcan las emisiones de los 6 gases de efecto invernadero de origen humano como dióxido de carbono (CO₂), metano (CH₄) y óxido nitroso (N₂O), además

de tres gases industriales fluorados: hidrofluorocarbonos (HFC), perfluorocarbonos (PFC) y hexafluoruro de azufre (SF₆).

En el horizonte de todo ello se encuentra la perspectiva ética de las relaciones de los hombres con la naturaleza creada y con los mismos compañeros de camino con quienes les toca convivir. En este sentido preocupa que el ámbito en el que los técnicos (poderes políticos y económicos), que abogan por el control del cambio climático, se sitúe solamente en el campo técnico y abandonen la dimensión ética; es enojoso el que las reivindicaciones de algunos movimientos ecologistas que luchan desde la disculpa de la ética apoyen a los poderes políticos y a sus intereses. El hombre de hoy es consciente de que los recursos de la tierra son limitados, por ello son necesarias unas actitudes éticas ante esta limitación entre las que ocupa un lugar especial la responsabilidad con las fuentes energéticas.

En este sentido, la encíclica última de Benedicto XVI afirma que el desarrollo está íntimamente ligado a la relación del hombre con el medio ambiente (CV 48). Desde esta perspectiva el Papa vuelve a insistir en el Mensaje de la Jornada de la paz de 2010 diciéndonos que «si procuras la paz, cuida de la naturaleza y de la creación» donde subraya que «una correcta concepción de la relación del hombre con el ambiente no lleva a absolutizar la naturaleza ni a considerarla más importante que la propia persona».

La Iglesia —continúa— expresa perplejidad «ante una concepción del medio ambiente inspirada por el ecocentrismo y en el biocentrismo», porque elimina la diferencia entre el hombre y los demás seres, «favoreciendo una visión igualitarista de la dignidad de todos los seres vivientes». «Se da lugar así a un nuevo panteísmo, con acentos neopaganos, que hacen derivar de la sola naturaleza, entendida en sentido puramente naturalista, la salvación para el hombre».

Según la ética cristiana, el hombre detenta «el papel de custodio y administrador», rol del que no debe abusar, pero del que tampoco debe abdicar: «De hecho, también la postura contraria de absolutización de la técnica y del poder humano, acaba por ser un grave atentado no sólo contra la naturaleza, sino también contra la propia dignidad humana».

Tanto quien desprecia la naturaleza material, como quien la respeta más que al hombre, como si fuese en sí misma algo divino, en el fondo no lee en ella el

mensaje y no acumula sabiduría. Se trata, en el fondo, de posturas, ambas, sólo técnicas. Para entrar en esta reflexión ética partimos de la consideración antropológica del problema.

1. UNA CUESTIÓN ANTROPOLÓGICA

La responsabilidad ante las fuentes energéticas se extiende mucho más allá de las sesiones de trabajo de Kyoto o de Copenhague: se dirige tanto a los gobernantes como a la sociedad civil, a los poderes y a las administraciones locales, a todos los que tienen una responsabilidad operativa, educativa o formativa. Observamos que el desafío de los cambios climáticos se afronta con serenidad, pero también de manera tempestiva, comenzando precisamente a nivel local. Por ello, es justo que veamos el planteamiento de esta cuestión, claramente social y ética, desde el lado antropológico y teológico, donde el pensamiento cristiano se sitúa, viendo que la naturaleza es fruto de la intervención de Dios y de su infinito amor.

Pero la actitud del hombre ante las causas que provocan un cambio climático inhumano y deshumanizador, como son las amenazas a la paz y al auténtico desarrollo integral, ha de ser eminentemente antropológica. La atención a la ecología, propia de la naturaleza creada, no puede excluir la llamada ecología humana. La cuestión ecológica es antes de todo cuestión antropológica. Por ello, la sociedad civil, tanto los líderes de los países como las instituciones básicas, han de superar la fragmentación de saberes y de tratamientos contemplando la interrelación de toda la naturaleza en la que el hombre ocupa un lugar central.

2. LA ACCIÓN NEGATIVA DEL HOMBRE

Es sabido que el calentamiento global depende de un consumo indiscriminado y elevadísimo, y no del número de habitantes de la tierra. De hecho, la contaminación es particularmente intensa y devastadora precisamente en las regiones de gran desarrollo, que generalmente tienen índices mínimos de natalidad. Si queremos encontrar soluciones eficaces ante la lapidación del patrimonio ecológico, tenemos que concentrar la atención en las auténticas causas. Entre ellas hay que



recordar los frecuentes prejuicios que el hombre actual tiene frente a la naturaleza, la ideología del consumismo, el empobrecimiento de muchos países y la devastación provocada por las guerras.

2.1. Prejuicios

Podemos encontrar varios tipos de prejuicios actuales: la falta de respeto a una escala de valores en la catalogación de los bienes de la naturaleza, la absolutización o idolatrización de la técnica y la reducción de la naturaleza a un conjunto de datos fácticos producidos al azar.

En el ámbito de los «valores», se ha de subrayar que es contrario al verdadero desarrollo considerar la naturaleza como más importante que la persona humana misma. Desde la cultura tecnicista, es necesario refutar la posición que mira a su completa tecnificación, porque el ambiente natural no es sólo materia disponible a nuestro gusto, sino obra admirable del Creador y que lleva en sí una «gramática» que indica finalidad y criterios para un uso inteligente, no instrumental y arbitrario; y desde la idolatría de la facticidad, reducir la naturaleza a un conjunto de datos fácticos acaba desembocando en una actitud de violencia contra el ambiente provocando conductas que no respetan al mismo hombre.

2.2. Consumismo y estilos de vida

El modo en que el hombre trata el ambiente influye en la manera en que se trata a sí mismo, y viceversa. De aquí



razón de la desertización está en el acaparamiento del agua por parte de algunos respecto a los demás. Esto origina además tensiones entre los pueblos y regiones.

3. RESPONSABILIDAD ÉTICA

Según el Papa Benedicto XVI, «el planeta es como un organismo en el que los desequilibrios interactúan unos con otros. La alteración de la composición de la atmósfera, la elevación del nivel de los mares, la reducción de las reservas de agua dulce no contaminada, los cambios de las precipitaciones y los huracanes, la erosión de los suelos y la desertización, los daños a la agricultura y a la salud humana... Y todo esto en el fondo depende en gran parte de los comporta-

mientos y de las decisiones humanas», es decir, pertenecen al campo del comportamiento ético del ser humano.

La responsabilidad es ética antes que técnica. La actitud ética de la responsabilidad se hace hoy todavía más apremiante ante las crecientes manifestaciones de una crisis, que sería irresponsable no tomar en seria consideración. ¿Cómo permanecer indiferentes ante los problemas que se derivan de fenómenos como el cambio climático, la desertificación, el deterioro y la pérdida de productividad de amplias zonas agrícolas, la contaminación de los ríos y de las capas acuíferas, la pérdida de la biodiversidad, el aumento de sucesos naturales extremos, la deforestación de las áreas ecuatoriales y tropicales? ¿Cómo descuidar el creciente fenómeno de los llamados «prófugos ambientales», personas que deben abandonar el ambiente en que viven —y con frecuencia también sus bienes— a causa de su deterioro, para afrontar los peligros y las incógnitas de un desplazamiento forzado? ¿Cómo no reaccionar ante los conflictos actuales, y ante otros potenciales, relacionados con el acceso a los recursos naturales?

Todas éstas son cuestiones que tienen una repercusión profunda en el ejercicio de los derechos humanos como, por ejemplo, el derecho a la vida, a la alimentación, a la salud y al desarrollo. «Cuando se considera la naturaleza, y en primer lugar al ser humano, fruto del

nacen unas exigencias: «Que la sociedad actual revise seriamente su estilo de vida hedonista y consumista» y que es necesario un cambio efectivo de mentalidad que tenga como fin adoptar nuevos estilos de vida. Estos estilos de vida han de poner fuerza en que «la búsqueda de la verdad, de la belleza y del bien, así como la comunión con los demás hombres para un crecimiento común sean los elementos que determinen las opciones del consumo, de los ahorros y de las inversiones» (Cf. CA 36). El consumo debe por tanto estar al servicio de los trascendentales (belleza, bondad, verdad) y de la búsqueda de un crecimiento y desarrollo común.

2.3. La desertización y las guerras devastan los recursos naturales

Existe una relación estrecha entre empobrecimiento de la población y empobrecimiento de la naturaleza. En la medida en que un país o una región se empobrecen disminuyendo la población, se empobrece su naturaleza. De alguna manera se puede decir que un progreso y un consumo equilibrado enriquece a la misma naturaleza: «la desertización y el empobrecimiento productivo de algunas áreas agrícolas son también fruto del empobrecimiento de sus habitantes y de su atraso».

Asimismo este empobrecimiento de la naturaleza proviene del desastre de las guerras. Por ello, es importante promover la paz entre los pueblos. Y, una tercera

azar o del determinismo evolutivo, disminuye el sentido de responsabilidad en las conciencias» (CV 48). Por ello, es importante señalar que la solución parte de la responsabilidad de todos ante los recursos existentes buscando una sostenibilidad racional para que los países pobres tengan acceso a los bienes creados para todos.

3.1. *Es una responsabilidad global*

El Papa Benedicto XVI insiste en su última encíclica social en la importancia de ver el deterioro de la naturaleza como responsabilidad global en cuanto que formamos una gran familia humana. «Esta responsabilidad es global, porque no concierne sólo a la energía, sino a toda la creación, para no dejarla a las nuevas generaciones empobrecida en sus recursos... Debemos considerar un deber muy grave el dejar la tierra a las nuevas generaciones en un estado en el que puedan habitarla dignamente y seguir cultivándola». Por esto, «Es lícito que el hombre gobierne responsablemente la naturaleza para custodiarla, hacerla productiva y cultivarla también con métodos nuevos y tecnologías avanzadas, de modo que puedan acoger y alimentar dignamente a la población que las habita» (CV 50).

Aparece clara esta dimensión de alianza amorosa entre el hombre y el medio ambiente cuya actitud es la de cuidar, custodiar, cultivar dignamente a la naturaleza incluso con nuevas tecnologías y oponerse a una destrucción indiscriminada e irracional de la misma.

3.2. *Destino Universal de los recursos energéticos*

Se podía considerar que los recursos energéticos tienen el mismo destino que la propiedad de los medios de producción a los que se refería León XIII en su encíclica social. Los recursos energéticos tienen un destino universal, utilizables no sólo por los Estados sino también por la sociedad civil de manera que

lleguen y aprovechen a todos los países, ricos y pobres.

Por eso, el acaparamiento por parte de algunos Estados, grupos de poder y empresas de recursos energéticos no renovables, es un grave obstáculo para el desarrollo de los países pobres. «La comunidad internacional tiene el deber imprescindible de encontrar los modos institucionales para ordenar el aprovechamiento de los recursos no renovables, con la participación también de los países pobres, y planificar así conjuntamente el futuro» (CV 49).

El ritmo actual de explotación pone en serio peligro la disponibilidad de algunos recursos naturales, no sólo para la presente generación, sino sobre todo para las futuras. Así, pues, se puede comprobar fácilmente que el deterioro ambiental es frecuentemente el resultado de la falta de proyectos políticos de altas miras o de la búsqueda de intereses económicos miopes, que se transforman lamentablemente en una seria amenaza para la creación. Para contrarrestar este fenómeno, teniendo en cuenta que «toda decisión económica tiene consecuencias de carácter moral», es también necesario que la actividad

económica respete más el medio ambiente. Cuando se utilizan los recursos naturales, hay que preocuparse de su salvaguardia, previendo también sus costes —en términos ambientales y sociales—, que han de ser considerados como un capítulo esencial del costo de la misma actividad económica.

Compete a la comunidad internacional y a los gobiernos nacionales dar las indicaciones oportunas para contrarrestar de manera eficaz una utilización del medio ambiente que lo perjudique. Para proteger el ambiente, para tutelar los recursos y el clima, es preciso, por un lado, actuar respetando unas normas bien definidas incluso desde el punto de vista jurídico y económico y, por otro, tener en cuenta la solidaridad debida a quienes habitan las regiones más pobres de la tierra y a las futuras generaciones.



hoy por momentos de crisis. Supone, por tanto, y se ha convertido en un verdadero desafío y reto a la ética. Por otra parte, debemos aprender que nuestra felicidad y nuestra salud no dependen tanto de los bienes materiales,

cuanto de los dones de la naturaleza y de las demás creaturas, de las relaciones humanas y de nuestra relación con Dios.

Esta reflexión se enmarca dentro de una sociedad que está en crisis financiera y de valores y a la vez es causa del desequilibrio ecológico. Nos referiremos a la ecología como problema y como cuestión, ya que esto recoge con mayor exactitud la respuesta acerca del lugar que ocupa el hombre en relación con las cosas y con los animales y a la descripción de la dimensión ética existente en esa relación.

- 1.^a Creemos que según la reflexión ética y la enseñanza de la DSI «No se justificarán ni la desesperación, ni el pesimismo ni la pasividad» (SRS. 47). Se debe huir de posturas ingenuas y débiles como la desesperación y el alarmismo, igual que de aquellos que miran la ciencia de forma irracional y al hombre como esclavo de la misma naturaleza. Los discursos apocalípticos hacen un flaco servicio a nuestra sociedad.
- 2.^a *Vamos en el mismo barco y sólo tenemos una tierra.* Se ha de tomar conciencia de que la solución de los problemas de contaminación y del reparto de los bienes ha de ser global y mundial. Se ha de hacer desde la solidaridad mirando al papel que se ha de desempeñar dentro de las organizaciones internacionales. Para ello se han de crear «pactos de Estado» y pactos internacionales por los que se favorezca la participación de todos los entes sociales, la sociedad civil, preocupados por la ecología. Se han de delimitar las políticas preventivas, potenciar la coordinación de todos los entes ecologistas tanto los naturales como los institucionales.
- 3.^a Convicción de la *limitación de los recursos naturales. Algunos no renovables* (SRS 34). La finitud de los recursos hace necesaria una política global de explotación internacional. Se ha de crear conciencia de la necesidad de un Nuevo Orden Internacional, regido por «una verdadera Autoridad política mundial» (CV

3.3. Sostenibilidad y justicia ecológica

Según lo dicho en el apartado anterior, «Los proyectos para un desarrollo humano integral no pueden ignorar a las generaciones sucesivas, sino que han de caracterizarse por la solidaridad y la justicia intergeneracional, teniendo en cuenta múltiples aspectos, como el ecológico, el jurídico, el económico, el político y el cultural (CDSI 451-486) (48, b). Los seres humanos tenemos la grave responsabilidad de dejar a las generaciones venideras una naturaleza de la que se puedan beneficiar como seres creados por Dios y, por ello, dotados de dignidad.

Por ello, «La protección del entorno, de los recursos y del clima requiere que todos los responsables internacionales actúen conjuntamente y demuestren prontitud para obrar de buena fe, en el respeto a la ley y la solidaridad con las regiones más débiles del planeta» (CDSI. 50). Cada vez se ve con mayor claridad que el tema del deterioro ambiental cuestiona los comportamientos de cada uno de nosotros, los estilos de vida y los modelos de consumo y producción actualmente dominantes, con frecuencia insostenibles desde el punto de vista social, ambiental e incluso económico. Ha llegado el momento en que resulta indispensable un cambio de mentalidad efectivo, que lleve a todos a adoptar *nuevos estilos de vida*, a tenor de los cuales, la búsqueda de la verdad, de la belleza y del bien, así como la comunión con los demás hombres para un desarrollo común, sean los elementos que determinen las opciones del consumo, de los ahorros y de las inversiones. Se ha de educar cada vez más para construir la paz a partir de opciones de gran calado en el ámbito personal, familiar, comunitario y político.

4. HORIZONTE PRÁCTICO

La ecología entendida no sólo como ciencia sino también como resultado de la acción del hombre, pasa

67), «es urgente el establecimiento de bases concretas de un Nuevo Orden Internacional en el que sean suprimidas las relaciones desiguales entre países ricos y países pobres». De esta manera no aparecerán los que implantan sus multinacionales aparentando ser los héroes que proporcionan trabajo y desarrollo a costa de mano de obra barata, materias primas excelentes, no contaminando su propio país, pero destrozando la naturaleza de todos.

4.ª *El control del consumo*. Tanto la explotación de recursos como la contaminación han de ser controladas. Antes habrá que lograr una igualdad y control del consumo, de los recursos y de la energía. Para ello, «se ha de tomar conciencia de que no se pueden utilizar impunemente las diversas categorías de seres, vivos e inanimados —animales, plantas, elementos naturales— como mejor apetezca, según las propias exigencias económicas» (SRS 34). Es preciso cambiar el modelo de sociedad manifestando con claridad la injusticia sobre la que está fundada la riqueza y la pobreza de los países desarrollados y subdesarrollados.

5.ª *El tener al servicio del ser*. La posesión ha de respetar la calidad y la ordenada jerarquía de los bienes que se tienen (SRS. 28; CV capítulo 2.º: «El desarrollo humano en nuestro tiempo»). No se trata de ir en contra del progreso sino de un consumo o consumismo que comporta tantos «desechos» o «basuras» (SRS 28). Se trata de apostar por la calidad de vida y por la humanización de la humanidad, y de optar activamente por un nuevo modelo de civilización. El modelo existente no nos interesa porque no sirve. Necesitamos crear un nuevo modelo y estilos de vida basados en la cooperación, en la participación y en la mejora de la calidad de vida frente al modelo presentado como ideal basado en la competitividad y en el progreso indefinido.

El modelo existente no nos interesa porque no sirve. Necesitamos crear un nuevo modelo y estilos de vida basados en la cooperación, en la participación y en la mejora de la calidad de vida frente al modelo presentado como ideal basado en la competitividad y en el progreso indefinido.

En resumen, dice Benedicto XVI, todos somos responsables: Todos somos responsables de la protección y el cuidado de la creación. Esta responsabilidad no tiene fronteras. Según el *principio de subsidiaridad*, es importante que todos se comprometan en el ámbito que les corresponda, trabajando para superar el predominio de los intereses particulares. Un papel de sensibilización y formación corresponde particularmente a los diversos sujetos de la sociedad civil y las Organizaciones

no gubernativas, que se mueven con generosidad y determinación en favor de una responsabilidad ecológica, que debería estar cada vez más enraizada en el respeto de la «ecología humana». Además, se ha de requerir la responsabilidad de los medios de comunicación social en este campo, con el fin de proponer modelos positivos en los que inspirarse. Por tanto, ocuparse del medio ambiente exige una visión amplia y global del mundo; un esfuerzo común y responsable para pasar de una lógica centrada en el interés nacionalista egoísta a una perspectiva que abarque siempre las necesidades de todos los pueblos. No se puede permanecer indiferente ante lo que ocurre en nuestro entorno, porque la degradación de cualquier parte del planeta afectaría a todos. Las

relaciones entre las personas, los grupos sociales y los Estados, al igual que los lazos entre el hombre y el medio ambiente, están llamadas a asumir el estilo del respeto y de la «caridad en la verdad». En este contexto tan amplio, es deseable más que nunca que los esfuerzos de la comunidad internacional por lograr un desarme progresivo y un mundo sin armas nucleares, que sólo con su mera existencia amenazan la vida del planeta, así como por un proceso de desarrollo integral de la humanidad de hoy y del mañana, sean de verdad eficaces y correspondidos adecuadamente. □

HACIA UN CAMBIO DE MENTALIDAD.

El valor de la educación y su importancia para la sociedad civil

■ F. VELÁZQUEZ DE CASTRO GONZÁLEZ

Doctor en Ciencias Químicas

Nadie duda del contexto de crisis en el que nos encontramos. Los que nos dedicamos profesionalmente al estudio del medio, ya constatamos, desde la últimas décadas del siglo pasado, la existencia de una crisis ambiental, término que venía plenamente justificado por la situación de riesgo y preocupación que conllevan los impactos ambientales. Aunque los problemas se iniciaron en el siglo XIX, asistimos ahora a la presencia, por primera vez, de problemas globales — como el cambio climático, la reducción de ozono o la pérdida de biodiversidad—, la rapidez a la que se generan —de nuevo el cambio climático como paradigma— y la persistencia de los productos emitidos, que multiplican su difusión por todos los entornos vivos, incluidos nuestros organismos. Las consecuencias para la vida pueden ser muy preocupantes, especialmente para las especies más vulnerables, incluida la humana, cuyas poblaciones más desfavorecidas sufren ya los impactos de las alteraciones del clima y la profusión de productos químicos de naturaleza incierta.

Sin embargo, esta crisis, tan evidente y mediática, no es sino un aspecto más de la crisis general, porque el medio ambiente no es sino un formidable indicador del modelo económico que se esconde detrás, revelando que si la situación ambiental no es buena es porque el modelo tampoco lo es, y a la vista está, pues las crisis no se dan sólo en el medio, sino en la energía, la alimentación y, por supuesto, la economía.

La crisis económica ha colapsado buena parte del sistema financiero generando más de cuatro millones de parados en nuestro país (procedentes de nuestra propia crisis y de la global), constituyéndose en el principal problema dentro y fuera de nuestras fronteras. La crisis

también venía siendo cultural, y así la descubrimos en la familia, la educación o los valores, lo que nos lleva con certeza a afirmar que existe una raíz podrida de la que se desprenden todas las demás manifestaciones, y no resulta muy difícil encontrar en ella al modelo económico capitalista, que con el objetivo de conseguir las mayores ganancias en el plazo más corto y con los mínimos costes, ha ido desplazando sus objetivos de los productivos a los financieros y especulativos, promoviendo además el consumo incesante de bienes, según los principios de la *obsolescencia programada*, es decir, con ciclos de vida cortos, en las áreas desarrolladas. Esto ha llevado a afirmar a organismos como el Observatorio de Sostenibilidad, el Worldwatch Institute o el Fondo Mundial para la Naturaleza, que si toda la población mundial consumiera como nosotros necesitaríamos dos planetas adicionales.

El modelo económico capitalista ha ido generando la dramática brecha entre el Sur empobrecido y el Norte opulento. Con una globalización unilateral, cuyo origen está en el corazón del Imperio, pretende la universalización del pensamiento único y los principios asociados a su lógica, como la competitividad, el consumo o el individualismo. Pero lejos de realizar una transmisión pacífica de su proyecto, las crisis cuestionan una y otra vez su razón de ser. No obstante, su avance continúa porque no encuentra delante ninguna resistencia con suficiente fundamento y convicciones.

Asistimos ahora a una crisis económica sin precedentes. A partir de la especulación y de las hipotecas *subprime*, cuyos títulos convertibles infectarían todo el sistema económico mundial, los bancos se desplomaron y el dinero público tuvo que acudir a su rescate. El déficit generado supuso importantes recortes sociales, hasta el punto de empezar a dismantlar el Estado del bienestar. Como cabría esperar, las protestas sindicales y ciudadanas se han sucedido con más o menos intensidad a lo largo de diversos países, pero, ¿qué quedó después? Observamos reacciones de rechazo, inconexas, desvinculadas de unos países a otros, faltas de continuidad..., porque no está en el ánimo del movimiento obrero ni de ningún otro movimiento social un proyecto de largo plazo que considere cada acción como un paso tendente a alcanzar un nuevo modelo, basado en la justicia, la solidaridad y la participación, superador del capitalismo insostenible y esquilador, incapaz ya de respon-

der satisfactoriamente al desarrollo personal y comunitario de los seres humanos.

Influye en esta ausencia de valores y objetivos a largo plazo el contexto postmoderno que fue desprendiéndose de los grandes ideales, desplazando todo el centro de interés hacia gozar del presente. Gran variedad de estímulos nos mantienen distraídos, y nos cuesta vivir fuera de los entornos privados. Según las encuestas del CIS, mi familia y mis amigos constituyen el único universo para los jóvenes, y los propósitos confesados para el inicio del nuevo año se resumen en ir al gimnasio y aprender inglés. Obviamente, con este panorama que olvida el esfuerzo y la perseverancia y la sustituye por los donativos, los apadrinamientos y el voluntariado, es difícil que los movimientos sociales lleguen lejos. Mas, para presentar una propuesta de acción hay que conocer bien la realidad de la que se parte, sólo así sabremos a qué podemos aspirar y cómo conseguirlo.

Si hemos hablado de que vivimos en un contexto de crisis (y no de catástrofe), es porque todo aún no está perdido. Las crisis representan encrucijadas, situaciones en las que todavía se puede decidir hacia donde podemos encaminarnos. Las crisis ofrecen escenarios de futuro, y todavía estamos a tiempo de intervenir para orientar los acontecimientos en un sentido favorable. ¿Qué se puede hacer, entonces, para ello?

Sabemos, por experiencia, que los problemas no se arreglan por sí mismos, y que para conseguir resultados debemos actuar. Y esta acción, para que sea eficaz, debe realizarse en los tres niveles acostumbrados: institucional, social y personal.

La actuación institucional es imprescindible, si bien debiera recuperarse el marco de las Naciones Unidas como único foro de debate, dejando fuera los vetos vergonzosos de los países poderosos. No debe olvidarse el preámbulo de la Carta de constitución con su rotundo inicio: *Nosotros los pueblos*, ya que toda iniciativa debe basarse en el protagonismo de los mismos frente a los nuevos clubs de G-8, 20..., y otros montajes de privilegiados, que están secuestrando las instituciones más participativas dejando las áreas de poder en manos muy reducidas. Estas reuniones elitistas deben ser cuestionadas y rechazadas (y de hecho ya lo están siendo) por quien debe tomar el protagonismo de los cambios: la sociedad civil. Que el siglo XXI sea, como declaraba Mayor Zaragoza, el siglo de la gente, dependerá del peso que la sociedad civil adquiera.



Mas, volvamos a las otras dos vías de intervención, que se vislumbran igualmente importantes: la personal y la social. La primera es bastante más seria de lo que creemos, pues en las personas se encierra un poder muy superior al que en un principio pudiéramos imaginar. Por parte del sistema se intenta convencer de lo contrario, así, los medios de comunicación encumbran a «famosos» frente a lo que ellos denominan «ciudadanos anónimos», la gente corriente cuyo destino no parece ser otro que el pasivo, es decir, los que ven, oyen, leen y observan cómo la vida pasa ante sus narices como si no tuviera nada que ver con ellos. Pero no hay nadie anónimo, pues todo el mundo tiene su rostro y su nombre. Qué actualidad continúa teniendo aquel viejo poema de Bertolt Brecht —*Preguntas de un obrero ante un libro de historia*— en el que con gran intención cuestiona quiénes han sido los grandes protagonistas, para concluir que la historia no se ha escrito, como nos han querido hacer creer, por los Napoleones y los Césares, sino, siempre, por los pueblos. Y esta enseñanza no debería olvidarse, especialmente en estos momentos.

El poder personal se acrecienta en la sociedad de consumo, por cuanto el ciudadano tiene buena parte de la capacidad de elección en sus manos. Realizar prácticas de ahorro y eficiencia, desplazarse por medios sostenibles, reutilizar y reciclar, elegir una dieta adecuada, cuestionar el consumismo, rechazar drogas y sucedáneos, preferir productos de comercio justo, tener un ocio responsable..., en último término, optar por el desarrollo del ser frente al tener, son importantes tomas de posición que si se extienden y promueven, pueden

alcanzar una considerable incidencia social. Por lo tanto, que las personas vivan con valores y que éstos se traduzcan en estilos de vida solidarios y sostenibles, es una de las tareas a conseguir, y para ello la educación es fundamental.

La educación es consustancial al ser humano que, sin ella, no llegaría a realizarse como tal. Es una tarea colectiva y permanente, y es también una tarea revolucionaria, pues como nos recordaba Freire, no hay educación neutra. Por eso los grandes pedagogos fueron perseguidos: cierre de escuelas (Montessori), pérdida de cátedra y trabajo (Giner de los Ríos, Freinet), procesamiento (Milani), exilio (Freire) e incluso Muerte (Ferrer). Porque al sistema no le conviene personas críticas y comprometidas, sino alienadas, y esa es la función que, desgraciadamente, la escuela hoy cumple, alejándose de la intención de Séneca: *non scholae sed vitae discimus*. La educación es también un instrumento de cambio, quizás el más lento, aunque habría que cuestionarse con Giner si existe algún otro que fuera más rápido.

La educación continúa siendo una tarea pendiente, y a ella todos estamos llamados, pues no sólo se educa desde las aulas escolares, sino desde todo ámbito social, incluido lo que transmitimos en la vida diaria con nuestras palabras y ejemplos. Si estamos dentro del sistema educativo, debemos introducir cuñas que resquebrajen los contenidos excesivamente academicistas para permitir que, junto a ellos o a su través, eduquemos para la vida. Si la escuela sirviera a este propósito alcanzaríamos con Milani la escuela permanente, pues de los entornos que nos acogen y nos resultan útiles no huimos, al contrario, valoramos su necesidad y cercanía. Ya que la escuela se aleja de este objetivo, la función del educador sensible, del verdadero maestro y no del funcionario, debe ser formar y hacer crecer a las personas para que tomen las riendas de su propio destino (Giner), y para que lleguen a ser quienes son (Píndaro, Fichte), proyectándoles con plenitud para la vida.

No debe olvidarse que desde una asociación de vecinos —o de cualquier otra índole— sindicatos, organizaciones políticas o profesionales..., se puede (y debe) hacer formación a partir de la realidad concreta de las personas, en un contexto comunitario donde se aprenda enseñando y se enseñe aprendiendo, y en donde los programas conciencien y comprometan para la vida. Y tampoco olvidemos que debemos cultivarnos para que lo que se sabe no se olvide, pues es ley natural

que aquello que no se cuida se pierde. Comemos tres veces al día y si sumáramos las horas que invertimos en alimentar nuestro cuerpo, comprendidas no sólo las comidas sino el tiempo empleado en comprarlas y prepararlas, encontraríamos un importante porcentaje sobre el tiempo diario. La pregunta ahora es: ¿cuánto tiempo dedicamos a alimentar el espíritu, la conciencia, la cultura, en nuestras vidas? Todas estas áreas son igualmente necesarias de cubrir, para lo que se requieren espacios de reflexión, encuentro y compromiso, de ello depende nuestro desarrollo y equilibrio para nuestra propia coherencia y para que podamos transmitir con nuestra praxis los mensajes adecuados.

La educación debe también preparar para actuar al siguiente nivel comentado: el social. En unos momentos en los que la gestión política se encuentra muy cuestionada (y en algunos casos, agotada), es la sociedad civil la que debe tomar el relevo, convirtiendo a las personas en protagonistas y transformando las masas en pueblos. Para ello debemos organizarnos, porque unidos somos más fuertes, nos continuamos educando y nos convertimos en interlocutores ante el poder político y económico. Hoy no sólo existe la opción de entrar, como trabajadores, en los sindicatos, sino que la sociedad se ha hecho más compleja y han aparecido nuevos campos reivindicativos, así las asociaciones por los derechos humanos, por la paz y no violencia, por el medio ambiente, la igualdad de género, la ayuda al desarrollo..., se han convertido en igualmente necesarias. Responden a necesidades sociales, y de que las integremos y dinamicemos dependerá que resulten útiles y alcancen los objetivos señalados. Y de que vuelva a recuperarse la figura del militante como persona comprometida con una causa en la que se cree y a la que se dedica una parte importante de la vida.

Todo lo anterior supone volver a retomar los ideales, afirmar los valores —objetivo de toda forma de educación— y volver a creer que la historia no ha terminado y que aún nos queda mucho por decir. De la misma forma que la humanidad ha ido evolucionando en todos los campos, desde la ciencia al derecho, hoy debemos continuar respondiendo a los desafíos históricos de nuestro tiempo, para los que se necesitan personas formadas, comprometidas y con proyectos de futuro. Y no debemos quedarnos cortos, pues como afirmaba Lamartine, las utopías de hoy pueden convertirse en las realidades del mañana. □